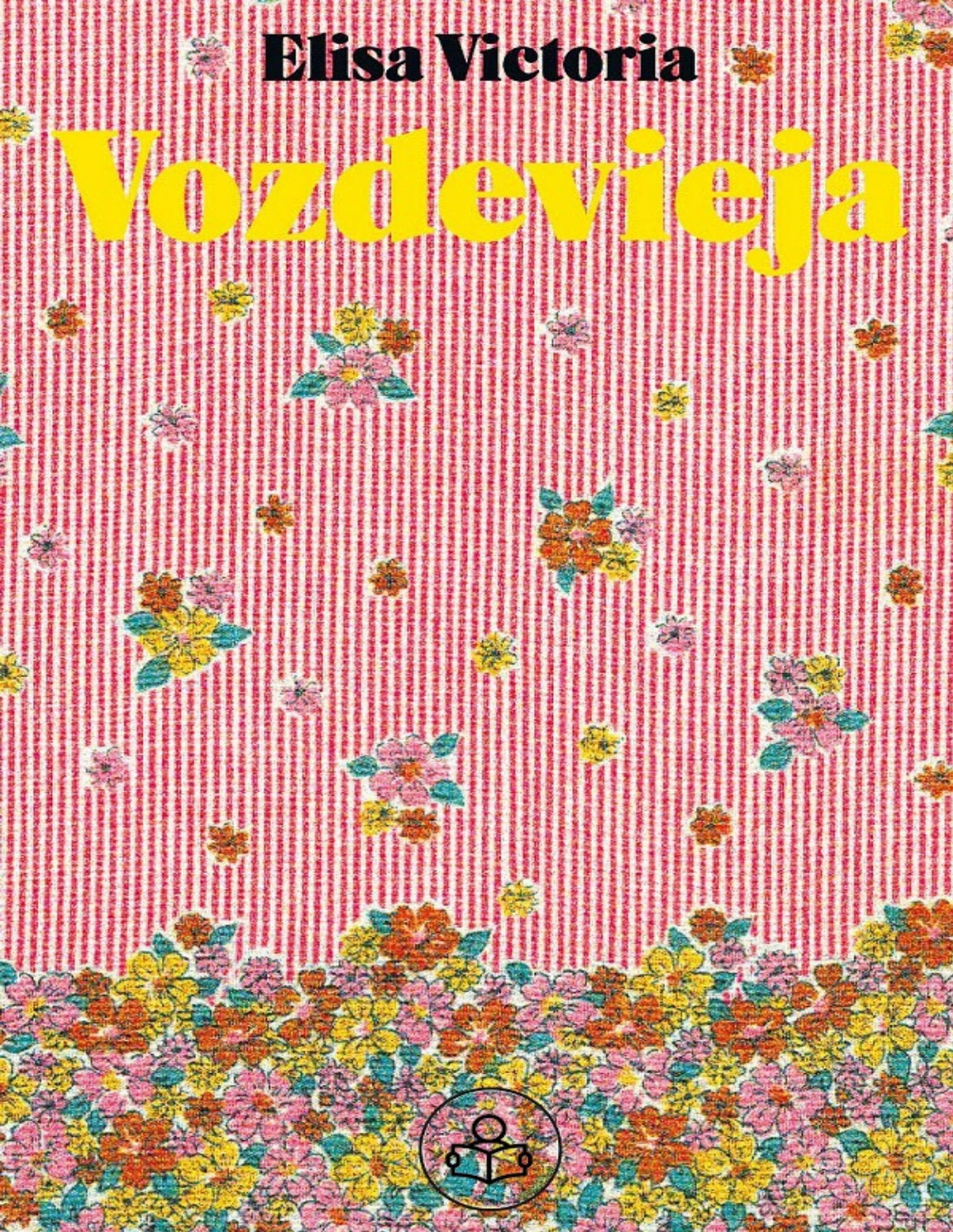


Elisa Victoria

Wozdewieja



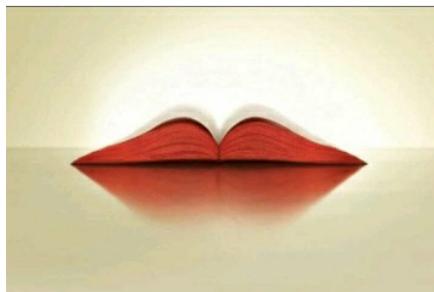
Tiene nueve años. Su nombre es Marina, pero en el cole la llaman Vozdevieja. Este verano en Sevilla, el primero después de la Expo del 92, es tan largo y tan seco que ella no sabe si llorar o reír. Si quiere que todo cambie o que todo siga igual. Porque aún juega con muñecas Chabel pero ya mira revistas para adultos. Porque su madre está enferma y ella ya se imagina en un convento rodeada de huerfanitas. Porque todo el mundo, también su padre, insiste en desaparecer. Porque su mejor amiga es su abuela, quien le guisa, la peina, se deja cortar esas uñas como alacranes, le cuenta su amor por Felipe González, le dice tranquila, le enseña nuevos tacos, le cose vestidos de flores. Luego sale y esos vestidos le molestan tanto como si fueran de lija. Y aun así, Marina siempre tiene hambre: de vida, y de filetes empanados.

Una voz única, tierna, lírica y divertidísima.

Elisa Victoria



Vozdevieja



Título original: *Vozdevieja*
Elisa Victoria, 2019



Vins

Revisión: 1.0
Fecha: 12/02/2020

Una exministra del Partido Perruno dijo que las perritas sin pedigrí eran más tontas que las de marca. Blackie no tenía pedigrí, pero sabía una cosa: que eso de generalizar y discriminar sí que era una auténtica tontería.

A mi tío Pepe, fiel protector de la infancia.

El vestido de gitana de mi madre acecha oscuro encima del armario. Es verde con grandes lunares negros. Cuando se lo pone es la mujer más guapa que ha pisado el planeta, pero lleva muchos meses ahí tirado y estoy harta de verlo desde la cama. De día no me inquieta demasiado, pero al quitarme las gafas para dormir los volantes borrosos se convierten en una enorme serpiente enroscada y cada noche me tapo la cabeza con la manta para que no me vea. Sería más fácil confesar que me da miedo, pedir que lo guarden en otro sitio, que sería también mejor para el vestido, tratar de imponer algo de razón al espejismo, pero esas ideas ni me las planteo. Las cosas son como son. Ya da igual de todas formas, en cuanto apago la luz sigo viendo la serpiente por mucho que cierre los ojos.

Hay ruido en el salón. Mi madre duerme allí porque vivimos en casa de la abuela y no hay cuartos suficientes. Antes hemos pasado por otros sitios, pero apenas me acuerdo. Yo tengo mi propia habitación. Eso me hace sentir muy culpable. Un lujo desagradable. Aunque la pared esté forrada de un papel rosa con nubes blancas, es demasiado tenebrosa y no hago más que empeorarlo cubriendo la ventana de pegatinas. No puedo evitarlo, colocarlas ahí me da sensación de riqueza.

Tengo miedo, ganas de quejarme, de llorar un poco, más que de saber lo que ocurre. Pero me aguanto y espero. Mi madre entra a oscuras, me coge en brazos y me saca de la cama. Ocupo poco más que un bebé y la altura de su pecho resulta vertiginosa. Me lleva al salón como una ofrenda valiosa. Me cuesta despegar los ojos. Las luces duelen. No sé qué va a pasar y sigo sin gafas. Ella está nerviosa, perdida en una mezcla de cansancio y precipitación. Se nota que no es más que otra niña asustada en medio de un lío del demonio. En el sillón hay algunas cajas de juguetes sin envolver. Mi abuela está junto a la puerta de la casa. Intuyo que lleva puesta la bata azul y que tiene la cara muy seria. Abre la puerta y entran tres hombres con ropas brillantes armando jaleo. Dicen que son los Reyes Magos. Mi madre ni está contenta ni me pide que lo esté ni me suelta. Su pecho palpita como el de un toro. No piso el suelo. Baltasar acerca mucho la cara y habla sobre una cabalgata cargada de regalos que está por venir en mi honor, con tantos camellos que colapsarán la calle. Por qué no hoy, Baltasar, si hoy es el día. Me dan asco sus churretes negros derritiéndose y no quiero que me pringue. Preferiría ir a ver los juguetes de cerca y abrirlos ya, pero todavía no puede ser. Hay que esperar a que amanezca.

En menos de cinco minutos vuelvo a la cama como si nada, desorientada y confundida, imaginando esa poco probable procesión de interminables presentes. No recibo ninguna explicación. Los ronquidos de mi abuela no tardan en marcar la tranquilidad del hogar como un sereno insistente. Todavía no he cumplido cuatro años, pero se me dan bien las cuentas. Esos no podían ser los Reyes Magos. Olían fuerte y raro. Ácido, ahumado. Han llegado con trajes deslumbrantes, pero mal puestos. Venían con las manos vacías. Los regalos estaban ya sobre un sillón cuando ellos entraron, y les abrieron la puerta a destiempo. Está bastante claro que no es el

tipo de majestad en el que me han enseñado a creer. Además, aquí venía liderando Baltasar, era el protagonista, el que daba más miedo, y todos los que me conocen saben de sobra que mi rey es Melchor.

No sé quiénes serían esos tres, pero lo único que han conseguido es quitarme el sueño y chafarme la sorpresa de mañana. Los verdaderos Reyes no mantienen conmigo la conexión mental que esperaba y no han traído lo que pedí. Yo quería un peluche grande de Snoopy vestido de piloto y una Chabel Lluvia, la del anuncio de ambiente nocturno basado en aquella película con bailes que vi a trozos. Me encantan las películas viejas con música y coreografías en grandes escenarios, donde todo está limpio y pulido, donde los colores parecen pintados y los rizos nunca se vienen abajo. También me gustan las de romanos. Ojalá pudiera ser mayor y escapar a tanto desconcierto. Elegiría una vida en blanco y negro con tacones de los que no hacen daño. Colocaría un árbol de Navidad que llegara hasta el techo y ahogaría a mis amigos en regalos. Todo sería más fácil si no fuera tan repipi. Intento ocultarlo, pero se me ve el plumero. Los anuncios de colonia, los bailes de la tele, las casas de muñecas, Xuxa. Adoro las cursiladas. La serpiente mansa y gruesa sigue encima del armario, pero ahora tengo otras cosas en la cabeza.

La mañana del seis de enero brilla una luz distinta, muy amarilla. Lo de anoche apenas me perturba. Estoy acostumbrada a ver el cielo despejado pero las escenas parecen hoy antiguas postales para el futuro. Abro las cajas como si las hubiera olvidado y reconozco que los juguetes nuevos emanan un encanto especial. Hay una Barbie St. Tropez en bañador que trae un peine de buen tamaño. Admiro el peine durante bastante rato antes de abrir el armario rosa, también de Barbie. No sé qué voy a meter dentro, vestidos no tengo ni uno, pero viene con tres perchas y está muy bien de espacio. Los siete pañuelos de tela, uno con un ratón estampado para cada día de la semana, no llaman en absoluto mi atención. A ver si se pasa la moda de regalar pañuelos. Muy chungo se tiene que poner la cosa para que los niños recurramos a esos trapitos. Antes me sueno los mocos con una bayeta. El oso de peluche rosa sin embargo me ha enternecido. Lo abrazo y pego saltos y lo coloco a mi lado para medir por dónde llega. Me preguntan qué nombre le voy a poner. Lo tengo clarísimo. Mi tío pediatra, el que vela por mí cada vez que necesito que me velen, el gran héroe al que idolatro.

—¡Pepe! —respondo.

—¿Otro Pepe?

—¡Sí!

—Pero si ya tienes dos Pepes.

—Pues otro Pepe. Este va a ser el Pepe Rosa. ¡Pepito!

—Entonces vale.

El oso de peluche me ablanda el corazón y ahora miro los pañuelos con ternura. Saco uno y lo acaricio, curándolo de los malos pensamientos que antes le dediqué. El ratón del lunes va vestido de cartero, muy dulce. Esto no ha estado mal después de todo. Acabo de descubrir que el roscón está buenísimo. Algunos niños pasean sus juguetes por el patio mientras repito desayuno. Unas vecinas llaman a la puerta. Por lo visto en casa de la Tata ha aparecido un paquete con mi nombre. La Tata no es familia, pero vive en el piso de arriba y la conozco desde que nació. La palabra *Tata* tiene un significado ambiguo y tierno muy concreto. Creo que es menos que abuela pero más que tía, y sin duda más que vecina. Si me viera sola ante un problema inesperado su casa sería la primera a la que acudiría.

La noticia del regalo sorpresa me llena de curiosidad y lo descubro en medio de un corro de piernas viejas. Es un maletín con accesorios brillantes para disfrazarse de princesa. Una corona, pulseras y no sé qué más. Lo miro sin decir nada. Una cosa es ser una cursi y otra una hortera. Entre las enormes figuras reina un silencio incómodo hasta que la Tata pregunta con cariño:

—¿Te gusta?

Me han enseñado a no decir mentiras, así que miro hacia arriba y sacudo la cabeza en señal de negación. Todo el mundo se desinfla. Pensaba que había hecho lo correcto, pero ahora me siento terriblemente culpable. La Tata agarra el regalo y se marcha hablando de devoluciones. Miro a mi madre encogida de hombros sin entender lo que acaba de pasar. Se agacha y me habla:

—Marina, hija, cuando te hacen un regalo tú tienes que hacer como que te gusta, aunque no sea verdad.

—¿Por qué?

—Porque si no el que te lo ha regalado se pone triste.

—¿Por qué?

—Porque pensaba que te iba a gustar y le da pena no haber acertado.

—¿Y se ha puesto triste la Tata?

—Sí.

—Pero yo no quería que se pusiera triste.

—Ya lo sé, hija —me abraza y suspira—. ¿Pero lo entiendes?

—Sí, lo que pasa es que entonces nunca me van a regalar algo que me guste.

—Tú dime a mí lo que te gusta y ya verás. Y si no te gusta algo que yo te regale me lo puedes decir que no pasa nada.

—¿Te has enfadado, mamá?

—No, no pasa nada, tú no sabías lo que había que hacer.

—¿Y la abuela?

—Tampoco.

—¿Y la Tata?

—No lo sé, pero si se enfada ya se le pasará, que tampoco era para montar drama, si a la niña no le ha gustado pues que le den por culo al regalo, qué quieres que te diga.

Después de comer arroz el botín encima de la cama. Juego a que la Barbie es bella y malvada como la bruja de Blancanieves e intenta destruir todo lo que tengo sin éxito. Mi madre viene a saludar. Solo soy capaz de apreciar lo bonito que es el papel de la pared cuando ella está en la habitación. La luz de la tarde colorea su palidez natural. A medida que se acerca, su pelo rizado, suelto y negro, emite algunos destellos rojizos. Trae el pijama puesto y los labios pintados. La suelo ver así por la casa, aunque pasa mucho tiempo fuera. Tiene treinta y un años y un montón de problemas.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—¿Te gusta la muñeca?

—Sí.

He aprendido la lección, ya tendré ocasión de hacerle saber lo que quiero cuando ambas

estemos más preparadas, por hoy hemos tenido bastante. Aunque no sea lo que yo he pedido, la Barbie es guapa y me viene bien para practicar. La he llamado Katrina porque tiene una cara de villana sensacional y ese nombre me sugiere terribles maldades. Me da rabia no contar con la destreza necesaria para manejar objetos de valor. Estoy deseando que me regalen una cinta con canciones de Michael Jackson.

—Pero mamá.

—Qué.

—Los que vinieron anoche no eran los Reyes Magos de verdad, ¿a que no?

—No, era tu padre con unos amigos. Los Reyes de verdad son magos y no se pueden ver.

—Ah, claro. ¿Y cuál era mi padre?

—Baltasar.

—Pues yo prefiero a Melchor.

—Claro, y yo.

Confirmar que el de anoche era mi padre también resulta tranquilizador. No se le puede pedir tanto a los simples mortales. ¿Quiénes serían sus amigos? Seguro que tenían buena intención. He hecho reír a mi madre y me da un beso. La humedad de sus labios es incómoda, pero los pulmones me explotan de felicidad. Me pregunto cuánto tiempo tardará la Tata en perdonarme, cuánto durará esta ilusión.

Primera parte

1

He cumplido nueve años y la Tata todavía me guarda rencor. Ahora vivo en otro barrio, voy a un colegio que no me aterroriza del todo y paso muchas tardes en el parque Amate pendiente de lo que ocurre alrededor del estanque. Está relleno de cosas que la gente arroja. Un carrito de bebé, un andador, una muleta. A veces viene un niño con un barquito teledirigido. En invierno me pareció entrever un gran pez saltando por encima del agua e incluso escuché el sonido, pero cuando miré solo me dio tiempo de distinguir el último coletazo. Tengo la teoría de que era un esturión, pero nadie me apoya. El estanque es bastante pequeño, la verdad.

Me he vuelto alta y atenta. Nunca olvido. Echo de menos los mimos diarios de la abuela, pero he comprendido que en este mundo no hay dueña y señora más grande que mi madre, que cada vez tiene pinta de estar más mala. Prefiero que tengamos nuestra propia casa aunque haya que compartirla con Domingo, el último novio raro que se echó. Este barrio es un poco más moderno que el anterior y la abundancia de ladrillo rojizo resulta acogedora. A estas alturas hemos conseguido entendernos entre los tres. Las cosas no van mal del todo. El problema está dentro de mí. La mayor parte del tiempo la dedico a disimular con todas mis fuerzas, a fingir que lo que nos rodea no me extraña hasta la médula. Es difícil confiar en los demás porque a ellos no parece costarles tanto interpretar su papel y eso me inquieta. Ni siquiera diría que están actuando, es como si para ellos la vida fuese algo natural y para mí algo forzado. Cada vez que hablo con alguien me cambia la voz, me sudan las manos y noto que mi disfraz de humano es de mala calidad. Cuando estoy sola siento que soy yo misma, pero tengo que luchar contra el abismo de libertad y terror que se abre sobre el suelo que piso. Ansío la compañía de un aliado constantemente. En el colegio, en el bloque, en las plazoletas.

Hoy me levanté temprano para ir a clase, pero por suerte eso queda lejos. De viernes a domingo abandono la vida escolar para regresar durante todo el fin de semana al suave caos que siempre ha reinado en casa de mi abuela. Estamos las dos solas con Canica, una perrita peluda con el lomo negro y la barriga blanca. Es muy simpática. Se supone que me la trajo Papá Noel, pero siempre tuve dudas porque quien entró por la puerta fue un muchacho de unos veinte años que me la colocó sobre el regazo. Yo esperaba que llegara el verdadero Papá Noel a media tarde, llamando al timbre, o por lo menos otro tío disfrazado. Era tan pequeña y tan bonita que la paseé durante semanas metida en un cochecito de juguete. Seguiría haciéndolo, pero ya no se deja. Cuando nos fuimos a vivir con Domingo, se quedó con la abuela. Liamos croquetas en la salita con la tele puesta. Nos gustan los programas de misterio, aunque luego ella puede dormir y yo no. Le ha entrado sueño y nos desnudamos juntas en su dormitorio. Bajo la apariencia fresca del vestido rojo que llevaba subyace una combinación color carne. La combinación es una prenda que no entiendo y que ya debe dar mucho calor por sí sola, pero aún tiene que desprenderse de varias

capas, las más rígidas. El sujetador, la faja y las bragas crean una armadura de ballenas que se le clava en la piel morena y blanda.

—Niña, ayúdame con los corchetes.

Me arrodillo sobre la cama y la libero de esa coraza gruesa que no parece molestarle nada durante el día. Suspira, se sienta y me agacho para bajarle las medias. Suspira otra vez y me habla.

—Mira, mañana...

—Qué.

—Espérate que lo estoy pensando.

Transcurren unos segundos mientras entorna los ojos con el dedo índice atrofiado en ristre. Con la otra mano agarra un cigarro y lo enciende. Cuando expulsa la primera bocanada de humo, sigue elaborando el plan.

—Mira, mañana voy a meter los pies en una palangana con agua y sal.

—Sí.

—Y luego tú coges las tijeritas, *chiqui chiqui chiqui*, y me cortas las uñas.

—Vale.

—¿Te parece?

—Vale.

—Que estoy que parezco un gavilán.

—Es verdad.

—Ea, ahora voy a hacer caca.

—Voy contigo.

La idea de cortarle las uñas de los pies resulta dificultosa e incluso algo atemorizante, pero me veo capaz de llevarla a cabo, la forma en que la propone es divertida y no gano nada poniéndole pegas. Ella hace muchas cosas por mí con gusto. La sigo despacio hasta el baño y en el giro pierde el equilibrio.

—¡Coño!

—¿Qué ha pasado?

—Nada, que me he dado con la esquina del ropero.

Tiene setenta y dos años, es bajita, barrigona y no se arrepiente de nada. Hasta hace poco lo único capaz de causarle pudor era su propia sonrisa en algunas fotos alegres. Pero desde que el año pasado estrenó dentadura postiza para ir a la Expo92 se siente invencible. Ahora solo parece pesarle que me estaba cosiendo un vestido de flamenca muy complicado y en marzo le dije que no siguiera, que no me lo iba a poner, que no pensaba volver a pisar la Feria. La entiendo porque en Sevilla lo de vestirse de gitana es una cosa muy seria y dejar abandonada semejante labor de costura, con lo avanzada que estaba, le tuvo que dar coraje. Me lo echa en cara casi todos los días. Creo que nunca ha sido tan feliz. Se sienta sujetando el cigarro y yo le hago compañía acuclillada en el suelo. Me gusta verla cagar. Unas veces hablamos y otras no, pero siempre me hipnotiza su ritual del papel higiénico. Con parsimonia oriental, corta dos trozos de idéntica longitud y los coloca delicadamente sobre sus muslos. A menudo comenta que su abuela era china, y cuando está mi madre alrededor me dice por lo bajini que en realidad era filipina pero que para ella es lo mismo y se hace un lío. Arroja la ceniza en el bidé. Son las tres y media de la mañana y solo se escucha su respiración pausada. El sonido de la caca al salir me resulta muy satisfactorio

porque soy una niña estreñida, una súbdita en bragas blancas a sus pies. Está desnuda, erguida en un trono que lleva disfrutando solo la tercera parte de su vida, paladeando las comodidades que le brinda el progreso con la boca llena y los trozos de papel blanco colgando equidistantes de sus piernas. Un alarido rompe la cálida paz del vecindario. Dirijo una mirada compasiva hacia el techo porque en el tercero vive en desgracia una familia con un hijo discapacitado, grande y aparatoso como un rinoceronte llorando por su cuerno perdido en medio de la selva.

—Angelito, se ha desvelado —murmura inclinando la cabeza.

—¿Cuántos años tiene?

—Casi cuarenta.

Se pone el camisón blanco de flores, enciende la radio y nos acostamos juntas en la cama de matrimonio. Para ahuyentar los fantasmas de la noche, intento pensar en algo agradable.

—¿Cuánto queda para que nos vayamos de vacaciones?

—Pues... no sé, vamos a contar los días. ¿A qué estamos? —No sé.

Saca un pequeño calendario de la mesita de noche y echamos la cuenta mientras se le empiezan a cerrar los ojos. Nos encontramos a veinte días de la gloria. El rumor de la radio me mantiene despierta y acompañada mientras miro el camisón. Es mi favorito, el que más temo. Su estampado me brinda ambiente de libertad porque lo relaciono con las vacaciones de verano, pero también simboliza el momento exacto en que el lado siniestro de la existencia se materializó por fin para mí. Hacía mucho que lo veía venir. Acechaba en las siluetas de *La princesa caballero*, en las sillas de respaldo alto, en las luces que se movían sobre los muslos de mi madre dentro de los escasísimos taxis que habíamos cogido por la noche, en la máquina de coser de mi abuela, la misma Singer pesada con el mismo mueble de imitación caoba desde los sesenta. Este lado siniestro enseñó por fin la patita por debajo de la puerta en Punta Umbría en 1990. Tres momentos destacados acontecieron en aquella Residencia de Tiempo Libre.

El primero desencadenó un malestar sin precedentes. Teníamos en la habitación un paquete de galletas rellenas de chocolate. Cada galleta se me hacía eterna, árida y dura, difícil de masticar. Saciaba mi apetito en segundos dejándome empachada e insatisfecha. Decidí manejar el asunto comiéndome solo el chocolate, que era lo que me interesaba, arrancándolo con la precisión de aquellos dientecitos de leche sin romper que tanto añoro. Sabía que podían reñirme severamente por desperdiciar el alimento, así que por la noche me levantaba a hurtadillas y, al amparo de la oscuridad, dejaba las galletas lamidas como el plato de un perro en una esquina discreta del balcón. Arrojarlas al exterior era una gamberrada insoportable muy lejos de mi nivel. No tardaron en descubrir el alijo secreto y la reprimenda fue épica. La lección quedó clara: si en esta vida pretendes comerte solo el chocolate, necesitas un sitio donde esconder las galletas secas en condiciones.

El segundo y más importante tuvo lugar aquella misma noche. Inquieta e insomne a costa del disgusto en la camita supletoria junto al somier de mi abuela, empecé a sentir miedo de encontrarme a ras del suelo. Escalé con sigilo hasta lo alto del colchón y me apreté contra ella, que llevaba el mismo camisón que hoy. Los mosquitos caminaban sobre la piel tierna y tostada de la anciana, gran cazadora, que a veces se daba un manotazo inconsciente y se rascaba el cadáver sanguinolento. Cuando por fin se me abrían las puertas de la duermevela, visualicé la primera imagen de la noche: un gran ejército formaba filas escuchando las órdenes de su coronel, un personaje esbelto y sinuoso que se paseaba de un lado a otro dando voces. En mitad del discurso,

el coronel se deshizo como si sus miembros fuesen de cuerda, dejando en el suelo una madeja de lianas color carne. Al abrir los ojos, me di con la robusta espalda cubierta de florecitas de colores desconfiando de mi propia conciencia, esa traidora inesperada.

El tercer momento dramático fue de lo más común. Un niño impulsivo que no conocía decidió sumergirme por la fuerza en la piscina y tratar de ahogarme. Incluso cuando distinguí desde dentro del agua figuras adultas acercarse alarmadas, pensé que no iban a ser capaces de disuadir semejante arrebato, que no les iba a dar tiempo de salvarme. No era para tanto, pero los niños somos débiles y a veces ocurren accidentes. Pensé que a lo mejor me moría allí mismo. No quisiera volver nunca a Punta Umbría. Este año será diferente. Este año subimos de nivel y nos vamos a Marbella, la capital del lujo y el bienestar.

Es sábado. Hemos comido huevos fritos con patatas y un festín de inagotables croquetas. Como me he levantado tarde, el almuerzo se ha servido a la hora de la sobremesa. Mi abuela lleva despierta desde las doce, está vestida y tiene las cejas pintadas. Yo estoy en bragas y camiseta, revuelta, recién levantada. En la tele echan *Banana Joe*. Tenía muchas ganas de verla porque en el anuncio parecía muy divertida. Los chistes y el conflicto resultan algo decepcionantes, pero de la banda sonora nunca me canso. Achaco el fiasco a mi inmadurez y hago como que lo pillo todo, como que soy capaz de percibir una calidad que la película no tiene. El primer postre son dos rodajas de sandía. El segundo es un bloque de helado de tres sabores. Fresa, nata y chocolate. Nos cortamos un palmo para cada una y ella vuelve a meter los pies en agua con sal. Chapotea y observa el proceso. Lleva dos horas así.

—Niña, esto ya está, coge las tijeritas.

—Sí, sí.

Hace el gesto de cortar con sus dedos retorcidos y murmura de nuevo el *chiqui, chiqui, chiqui*.

—¡Que sí!

—Bueno, si quieres te puedes esperar a los anuncios.

—No hace falta.

Imposto sacrificio e interés cuando en realidad la película me parece un muermo. Además así quedo bien, salimos las dos ganando. Lo de las uñas de gavilán me aterra, justo por eso quiero acabar cuanto antes. Con un bocado de nata derritiéndose todavía en la boca, me postro y le sujeto un pie húmedo como un enorme garbanzo reblandecido entre las manos. Apoyo el talón de crustáceo en mi rodilla cubierta de postillas de diferentes caídas y procuro no llegar a tocar ninguna uña. Las tijeras son grandes y afiladas. Son las tijeras de la costura, pero es lo que hay.

Mientras llevo a cabo la operación, ella fuma complacida.

—Qué talento tienes —comenta. Sonríe con la boca cerrada, me trago la nata y me peleo con la uña del dedo gordo, la más gruesa y rebelde, rizada sobre sí misma en espiral.

—*Ofú* —resoplo—, ¿te duele?

—Qué va, no me duele nada, dale ahí un picotazo bueno, aprieta fuerte.

Aprieto con las dos manos y un trozo de uña amarillenta sale disparado.

—Ole mi niña, ¿no te digo yo que tienes mucho talento? Tu madre no tenía a tu edad ni la mitad de luces que tú.

—¿No?

—Qué va, era muy bonita y muy lista y muy graciosa, no te digo que no, ¿pero las luces que tú tienes? Eso no se ha visto, la única pena es que te tiene tu madre tan derecha que un día te va a dar un ictus.

—¿Un ictus qué es?

—Como un jamacuco pero de la cabeza.

—Ah.

—Del cerebro.

—Ya.

—Que no te dejan decir ni *ofú*, digo yo que no hará falta ser tan sargento, si no das problema ninguno.

—¿A que *ofú* no es para tanto?

—Cómo va a ser para tanto, aquí conmigo te dejo decir hasta mierda, fíjate lo que te digo.

Me río y corto una uña pequeña con gran precaución.

—Coño ya no, ¿eh? Coño es mucho, no puede ser. Yo eso lo digo solo si me he pegado un porrazo o estoy disgustada o algo así fuerte.

—Vale, vale, eso no, si solo de pensar en decir coño en alto ya me agobio. Uy, lo he dicho.

—¡Che! Coño ni en broma, ¿eh? Que como se te escape delante de tu madre me corta el pescuezo.

Se le escapa el humo del cigarro y su barriga se agita a base de reírse. Abre tanto la boca que le veo la dentadura contra el paladar desde abajo. Yo también me río y agarro el otro pie. El segundo siempre es más fácil que el primero. Te sabes ya el camino y solo queda la mitad.

Estoy otra vez en el barrio de ladrillo rojizo, acaban de recogerme. Ojalá me dejaran tener un pintalabios del color de estas fachadas. Son las siete de la tarde y ya tengo la mochila preparada con los libros del lunes para ir al cole mañana. Acompaño a Domingo a comprar tabaco. Aunque sea el novio de mi madre parece más un hermano mayor con trabajo que un padre. Es tartamudo y muy pedante, complicada combinación a la que sin embargo tardé poco en acostumbrarme. A la gente le cuesta entender lo que dice, pero a mí no. Por fortuna o por desgracia, proporcionalmente soy la criatura que más tiempo ha pasado escuchándolo hablar y conmigo tartamudea menos. Se suele quedar enganchado en las enes, las emes, las eses, las eles y las tes. Las vocales tampoco se le dan bien. Me escudriña como un diablillo inquisidor y se divierte chinchándome hasta la saciedad un año tras otro. Mi madre y él se han peleado muchas veces, pero ya no creo que se vaya a ir nunca. Cuando la relación parecía que se afianzaba, un día ella le dio un codazo y nos dejó solos en el sofá.

—Oye, niña.

—Qué.

—Hablemos de terminología.

—Eso qué es.

—De palabras.

—Bueno.

—Venga.

Carraspeó y prosiguió impostando seguridad:

—Tú sabes que aunque yo no sea tu padre me puedes llamar papá.

Nos miramos los dos con cara de póker. Se nos escaparon unas risitas histéricas.

—Qué va, no hace falta.

—Ya, eso lo sabemos, pero si te gusta lo podemos hacer así.

—Que no, que no.

—¿Seguro?

—¡Que no, que sería muy raro!

—Sí, coincido, a mí también me parece raro, era por si tú querías y no te atrevías a decirlo.

—Mejor no.

Nos dimos la mano. Distinguí en él una mezcla perfecta de tristeza y satisfacción. Es una de las pocas personas que claramente está también disimulando a duras penas, pero que no lo admitiera siendo tan mayor me llenaba de dudas. Tras un minuto en el que compartimos sentimientos de extrañeza, propuso un nuevo plan:

—Bueno, pues como estamos de acuerdo y necesitamos definir la situación de alguna manera, vamos a constituir un vínculo de negocios.

Sacó un papel y empezó a redactar un contrato. Entonces yo tenía seis años. Él, veintiocho. No me daba cuenta porque se estaba quedando calvo y tenía la barba muy negra, pero su aire era pillo, fresco y juvenil como el de un muchacho recién salido del instituto. El contrato establecía un compromiso de manutención hasta mi mayoría de edad, momento en que la deuda pasaría a corresponderme, adquiriendo mi parte la obligación de mantenerle a él hasta su muerte. Me otorgaba la beca con más intereses de la Historia. Una vez más, esa fusión tan característica de broma ligera y crueldad invadía mi estómago. Era un trato retorcido. No entendía si iba en serio o no. Obviamente quedaba una eternidad para que cumpliera dieciocho años, pero él se frotaba las manos con avidez, como un villano longevo salivando por mi alma. Desde aquel día pasó a llamarme socia, apelativo simpático capaz de resumir nuestras implicaciones a gusto de los dos. Reconozco que a mí tampoco me hacían gracia los romanticismos. En ese sentido estábamos en el mismo barco. Pronto hará tres veranos que vivimos juntos y su presencia todavía me coge por sorpresa en el pasillo. Cuando estamos solos algo me mantiene alerta, el mismo tipo de sospecha que imagino en los niños con hermanos impredecibles. La diferencia es que a él le han otorgado autoridad sobre mí. Sigo añorando la figura de un padre, pero si me dan a elegir, creo que Domingo me cae mejor.

Mientras caminamos en busca de un paquete de Winston, suplico que nos desviemos para pasar por delante de la juguetería, mi fundamental fuente de consuelo en el barrio. Está cerrada, pero con mirar el escaparate me basta. El año se hace muy aburrido y los Reyes Magos son la única religión a la que me entrego, así que me apetece pensar en eso. La mayoría de los niños ha dejado ya de creer y yo misma he atravesado varias crisis de fe, pero hace tiempo que decidí aferrarme a estas migajas de inocencia con todas mis fuerzas.

—Odio esperar a que lleguen los Reyes Magos.

—¿Por qué?

—Porque es muy largo y ya estoy pensando lo que me voy a pedir.

—Venga, socia, no me digas que te tragas todavía esa pantomima.

—¿Pantomima qué es? —pregunto frunciendo el ceño.

—Una pantomima es un teatrillo de dudosa calidad.

—¿Cómo? —exclamo haciéndome la tonta.

—Una farsa.

Me paro en seco en medio de la calle.

—¡Oye, no te metas con los Reyes!

—No me meto con los Reyes, te digo la verdad pura y dura. No quepo en mí de indignación.

—Que tú no creas no significa que sea mentira.

Me mira con una expresión cínica. Aligero el paso y lo alcanzo ansiosa.

—¿Y cómo es que os vienen también a vosotros?

—La Virgen, pues nos compramos regalos y nos los damos ese día.

—Eso será a ti, mi madre cree en los Reyes y a ella le vienen.

—Vamos a ver, te estoy diciendo que le compro yo las cosas. Enmudezco aplastada.

—Bueno, bueno, si prefieres seguir con el cuento, allá tú.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo saben lo que quiero?

—Porque se entera tu madre.

—Pues hay veces que no digo nada y me llegan las cosas.

—Porque se entera tu madre.

Refunfuño. Me da mucha pena que al final no sea verdad.

—Tu madre tiene sus métodos.

Estoy sin argumentos, sin esperanza. No doy crédito a su brutalidad y sigo caminando en silencio.

—Hija, lo siento.

—No soy tu hija.

—Bueno, pues mi socia.

Es evidente que lleva razón él. He sacado el tema y ha respondido con honestidad. Debería agradecerle que no me tome por tonta. Pero voy a fingir que no le creo, que la otra versión me convence. Solo un poquito más. Es demasiado sabroso. No volvemos a hablar hasta llegar a casa. Domingo se viene fumando un cigarro que parece saberle a gloria. Frente al portal del bloque, la canción original de *Banana Joe* me viene a la cabeza. Adoro esa canción, ojalá no hubieran puesto ya la película para que siguiera sonando en los anuncios.

—Oye, ¿cuántos Óscar tiene Bud Spencer?

Domingo se troncha. Tira la colilla a la calle y entramos. No contesta.

—¿Qué pasa, por qué te ríes?

—Por nada, por nada.

—¿Pero sabes cuántos Óscar tiene o no?

—Ninguno, creo que ninguno.

—¿En serio?

—Estoy bastante seguro.

—¿Pero eso cómo va a ser? ¡Bud Spencer es famosísimo!

—Ya ves.

—Pues yo pensaba que le habrían dado por lo menos cuatro o cinco.

Se sigue riendo mientras subimos las escaleras y no entiendo por qué. Según mi criterio nadie se merece un Óscar más que Bud Spencer.

2

Soy la única de la clase que da *Ética* en lugar de *Religión*. Llevo ya cuatro colegios y siempre ha sido así. Al principio no sabía lo que significaba *ética*, confundía la palabra con *hípica*. Pensaba que me iban a enseñar todo sobre el mundo del caballo, que los demás eran unos pardillos, unos meapilas. Al final echaba la hora semanal con la maestra discutiendo sobre cruzar el semáforo en verde o en rojo, sobre buenos modales y dilemas morales sencillos. Me agradaba estar sola hablando con ella, aunque aquello aumentara la sensación marginal que me perseguía como un duende cruel flotando junto a la oreja. Mi madre gasta bromas con la *hípica* e insiste en que puedo hacer lo que quiera. Creer en Dios, bautizarme, hacer la comunión, incluso montar a caballo alguna vez. Pero yo conozco a ese Dios y no quiero saber nada de él, concretamente desde el segundo día de guardería. El primero estaba sentada sola en la arena del patio deseando que alguien se acercara a jugar conmigo. Me reconfortaba llevar mi vestido favorito, el único que mi abuela no me había hecho, el único que me habían comprado. La falda y las mangas eran de rayas azules y blancas. En la pechera iba cosida una muñeca de espaldas con un sombrero en relieve adornado por un lazo rojo de raso que no me cansaba de acariciar. Una niña se acercó corriendo, arrancó el lazo y se marchó sin decir nada. Yo tampoco hablé. Una vez en Casa, mi abuela se fijó.

—Niña, ¿qué le ha pasado al lacito que traía el sombrero?

Callé deshonrada, sintiéndome culpable.

—¿Ya lo has perdido con lo que te gustaba?

—Me lo han arrancado en la guardería.

—¡Anda! ¿Y quién ha sido?

—Una niña.

—¿Tú le habías hecho algo?

—No, yo no.

—¿Y no le has dicho nada a la maestra?

—No.

Mi abuela se inclinó para hablarme con seriedad. Su dentadura mellada y verdosa no me daba ningún miedo.

—Hija mía, tú no te preocupes porque a esa niña el Señor la va a castigar.

—¿El Señor es Dios?

—Sí, claro.

La imagen de un Jesús dulce, castaño y barbudo emergiendo entre las nubes me inundó de consuelo y confianza. Pensé que se haría justicia, que bajo su designio todo se arreglaría solo, como si presenciar un castigo me fuera a servir de algo. A la mañana siguiente volví a la guardería segura como quien lleva un as en la manga. Me dediqué durante toda la jornada a observar

fijamente a la compañera rabiosa. Vi a aquella niña erigir el mal con total impunidad a lo largo de muchos días sin recibir jamás escarmiento, lamentándome de no haber decidido resolverlo por mí misma, de haber adoptado una actitud pasiva de la que ya no sabía cómo zafarme. Humillada y estafada, miré con rencor el calendario de 1987 patrocinado por Jesucristo que colgaba en la salita hasta que se acabó el año. Hubo más calendarios, pero jamás se me pasó el enfado. Tampoco ayudó a mejorar mi opinión sobre el catolicismo saber que las monjas le habían pegado a mi madre con la regla de madera en la mano, que le habían inculcado un pudor malsano, que la habían hecho sentirse responsable de todo el mal concentrado en el mundo, que no había seguido estudiando con las niñas buenas por no poder pagarlo.

La posición religiosa de la familia empezó a cambiar el invierno pasado cuando mi madre me contó que esta vez estaba muy mala y me regaló una Biblia infantil. Primero dejó que eligiera en la tienda el libro que traía la Virgen María más guapa para agasajarme. Luego dijo que no podía calcar ningún dibujo hasta que me hubiera aprendido el padrenuestro. Me la jugó. Seis meses más tarde me ha traído a conocer el mismo colegio de monjas al que ella asistió. El flujo de los acontecimientos me inquieta, pero siempre he sido obediente y adaptable. Me gustan los uniformes. Además, estoy habituada al espantoso ridículo de haber decidido seguir creyendo en los Reyes Magos, aunque la verdad me pudra de vergüenza. Trato de aprender a lidiar con las contradicciones. Esto no puede ser tan difícil. A Melchor le tenía mucho más aprecio que a Jesús. Aquí ni siquiera tengo que pasar por el desengaño. Ya sé de entrada que todo es mentira. En cierto modo hoy voy a tener mi primera entrevista de trabajo. Necesito causarle buena impresión a la jefa del convento porque si no me admiten tal vez no se sepa qué será de mí. Mi madre me lo ha explicado con delicadeza, pero sin tapujos desde el principio. Está muy enferma, lo bastante enferma como para tener que decírmelo. No es una sorpresa, casi siempre lo ha estado, y aunque mi fe es prodigiosa y llevo una eternidad temiendo que un día ella se haya esfumado de repente, debo asimilar la posibilidad de que esta vez empeore hasta un nivel insostenible. Hace cinco años que no veo a mi padre. Domingo, el socio, es un chaval que ha firmado un contrato escrito a mano, pero no está preparado para hacerse cargo de una niña de mi edad a tiempo completo. Necesitamos un plan de emergencia. Si la cosa se pone fea el plan es internarme con las monjas. Ni siquiera estoy bautizada. Hay prisa. Me lo han dicho así de claro. La Madre Rosario está haciendo una excepción ante el reclamo de una antigua alumna en apuros, pero sabe de sobra que a estas alturas tenía que estar preparándome para recibir la primera comunión. Lo que más pereza me da de todo esto es tener que ir a catequesis.

He visitado el patio, la biblioteca, el comedor y los dormitorios comunes. Una interna de mi edad, tal vez una futura amiga tierna y triste, me ha enseñado dos muñecas Chabel con su propio armario amarillo, el que un día le pedí a mi abuela y me sacó de la tienda a rastras por haber elegido algo tan caro. El armario tiene tres puertas, zapatero, espejo desplegable y un montón de ropa dentro, bonita y cuidada como oro en paño. Le hago saber a la niña cuánto me gusta y empiezo a enumerar mis propios juguetes con entusiasmo. Mi madre interrumpe y abandonamos la estancia súbitamente. Me sujeta del brazo. Está irritada.

—Marina, escúchame bien.

—Sí, mamá.

—No le restriegues a las niñas de aquí los juguetes que tienes o dejas de tener en tu casa, ¿no ves que aquí hay muy pocas cosas?

—Se lo decía porque si me vengo a vivir con ella a lo mejor los podemos compartir.

—Ah.

Me aguanto las ganas de llorar, en parte por haber ofendido a la huerfanita, mi dulce compañera de infortunios, y en parte porque no me había dado cuenta hasta ahora de que mi vida podía volverse tan austera.

—¿Es que no voy a poder traer mis juguetes?

Mi madre me rodea con el brazo y se agacha para darme un beso en el pelo.

—Ay, hija mía, claro que sí. Claro que sí.

Retengo los mocos dentro de la nariz y continuamos el paseo en silencio, cogidas de la mano. Ya estoy al corriente de la situación. Solo queda el monstruo final, la Madre Superiora. Su despacho es pequeño y lúgubre y lo cierto es que espero no volver. Mi madre y ella han conversado largamente por teléfono y ahora quiere conocerme a mí. Nos quedamos solas. Arrima dos sillas y nos sentamos frente a frente, dejando a un lado su gran escritorio. Llevo una falda de cuadros que me cubre hasta la pantorrilla, pero aun así aprieto las rodillas para que vea que me sé sentar derecha y cerrada a cal y canto como una señorita decente. Hasta cierto punto se lo debo a las clases de Ética. Ella es corpulenta y parece muy mayor dentro del hábito que enmarca un rostro pálido y blando. Me escudriña a fondo a través de las gafitas redondas. Su saludo es Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida —respondo. Llevaba mucho tiempo preparada para este momento.

—¿Cómo estás, Marina?

—Muy bien, gracias, Madre —sonrío mientras pienso en el armario amarillo. La sonrisa es mi fuerte.

—¿Cómo te va en tu colegio?

—Muy bien.

—¿Sacas buenas notas?

—Sí.

—¿Qué te parecería venir a estudiar a este?

—Bien. Me gusta mucho el patio.

—Pero si vinieras a lo mejor estarías interna. ¿Has visto las habitaciones?

—Sí.

—Aquí hay que rezar todos los días.

—Ya lo sé, Madre.

—¿Tú rezas?

—Sí.

—¿Le rezas a Jesús?

Su voz es tenue, suave y comedida. Ella sabe cómo pescar a un hereje, pero soy muy diestra en el arte de conquistar al enemigo. También me han aconsejado antes de venir. Si miento de forma deliberada no me creerá. Debo ser lo más sincera que pueda dentro de la discreción, de la beatitud virginal de niña que sí conozco.

—Madre Rosario, usted sabe que yo no he ido mucho a la iglesia porque se lo habrá contado mi madre, pero sí siento que existe un Dios y quiero aprender más sobre él.

Me observa con detenimiento desde arriba. Estoy nerviosa, aunque sé que soy educada y elocuente, que transmito confianza a primera vista.

—¿Te sabes el Padrenuestro?

—Sí.

—¿Y te gusta?

—Sí.

—¿Te gustaría saber más oraciones?

—Sí, ya he empezado a aprenderme el Avemaría.

—A ver, dime el Padrenuestro.

Lo recito correctamente, tímida y risueña, intentando resultar irresistible.

—¿Tienes ganas de bautizarte?

—Sí, Madre, me hace mucha ilusión.

—¿Y de hacer la comunión?

—Más todavía.

—Muy bien, ya te puedes ir.

—Gracias, Madre.

En casa están orgullosos de mí porque he obtenido el beneplácito del Beaterío de la Santísima Trinidad. Mientras mi verdadera madre, la que se escribe sin mayúscula, echa la siesta, Domingo y yo celebramos el triunfo de mis encantos con una sesión de boxeo. Primero me ofrece las palmas de las manos para que le pegue con los puños cerrados. Cuando he entrado en calor, empieza a esquivarme y a responder con golpes leves que suele lanzar a la barriga y a los brazos. Me chincha a conciencia.

—¡Ah, socia encantadora! ¡Mira qué virtuosismo, está hecha una señorita!

Ese tipo de comentarios me saca de quicio. Pierdo los nervios. Él sujeta un cojín y soporta el peso de toda la rabia incierta que me consume hasta que me quedo sin fuerzas. Me encanta que me enseñe a pelear. La excusa es que aprendo a defenderme mientras me divierto. La realidad es que necesito descargar tensión como sea y él lo sabe. La violencia controlada es nuestra mejor aliada en días como este. Jugamos a la guerra, dibujamos mapas para conocer el terreno de batalla y reducir al enemigo a base de identificar sus puntos débiles, construimos ciudades en el suelo y las bombardeamos. Después nos cambiamos de bando y nos enfrentamos a las bombas que caen sobre nuestra casa y destrozan todo lo que tenemos.

—¡Bomba verde! —exclama. Nos escondemos debajo de la mesa del salón. La verde no hace mucho daño, es fácil sobrevivir.

—¡Bomba naranja! —grito yo. Nos cubrimos la cabeza y aguantamos el chaparrón de escombros.

—¡Oh, no, mis piernas! ¡He perdido las piernas! —Domingo se palpa los muslos con una expresión de terror.

—¡Yo también! ¡He perdido las piernas y los brazos!

—¡Cuidado, está a punto de caer una bomba roja!

—¿Bomba roja? ¿Vamos a morir?

—En efecto, socia, vamos a morir, pero ha sido hermoso luchar a tu lado.

—¡Adiós, Domingo! ¡Nos veremos en el infierno!

—¡Que así sea, soldado!

—¡Adiós!

La bomba cae sobre nosotros. Exageramos los temblores y los sonidos de destrucción,

abrazando el patetismo. Nos arrastramos agonizando de dolor. Aprovecho el teatro para quejarme mucho, alternando alaridos y risas convulsas. Con la cara colorada y el pelo enredado, me pongo de pie y dejo que Domingo se desplome tranquilo en el sofá. Enfilo sigilosamente hasta la cama donde duerme mi madre. Está en bragas, descansando bajo una fina sábana azul con los labios pintados y el pelo corto. Me acuesto frente a ella y me aprieto contra su carne hinchada, conteniendo la respiración para no molestarla. Le toco las manos inconscientes, esnifo su aroma y lo comprendo, lo comprendo todo. No pasa nada si se muere, sea cuando sea. No le guardaré rencor. Siempre podré conseguir su perfume y cerrar los ojos. Llevo años memorizando el sonido de su corazón. Ella se agita y emite un gemido angustiado. Me alejo y le acaricio la frente para conducir su sueño hacia terrenos más mansos. Si se despertara sería incómodo. No estoy adiestrada para los sentimientos de ternura. Domingo me enseña a combatir la incertidumbre a base de hostias y de risa y trata de apartarme de toda delicadeza. Supongo que es el único camino que conoce, y es verdad que funciona bastante bien, pero me gustaría poder expresar lo que siento en público alguna vez. Pienso en el bautizo inminente. Qué rabia. Qué vergüenza. Y sobre todo qué aburrimiento. Vuelvo al salón con las correas de la compostura bien apretadas otra vez y me siento erguida al lado de Domingo. Estoy lista para la orfandad.

—Tengo hambre —le digo.

—¿Has merendado?

—No.

—¿Nos hacemos unos bocatas?

—Sí, pero de chorizo.

—¡Que sean dos!

Vamos a la cocina, donde siempre hay molletes de sobra. Domingo prepara dos bocadillos y deja la encimera cubierta de migas. Pegamos el primer mordisco de pie. Él me mira, me revuelve el pelo con las manos pringosas de tocar el chorizo y se ríe señalándome con el dedo:

—Anda, ¿eh? ¡Menuda trola le has colado a la monja!

Yo también me río con la boca llena y salgo corriendo para llegar antes hasta la tele. Pongo el programa de Miliki y Rita Irasema, que está muy guapa cuando se peina con un lazo.

—Miliki no tiene malas canciones, socia, pero esto con la hija es muy blando, ¿no?

—No voy a cambiar de canal.

Se queda en el sofá unos minutos planeando un pretexto para quitarse de en medio.

—Me voy a hacer un Cola Cao. ¿Quieres uno?

—Vale, que además van a empezar *Los Pitufos*.

—Uf, qué horror.

—No están tan mal.

Se va a la cocina resoplando. Es una suerte porque lo hace todo muy despacio y me deja escuchar la canción entera. Domingo tiene un don especial para reventar la mayor parte de la programación de la tele, especialmente la infantil. Le pone pegas a todo. Su actitud crítica es contagiosa y te acaba agriando el carácter. En parte porque resulta muy convincente. Se sienta a tu lado y empieza con que el final de *La Sirenita* es mucho más trágico que la historia en sí porque esa pobre chiquilla no tiene edad para casarse y que el cuento de Andersen es el que mola, donde ella muere convertida en espuma por tonta, con que Aurora es un pobre juguete del sistema, con que los príncipes son unos parias. Solo le caen bien las madrastras malvadas, las brujas y los

villanos porque al parecer son los únicos que demuestran un poco de personalidad. En este caso sé que está deseando venirse a soltar el rollo de que Papá Pitufo es un nazi, a comentar que dónde se ha visto un pueblo donde todos los tíos tengan cierto carácter y oficio mientras la única tía se dedica a atusarse el pelo y a decidir si se pone el vestido blanco un poco más corto o un poco más largo. A mí me parece envidiable la situación de Pitufina, pero sé que él tiene razón, que los dibujos están plagados de ideas corruptas. Lo que me molesta es que no se dé cuenta de que las películas que a él le gustan un poco también. Parece que el único requisito para que algo le haga feliz es que sea cutre y dé ganas de vomitar, o pesadillas, y si puede ser todo a la vez lo verás vitorear frente a la pantalla. Emplea términos avanzados, no me restringe ninguna escena, ningún libro. Lo único que no puedo hacer según él es llevar minifalda o decir palabrotas. Mi madre coincide. Es por mi propio bien, para que no me asilvestre, me aseguran. Cuando sea mayor podré decidir, me prometen. Me da una rabia que me muero. El episodio ha comenzado. Hoy tengo derecho a disfrutar de cierto placer común sin que me vengan con sermones. No quiero saber nada más sobre este sitio. Me mudo a un bello país que está lejos de aquí, de colores saturados, cubierto de flores pomposas, donde se puede vivir dentro de una seta. Domingo vuelve con dos vasos de cristal en una bandeja. No lo miro, pero sé que está poniendo cara de asco. A mí también me dan asco esas películas de vampiras lesbianas de Jesús Franco grabadas con cuatro duros y el Cola Cao que trae, lleno de nata y grumos.

—Oye, niña, ¿de verdad que te gusta tragarte este rollo?

—Mira, Domingo, como te pongas a mi lado a quejarte y me pierda lo que dice Pitufina te mato.

—Es que si no fuera por Gárgamel sería infumable.

—Te mato, ¿eh?

—Bueno, bueno. Me voy a echar un rato con tu madre a leer. —Eso.

—Mira que eres redicha, coño.

—¡Es que hoy ya me he perdido *Bola de Dragón* por culpa de la monja!

—Ahí llevas razón, además *Bola de Dragón* está mucho mejor que esto.

—¡Y no digas palabrotas!

Con expresión amarga, se enciende un cigarro y desaparece en el pasillo al tiempo que Pitufina entra en escena. Aprendí a dibujar sus zapatos de un trazo y los voy pintando por todas partes. No me importa si esconden un mensaje envenenado, me vuelven loca esos tacones blancos. Cuando acaba el capítulo me doy cuenta de que están los dos roncando. Me encierro en el cuarto de baño y examino los cosméticos de mi madre con delicadeza. Tiene tres barras de labios. Una roja, una naranja y otra violeta. Un lápiz de ojos negro. Crema para la cara. Polvos de color claro, los que traen el envase con el dibujo de la palmera. Soy capaz de quedarme absorta en la palmera blanca sobre fondo verde una hora entera si nadie viene a molestar. Me asomo a su habitación. El ambiente es fresco y polvoriento. Domingo ha bajado la persiana y está tumbado boca arriba en calzoncillos. Al girarse para abrazarla se le sale un huevo por el lado derecho.

Entro en la habitación despacio y luego de puntillas hasta la mesita de noche sobre la que descansa un ejemplar del *Vibora*. Es un número antiguo que ya conozco, pero no me importaría nada echarle otro vistazo. Memorizo la posición que ocupaba, con la esquina superior rozando la base de la lámpara, el libro viejo encima y el mechero coronando el conjunto. Lo tengo. Entro en mi habitación y cierro la puerta. Lo aprieto contra mi pecho y pataleo emocionada porque este

encuentro me va a suponer una dosis de energía completamente renovadora. *El Vibora*, el *Tótem*, el *Creepy*, el *Makoki* y *Zona 84* son revistas para adultos y se supone que yo no tenía que haberlas visto nunca, pero es tarde. A estas alturas son tan importantes para mí que se han convertido en una necesidad básica. En ellas encuentro a los que ya son mis dibujantes y guionistas favoritos junto a María Pascual, la de los cuentos infantiles. Me amparan *Liberatore*, *Tamburini*, *Manara*, *Nazario*, *Charles Burns*, *Robert Crumb*, *Miguel Ángel Martín*, *Horacio Altuna*, *Max*, *Shelton*, *Onliyú*, *Silvio Cadelo*, *Moebius*, *Crepax*, *Mónica*, *Beatriz*, *Pons*, *Jaime* y *Beto Hernández*, *Toshio Saeki*, *Richard Corben*, *Otomo*, que también hizo una película de *Akira*, tal vez mi preferida después de *1, 2, 3... Splash*. Sus nombres brillan con letras doradas en mi pecho y me muestran el camino de la salvación, igual que *Daryl Hannah* agitando la cola de sirena hacia las profundidades del mar. Creo que si no contara con este poderoso ejército me sentiría incapaz de seguir siendo una niña amable y dócil y caería en la más profunda apatía. En algunas portadas del *Vibora* pone «Comix para supervivientes», sello que me parece bastante hortera, pero con el que me identifico de todas formas. En multitud de situaciones difíciles soy capaz de resistir con una sonrisa porque en las imágenes que contienen estas revistas encuentro una fuerza oscura y libre que me llena de esperanza. Bueno, no todas las imágenes. La mayoría son cómics y los hay tremendamente bonitos, divertidos, refrescantes. Pero también los hay feos y retorcidos y nunca sabes lo que te vas a encontrar. Ante las estampas más desagradables, si la historia no tiene gracia y el dibujo es malo, cierro de golpe la revista y quisiera poder vomitar las páginas como quien vomita langostinos en mal estado. En esos casos acudo al cuarto de baño y me lavo la cara y las manos tratando de deshacerme de lo que he visto inútilmente. Otras veces las escenas son espeluznantes, pero están bien contadas y los dibujos me gustan. Entonces me quedo atrapada mirando y me invade una admiración peculiar que no sé cómo interpretar. Gracias a la información que me brindan vivo hirviendo. Conozco bien el vocabulario más salvaje, el mundo de los secuestros, las torturas, los suicidios, los asesinatos, las enfermedades mentales, las drogas y las perversiones avanzadas. También me han enseñado historias fantásticas sobre superheroínas implacables, mutantes, cíborgs, flores capaces de amar con delicadeza y pasión, juventudes inadaptadas llenas de rabia y melancolía, posibles mundos futuros, escenarios de ensueño, planetas lejanos, interesantísimas prácticas sexuales, chistes que nunca hubiera imaginado. Estas revistas me han proporcionado las experiencias más intensas que he conocido. Si aprendí a leer tan rápido fue de pura impaciencia porque no podía esperar a enterarme de todo lo que había en las viñetas. Soy consciente de que me llenan la cabeza de ideas para las que quizá no esté preparada, pero por otro lado me traen tales cantidades de belleza y libertad que si tuviera que elegir entre las revistas y las muñecas no sabría qué hacer.

De la mesita de noche hoy he capturado el especial de Navidad de 1989, un número bien jugoso que ya había estado en mi poder pero que se ha llevado desaparecido meses. Al parecer contenía un póster de *Liberatore* que nunca he llegado a ver. Ay, *Liberatore*, le debo tanto a esa persona. ¿Seré yo su fan más joven, seremos muchos los menores de diez años encandilados por su forma de colorear, escondidos en habitaciones mientras los padres duermen la siesta? En la portada hay una niña en bragas rodeada de Reyes Magos que le traen películas porno y juguetes guarros de todo tipo. Le tengo cariño a esta portada. Representa todo lo que en mi infinita ingenuidad esperé de la vida durante una corta etapa. La etapa en la que pedía perdón al suelo por haberme caído encima. Al final el suelo tampoco era mi amigo y no podía besarme el culo.

Cuántas ilusiones rotas.

3

Es viernes. Mi madre viene a recogerme en coche a la salida del colegio con una maleta y una selección bastante acertada de juguetes. Vamos directamente a comer a casa de la abuela. El camino en coche quema y resulta aburridísimo. No tenemos aire acondicionado. El calor me inspira sentimientos contradictorios. Es como si acentuara los dolores y al mismo tiempo los destilara y los llenara de color. El brazo de mi madre cuelga por fuera de la ventanilla con un cigarro entre los dedos duros y gastados. Su piel brilla como la de una gitana pálida. Examina desafiante a todos los conductores que la rodean. Presta atención a los juguetes que más me interesan, me levanta la mano envuelta en ira a menudo, siempre lleva la escopeta cargada dispuesta a defender nuestra trinchera. En la vida todo es guerra a mayor o menor escala, me dice. En ella parece muy fácil y natural actuar como una guerrera. Temo estar decepcionándola en lo que a agallas se refiere. También siento que en otros aspectos está orgullosa de mí. Me explica que el mundo es un sitio feo y sucio lleno de contraluces, que la gente como nosotras tiene que prepararse para muchos obstáculos que salvar, la mayoría injustos y desorbitados, pero que si le echas valor puedes saltarte lo que sea. Nos podemos saltar a un tío de dos metros con un hacha en la mano si hace falta. Ella a piola. Yo, escalando su cuerpo como una ardilla, poniéndole ojitos a la altura de la cabeza, clavándole un abrebotellas en la nuca cuando esté confiado al estilo de las niñas letales de *RanXerox*. Nuestra relación es muy intensa, muy estrecha. Me ha tocado nacer en un hogar frágil y cambiante. Lo único que permanece en mi vida es ella. Donde esté ella estará mi casa. Gestiona miedos, precauciones, peligros, instintos animales de todo tipo, y esa gestión la combina con el constante cuidado del entorno y de sí misma. Nos sentimos igual, atacadas por pulsiones poderosas como camiones, muy difíciles de parar. Si por ella fuera se entregaría al vicio sin dudar, como yo. Las dos lo sabemos. Ojalá pudiéramos hablar de ello, pero se hace raro. Esa soltura es muy difícil de alcanzar. Por otro lado, me incomoda imaginar la conversación. No pasa nada, no hace falta que lo hablemos. Está en el aire. Ella sabe que no he nacido para ser su hija y yo sé que ella no podía sentirse más lejos de estar preparada para ser madre cuando parió. Estamos aquí por casualidad, resistiendo las tentaciones como un favor de la una para la otra. Es muy duro. Mi casa es un escondrijo lleno de fugitivos.

La sencillez de la placita de la abuela es un alivio. Me gusta que los escenarios se repitan. Al llegar me siento bastante sociable, coincido con Cristina en el patio y me pongo muy contenta de apreciar que se alegra de verme. Quedamos en llamarnos después de la siesta para jugar. Espero ser capaz de mantener mi palabra. La abuela se está fumando un cigarro con cara de mala leche porque hemos llegado tarde.

—¡Hace veinte minutos que está aquí el puchero muerto de risa! —reprocha desde la silla en cuanto entramos por la puerta.

—Pero mamá, ¿y qué culpa tengo yo de que sirvas la sopa antes de tiempo? Si sabes que siempre llego un poco tarde, ¿por qué no te puedes esperar una *mijita*?

—¡Porque si me has dicho que llegabas a las dos y media lo más normal es que yo os tenga la comida preparada a las dos y media!

—¿Pero tú por si acaso por qué no te esperas a que llegemos para servir los platos, coño?

Sé cómo acaba esta rabieta y es un tostón. Tiene razón mi madre, así que le hago la pelota a la abuela para que se olvide del asunto. La abrazo y celebro el menú, que incluye croquetas, pringada, pan, refresco y postre. Nos comemos el puchero a temperatura ambiente, que tampoco es para tanto teniendo en cuenta que en la calle se rozan los cuarenta grados. De postre se puede elegir entre arroz con leche, compota de manzana, sandía, helado y fresas con yogur. Me ofrezco voluntaria para traerlos yo. En la cocina a esta hora hay un contraste entre la temperatura de dentro y el fuego que llega desde el patio de atrás que me revuelve las tripas de placer. La estancia es larga y estrecha, una mitad fresca y la otra ardiente. Los muebles tienen una textura plástica muy poco seria, con tonos claros y esquinas redondeadas. Cuando era pequeña estaba deseando ver cómo era desde arriba el cajón de los cubiertos. Al entrar voy directa al armario de las galletas, lo abro e inspecciono el primer estante. Me pongo de puntillas y me asomo al segundo. Hay tortas de Inés Rosales, picos de los largos, galletas de chocolate y pan. No me quejo. Desde abajo veo que en el tercer estante no hay nada interesante. Ojalá llegara hasta ahí por mí misma. Meto las galletas en el frigorífico y recolecto los postres que me han pedido. Voy a tener que dar dos viajes. Dos tortazos de calor son mejores que uno. Te entran el doble de ganas de cagar.

Pronto están las dos roncando con la tele puesta, una en la silla y otra en el sofá.

—Despiértame a las cinco —murmura mi madre con los mofletes blandos.

La bendita siesta. Me estaba reservando el mojón para echarlo con la puerta abierta, la luz apagada y toda la tranquilidad del mundo. Estoy sentada con los pies colgando del váter. La puerta está justo frente a mí. Me quedo mirando el calendario que cuelga al otro lado del salón, en la entrada de la cocina, y de repente me entra miedo. Durante los dos primeros segundos intento plantarle cara pero rápidamente levanto el culo para encender la luz fluorescente. Se enciende el rosa de los azulejos mientras se rompe el mojón y al caer el trozo salpica. Qué le vamos a hacer. Las horas libres se caracterizan por estar sembradas de peligros. Vale la pena. Consigo soltar el resto de la carga, me quedo con buen cuerpo y salgo al patio de atrás, a hervir en el trastero bajo el techo de uralita, a pasar terror jugando a que vivo con un bicho que unas veces aparece de Freddy Krueger y otras más de Don Pimpón. Hago como que cocino, como que apunto las cuentas de la casa, como que riego el jardín, como que cuido enfermos, registro el armario y el baúl. A veces, siempre sin previo aviso y a maldad, el monstruo me pega un susto. Cuanto más abstraída esté, mejor funciona. Es una extraña relación. Puedo llegar a asustarme mucho a mí misma, hasta el punto de tener que echar a correr en busca de protección. La compañía ideal de estos monstruos es una colección de imágenes feas que tengo almacenada imborrable en la memoria. Se me puede aparecer en cualquier momento y es difícil hacerlo parar. Lo llamo el tren del terror. No paro de torturarme de diferentes formas. Lo que necesito en esos casos es alguien que sacuda mis propios pensamientos o recordar la melodía de alguna canción de Diana Ross, el único antídoto efectivo que puedo arrojar desde dentro. Vuelvo a la casa calmada, bebo un montón de agua y voy a mirar a mi madre dormir bajo el reloj de la salita. He llegado justo a tiempo para despertarla. La zarandeo suavemente.

—Mamá. Mamá.

Despega los ojos.

—Mamá, son las cinco menos cinco.

—¿Las cinco menos cinco ya?

—Sí.

—Bueno.

Vuelve a cerrar los ojos.

—Mamá, no te vayas a dormir otra vez.

—Que no.

—Venga, levántate.

—Me levanto si me acompañas ahora a la calle y llamas a Cristina.

Suspiro perezosa.

—Bueno, venga.

Se incorpora y se rasca los ojos con el dorso de la mano, como un gato. Agarra el bolso y echa a andar a trompicones hasta la puerta. La abuela sigue roncando en la silla de plástico.

—Que yo vea como llamas al telefonillo, que nos conocemos.

Todavía estoy de buen humor así que no me molesta. Salimos a la calle.

—Mamá, cántame alguna de Diana Ross.

—¿Cuál quieres? No me sé muchas.

—Da igual, cualquiera, si yo me sé menos, solo la he visto dos o tres veces en la tele.

Ella tararea inmediatamente una de las canciones más antiguas. La luz se hace clara y nítida. Estoy curada del síndrome del patio de atrás. La miro desde abajo y trato de almacenar la melodía para posibles apuros venideros. Ay, si pudiera yo cantar con esa facilidad delante de alguien, sin saberme la letra, sin importarme nada. Por qué tendrá que importarme tanto todo. Sigo sus órdenes, grito el nombre de Cristina y nos despedimos a toda prisa. Mi amiga se asoma al balcón. Se mueve como un roedor, alegre y rápida.

—¡Ya voy! —grita. Escucho la puerta y sus pasos bajando la escalera. Hacía tiempo que no jugábamos. No se nos da mal, tenemos estilos compatibles. La bondad de Cristina me conmueve. Por ella siento debilidad. Es pizpireta y su risa de pájaro resulta tan sincera e insistente que no para hasta que te has contagiado. El balcón de su abuela Lola es el más vivo y colorido que he visto, el sitio que más me gusta mirar de toda la plaza. Nuestras familias se llevan bien. Nunca nos hemos peleado. Macarena nos ve desde una ventana y baja. Con estas correteo, me escondo detrás de los jazmines, me salvo, la quedo y la vuelvo a quedar. Con Macarena no me llevo del todo bien, arrastramos una historia de enemistad inconsciente desde que nuestras madres nos paseaban en carrito. Una vez le arreé un sopapo por romperme las gafas y se montó entre las vecinas. Hoy en día se ha vuelto bonita y lánguida, una mosquita preciosa. Todo va bien, pero a la caída de la noche, sobre las nueve, empiezo a echar de menos a Lucía, la chica más misteriosa que conozco. Coincido con ella en contadas ocasiones, pero la considero una gran amiga por el misterio y, sobre todo, porque es la única que tiene ganas de hablar de guarrerías durante horas. Antes de la cena acaricio los torpes dibujos que pinté frente a su portal hace ya una eternidad. A la anaranjada luz de las farolas que acaban de encenderse, se distinguen todavía las tetas caídas, el chocho meando y el zapato de tacón basado en el calzado de Pitufina que le dediqué a los cuatro años valiéndome solo de una cera azul. Ella nunca descubrió mi jeroglífico y yo tampoco me atreví a

mostrárselo por encontrarlo un arrebatado demasiado atrevido. Sigue ahí, discreto, junto a mi mejor halago en letras mayúsculas:

«GUARA».

Acababa de aprender a escribir. Pronto me di cuenta de que era un mensaje inapropiado y por fortuna inapreciable. La madre de Cristina viene a recogerla. Las demás nos vamos a cenar.

No vuelvo a pisar la calle hasta que el domingo viene mi madre al mediodía para meter una tarta de yema tostada en el frigorífico y vestirme y peinarme sin remilgos como a ella le gusta. Es el cumpleaños de la abuela. Se trata de un día óptimo para un festejo familiar, no solo porque brille un sol espléndido. Hoy además se celebran elecciones generales. Voy de la mano de las dos al colegio electoral para ver cómo votan orgullosas, una al PSOE y otra a Felipe González, que parece lo mismo pero mi madre insiste en que no lo es. En el colegio electoral, unos se meten en las cabinas privadas con cortinita y otros no. Algunos agarran su papeleta con orgullo, como deseando que los demás miren. Es muy difícil averiguar a qué partido corresponden las papeletas. Casi ninguna me suena. No paro hasta que encuentro el nombre de Felipe González, como quien busca a Wally.

Comemos con la tele a toda pastilla y mucho entusiasmo. Hay huevos rellenos, pastel de carne, compota de manzana y arroz con leche. Como me aterroriza el menú completo han puesto a mi disposición barra libre de pollo frito y patatas, la alternativa habitual de la que nunca me canso. Cada vez que Aznar sale por la tele ellas abuchean con cara de asco. Se quejan de su voz, de su bigote, de todo lo que dice.

—Qué tío más horroroso, parece que lleve un casco de pelo —murmura mi madre una y otra vez.

Cuando aparece Felipe es otro cantar.

—¡Mi Felipito, mira mi Felipito! ¡Qué guapo es! —exclama mi abuela. Está bastante enamorada, incluso se le sonrojan las mejillas. Llevo todo el fin de semana viéndola suspirar por él.

A mí no me queda más remedio que sentir simpatía hacia el partido que ellas votan y temor hacia su rival directo. Pero no me cabe duda de que ganarán los buenos. El tiempo en que ganaban los malos terminó, solo es una especie de prólogo misterioso para darle emoción a la historia que comienza con mi nacimiento. Estos nueve años pesan más que los milenios pasados, más que los romanos y los moros, más que la Guerra Civil. Pesan más que los últimos dinosaurios.

Canica mueve el rabo histérica a nuestro alrededor. Como hay tanto pollo a veces le echo trocitos sin que se den cuenta. Me gusta compartir travesuras con ella. Intenta colocar las patas cerca de algún plato y la repelen.

—¡Canica, coño, qué pesada eres!

Es pronto para estimar cualquier resultado y el ambiente está encendido. Esta lucha decisiva le da emoción al cumpleaños. Lo celebro porque en mi familia las fiestas suelen ser bastante

aburridas y deprimentes. Envidio esas escenas de película en las que mucha gente que se quiere se junta y habla animadamente de cosas. Envidio incluso que se lleven mal y se peleen. Qué tendría que perder, aquí también se llevan mal y se pelean. Fantaseo con que me conozcan, con que me hablen. Me siento sola. La retransmisión del evento a través de la tele es un alivio.

Para ellas la atmósfera es distinta, están tensas pensando en sus pensiones, en el futuro del país. No paran de fumar. Mi abuela almacena cartones de L&M en el mueble de la salita pero mi madre prefiere Fortuna y me encomienda el mandado. Antes fumaban las dos Bisonte. Me encantaba el dibujo del bisonte y ya nunca lo veo. Ojalá por lo menos una de las dos hubiera mantenido la costumbre. Canica se viene conmigo a comprar tabaco y hace pipí en cuanto sale por la puerta. Atravesamos la placita y salimos a la calle. Son las cuatro y el golpe de calor nos da ganas de hacer caca a las dos. Me da rabia que ella pueda desahogarse y yo no. El kiosco está cerrado, pero doblando a la derecha vive una vieja que tiene montado un puesto en una pequeña habitación de su casa. A este establecimiento clandestino en el barrio lo llamamos La Ventanita. En la cara interior del cristal hay pegado un surtido muy completo de chucherías rancias. Solo están ahí a modo de catálogo, pero los niños tenemos miedo de pedir un día una fresita y que nos quiera vender la que cuelga cubierta de pegamento y polvo. La ventana está cerrada. Llamo con la mano y una mujer que no es la vieja viene a abrirme. Lleva una camiseta amarilla, el pelo teñido de rubio, gafas y cara de mala hostia.

—Un paquete de Fortuna.

—¿Para quién es?

—Para mi madre.

—Bueno.

Resulta muy fácil echar la cuenta de cuántos años tiene mi abuela porque nació en 1920, fecha que me sugiere tirabuzones, jarrones de porcelana llenos de flores, caligrafías refinadas y tonos sepia. Va a soplar setenta y tres velas sobre una tarta atestada. Apenas caben. Encenderlas ha sido un calvario. Las primeras llevan ya un rato derritiéndose mientras prendemos las últimas y corremos hacia la mesa. Solo estamos nosotras para entonar la canción de rigor. Ella pone boquita de piñón y necesita varias bocanadas de aire para apagarlas. La yema tostada ha quedado cubierta de lamparones de cera. Repartimos tres trozos de pastel. La tele sigue encendida mostrando los primeros sondeos, que estiman una victoria de los buenos, los héroes. Se llevan las manos al pecho y sacan una botella de Marie Brizard. Todavía no está el pescado vendido, no hay que confiarse y hace falta fuerza. Yo repito tarta dos veces. Total, quién se la va a comer si no.

Lo de las elecciones es parecido a los partidos de fútbol en los bares. Esos días se despierta una especie de conciencia colectiva tan cálida como agotadora. Supongo que los forofos son adictos a esta sensación de compañía y el deporte es una excusa de poca monta para aliarse y no sentirse tan solos una vez a la semana. La soledad y el aburrimiento te pueden llevar a los lugares más insospechados. A partir de las ocho la cosa se pone seria. Me mandan a callar cada vez que abro la boca. Tenía el equipaje hecho para volver a mi casa, pero he vuelto a sacar las muñecas y me dedico a adorarlas en el sofá. Son dos chicas y un chico. Cada vez que toco sus cuerpos pubescentes me quemo las palmas de codicia y anticipación. Ya queda menos. Ya queda menos para refregarme con otros seres humanos como hacen ellos entre mis manos. Cambio de ropa a una

de las muñecas, la visto de fiesta. A él le pongo una chaqueta elegante. Susurro pretextos baratos para que se morreen cuanto antes.

—Oh, Peter, te he echado tanto de menos.

—Yo también estaba deseando verte.

—¿Y esto, también tenías ganas de verlo?

Bajo los tirantes del vestido de princesa y le enseño las tetas al muñeco. Él las chupa unos segundos y añade:

—Pero lo que más tenía ganas de ver es esto.

Acerco su mano hacia el coño plano y duro por encima de la ropa y en un gesto de diminuta destreza consigo que ella misma se levante la falda y le enseñe que va sin bragas. Él empieza a magrearla sin piedad y mi voz gime en un hilo inaudible. Giro las cabezas para emular apasionados besos de tornillo mientras se tocan. La tercera muñeca estaba espiando desde detrás del brazo del sillón con una pierna escayolada. Cuando la descubren, resulta que Peter y la chica con vestido de princesa son médicos y proporcionan a la espía todo tipo de cuidados.

La enfermedad es un miembro más de mi familia, uno con capacidad para decidir lo que será de mí después de este verano. El contrato de alquiler termina con el mes de agosto. Mi madre ha ido empeorando en el último año a un ritmo precipitado. Cuando nací ya le habían previsto dos muertes inminentes. Sin embargo, estoy tranquila porque van a ganar las elecciones los que ellas han votado. El presidente va a ser Felipe González. Será el regalo de cumpleaños de mi abuela. Hoy dormiré tranquila y contenta. Nadie le va a quitar la pensión. Los malos tiempos quedaron atrás. La orfandad, el hambre, los hermanos muertos, las hermanas fugadas a América, los maridos perdidos, el caos. Lo sé porque desde que vine al mundo nada puede ir a peor. Yo doy sentido a las vidas de mi madre y mi abuela, soy su luz, y sé cómo irradiar. No habrá más guerras ni dictaduras ni mi madre va a volver a limpiar casas a trescientas pesetas por hora ni se va a morir.

No voy a ir interna con las monjas. Me voy a bautizar por si acaso. Solo por si acaso.

Es lunes y el colegio entero está de subidón porque vivimos en un barrio obrero y se supone que han ganado los nuestros. Hay gente del Betis y del Sevilla, de Izquierda Unida y del PSOE, pero del PP ni uno. Nunca he escuchado a nadie decir que fuese del PP. Tienen que ser un montón. ¿Dónde estarán? De todas formas no se puede decir que mi estudio sea muy profundo. Cambiar tanto de colegio está empezando a crearme cada vez más dudas respecto a la actitud que tomar. Nunca sé si debería darme prisa en conocer a los demás para aprovechar el tiempo que estemos juntos o si sería mejor no encariñarme demasiado por si en cualquier momento desaparezco. Cuando te mudas hay muchas promesas que nunca se cumplen y los niños nos separamos para siempre. Esta vez no he podido evitar encariñarme, han sido casi dos cursos enteros de relativa prosperidad. No quiero hacerlo otra vez. Aquí me va bien, aunque este momento sea uno de los que más odio. Estamos formando fila en la cancha de fútbol esperando para recorrer un circuito de obstáculos. De uno en uno y botando una pelota a la vez que corremos. Nuestro maestro es un hombre joven que muestra verdadero interés por la enseñanza. Confío en él hasta el último instante porque tengo la corazonada de que me va a ir peor que de costumbre en esta actividad. Le pongo ojos de cordero sin éxito. Se limita a colocarme una pelota contra el pecho y darme una palmadita en la espalda a modo de señal de salida.

Empiezo sobre la cancha y durante unos segundos me defiendo. La tensión es demasiado fuerte y esquivo la primera tanda de pivotes a duras penas. Por un momento creo que tal vez salga airosa de este ejercicio y el sentimiento es lo bastante dulce como para despistarme. Cuando piso la zona de gravilla no solo pierdo el balón, sino que le doy una patada tratando de recuperarlo y se va botando hasta la otra punta del patio. Voy a buscarlo saboreando el consuelo de que al menos me he librado de medio circuito. Al volver junto al grupo el maestro me indica que lo repita desde el principio. Ojalá solo se interesara por nosotros en las áreas que se nos dan bien y dejara de abrasarnos en todo lo demás.

Espero que Natalia y Juan Carlos, mis estimados compañeros de mesa, no me guarden rencor por restarles puntos de popularidad. Por si acaso, a última hora, decido aprovechar el alboroto que se monta con la plastilina. Ella está inmersa en esculpir un vestido con mucho vuelo. Me vuelvo hacia Juan Carlos, que tiene montada una próspera churrería.

—Oye, mañana me voy a traer una cosa de mi casa.

—¿El qué?

—Un libro mío donde salen tetas.

—¿Qué dices?

—Que salen tetas.

—Pero cómo va a ser tuyo.

—Que sí, que hay unas sirenas con las tetas fuera.

—¿Sin conchas ni nada?

Niego con la cabeza lentamente. Juan Carlos se tapa la boca con las dos manos aceitosas. Su piel pálida contrasta vivamente con los ojos oscuros y el pelo negro. Es esbelto y le queda muy bien el rojo, aunque hoy viene de azul. Me gustaría poder brindarle a mis compañeros pornografía de la buena, un *Penthouse* de los que alguna vez han caído en mis manos, algo de Milo Manara, que siempre sienta bien, pero creo que si me pillaran con eso en la mochila me castigarían severamente. Sería demasiado.

—¿Y lo vas a sacar de la mochila?

—Sí, pero solo te lo enseño a ti. Y a Natalia si quiere.

Ella arrima la oreja sin apartar los ojos del modelaje. Pone la boca de pollito cuando está con la plastilina, un gesto de concentración cursi que a veces imito a conciencia. Ella es chata y melosa, válida en todos los ámbitos.

—¿El qué me vas a enseñar?

—Una foto de una sirena con las tetas al aire.

No dice nada y continúa inmersa en su labor, complacida. Tengo que reconocer que me quito el sombrero ante Natalia. Es divertida, discreta, hábil, modesta, coqueta, sencilla. Ojalá la tuviera a mi lado toda la vida. Como sabe que la observo en silencio con entrega, encuentra la ocasión oportuna para regalarme información confidencial:

—Mañana se quita el luto mi madre.

Hace dos años que nos conocemos y su madre siempre ha ido de negro, desde la muerte del abuelo. Mi amiga apenas lo recuerda. En múltiples ocasiones de proximidad como esta ha confesado un profundo deseo de que el luto terminara. Resulta deprimente y lleva tiempo fantaseando con ver a su madre contenta vestida de colores, dejando atrás el dolor y el recato dictados por esa inclemente estética fúnebre, ese castigo innecesario y autoimpuesto. Ha presenciado muchas discusiones sobre la felicidad, sobre la necesidad o el absurdo de las tradiciones, sobre el anclaje en el pasado y el seguir adelante. Ahora, mientras da los últimos retoques al grasiento vestido de plastilina, mantiene contenida una sonrisa satisfecha. Yo le aprieto el brazo con los dedos, celebrando la buena nueva tanto como que no esté resentida conmigo por ser la peor en Educación Física.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Pero cómo lo sabes?

—Porque me lo ha dicho.

—¿Pero por qué?

—Porque mañana se cumplen cinco años de la muerte de su padre.

—¿Y entonces es de verdad, lo va a hacer?

—Creo que ahora sí.

—¡Qué guay!

—Sí.

—¿Y qué se va a poner?

Natalia me mira a la cara y exclama temblando de emoción:

—¡No lo sé!

—¡Qué bien!

Saltamos pegando con el culo en la silla y nos damos un abrazo. Espero que sea cierto. En su casa ha habido tanta brasa con el abuelo muerto que ni siquiera es para ella el abuelo, es el padre de su madre. «Porque mi padre lo hubiera querido así, porque mi padre esto, porque mi padre lo otro». Nunca he estado en su casa, pero imagino una guarida oscura y cerrada en la que la alegría se ha catalogado como falta de respeto. Durante el recreo hemos manejado a menudo la palabra depresión. En los rincones secretos donde nos escondemos a debatir sobre posibles argumentos eróticos para nuestras muñecas, sobre posibles modelos para seducir chicos en el futuro. Natalia y yo nos entendemos. Mi casa también es un sitio raro. Nos cae mal la misma niña. Por chulita y por presumida. Cuando llegué nueva a la clase intenté ganármela contándole que la tarde antes había sostenido mi propio mojón en la mano. Se escandalizó mucho pero no le pareció divertido en absoluto. Se cree la mejor jugando al elástico con su chándal rojo.

Es la una y el martes ha sido distendido. Me perdí a la madre de Natalia por la mañana porque llegué tarde y ella no me ha querido decir qué ropa lleva, pero hablando de madres ha preguntado cómo está la mía. Tiene la misma información que yo, que está mala y que cambia mucho de medicación. Me doy cuenta de que apenas cuento con datos sobre el tema.

—No sé, ahora ha empezado a tomar unas pastillas blancas así de gordas y otras amarillas.

—¿Y están bonitas?

—Sí, quedan muy bien con las que tienen rojo. La que era rosa clarito ya nunca la veo, pero las azules siguen.

Continuamos copiando un texto en el cuaderno de rayas. Del libro de las sirenas tetonas nadie se acuerda y llevo hirviendo en dudas desde el recreo sobre qué momento será oportuno para enseñarlo, sobre si la idea es oportuna en sí. Creo que mis compañeros sospechan que fue un farol y prefieren no sacar el asunto a relucir para no incomodarme. Eso no sería raro, pero es verdad que lo llevo en la mochila. No quiero quedar de embustera. Quiero que ellos también disfruten de las imágenes. Son dos. En una se ve una sirena sobre una roca, acariciando melancólica una caracola en completa desnudez. En la otra, bajo el mar, yace otro magnífico ejemplar de cola naranja con el cabello difuminándose gracias a la magia de una corriente subacuática. Al carajo, me doy la vuelta, abro la cremallera y llevo el objeto directamente hasta debajo de la mesa. Lo que ocurre bajo las mesas no incumbe al maestro, pero ahora que el libro ha salido al exterior no sé qué hacer con él. Juan Carlos huele la intriga.

—¿Qué tienes ahí?

—Lo que te dije.

—¿El qué?

—¡Lo del libro de las sirenas!

No sabe de qué estoy hablando.

—¿No te acuerdas? Pero si te lo conté ayer.

—Ayer me dijiste de tetas, no de sirenas.

—Es que son las tetas de las sirenas.

—¡Ah!

Eso lo cambia todo y se abalanza sobre mí, torpe y hambriento como un cachorro famélico.

—Pero espérate, niño, que te van a ver.

—Bueno, vale, enséñamelo por aquí debajo.

Obedezco y busco la página con un ojo puesto en el resto de la clase. La primera imagen satisface a Juan Carlos, que apenas es capaz de contener su primer impulso de subirse a la silla y vitorear. Sus bocanadas de aire han llamado la atención de un sector cercano. Natalia no ha dejado de escribir, pero se da cuenta de todo.

—Corre, enséñamelo a mí antes de que te lo quiten.

Sus manitas seguras hojean la portada y las dos páginas célebres atentamente. De repente, agarra las tapas duras con fuerza.

—Pero esto son fotos.

—Sí, claro.

No estoy convencida de que sean fotos, es un asunto que me ha estado carcomiendo bastante a mí también. Las implicaciones son inabarcables.

—Pero eso significa que las sirenas existen.

Cogemos aliento ante el impacto de la conclusión y Juan Carlos aprovecha para atacarnos. Nos roba de mala manera y comparte la prueba del delito con el grupo de niños que antes había mostrado interés. Me levanto de golpe para proteger el tesoro. Se está armando mucho revuelo, maldita sea.

—¡Dádmelo ya!

No me hacen caso.

—¡Que me lo deis!

—¿Qué dices? ¿A ti por qué? —contesta Diego, un rubito muy mono al que estoy a punto de dejar bien callado.

—¡Porque es mío!

Juan Carlos asiente con la cabeza. Un aire severo cubre a la pandilla.

—Os dejo que lo veáis, pero tenéis que tratarlo bien, estas fotos son la demostración de que las sirenas existen.

—¡Venga ya, son dibujos! —Por unos segundos tuve a Diego en la mano. Pero tan pronto como vino, el milagro se esfumó. La he cagado, me he pasado con la mística.

—Parecen fotos, pero son dibujos —añade soberbio.

No me lo creo ni yo y la única que está conmigo es Natalia. Como nos estamos empezando a pelear, el maestro se acerca y sobrevuela el corro. Estira el brazo para coger el libro y todos lo soltamos para lavarnos las manos, para no tener ninguno la responsabilidad. Nuestro superior arquea las cejas.

—Maestro, ¿son dibujos o son fotos? —pregunta Natalia.

—Son dibujos, sí, tan realistas que parecen fotos.

—¿Entonces las sirenas no existen?

—No, de momento que se sepa no. ¿Pero no se supone que tenéis que estar copiando un texto? Todos callamos.

—Venga, a trabajar.

Natalia nos ha salvado. Teníamos porno y hemos salido airosos. Son las dos menos cuarto y estamos terminando de copiar como locos para no tener que acabar en casa.

—Vozvieja —me llama Juan Carlos. Detesto que me llame así. Parece un insulto, lo único que significa es que tengo la voz cascada y uso expresiones propias de anciana, pero por otro lado aprecio su familiaridad. Que me ponga un mote significa que me conoce.

—Qué.

—Mira.

Se ha sacado la picha. Asoma por encima del elástico del chándal. Quisiera hacerme la remilgada, pero no puedo evitar reírme. De los cuatro colegios en los que he estado, este es con diferencia mi favorito.

Natalia y yo estamos en la puerta bajo el sol en medio del tumulto que se forma a la salida. Me da un codazo indicando la dirección en que viene su madre. Cuesta reconocerla. Llevaba horas pensando que vendría con un traje rojo, como en las películas, pero lleva unos vaqueros y una camiseta blanca. Sencilla y fresca. También es la primera vez que la veo con el pelo suelto. Lo tiene rizado hasta los hombros. Se acerca a nosotras envuelta en un cálido sosiego. Ojalá mi madre viniese así un día, con aspecto de haberse curado. Aparece al final de la calle, apresurada y sería hasta que nos ve, como siempre.

Caminamos un trecho juntas rozando una especie de gloria primaveral. Ir en pandilla me hace sentir próspera. Sopla una brisa de playa que te permite ir en manga corta sin pasar calor. Cuando llegamos hasta su bloque, mi madre saca la cámara del bolso y nos hace una foto al lado de un árbol. Por fortuna, ellas charlan y nos dejan unos minutos de intimidad al aire libre. Estoy deseando prolongar el regocijo y, presa de la emoción, emprendo el complicado plan de quedar con ella esa misma tarde antes de que nos separemos.

—Esta tarde no puedo, tengo que ir a Alcampo.

—¿Al campo? ¿A qué campo?

—No, al campo no, a Alcampo.

—¿Qué?

—El Alcampo.

—No sabía que tu familia tuviera un campo.

—¿Que no, que no es mi campo, que es Alcampo, el Alcampo!

—¿Pero qué me estás diciendo? ¿Te estás riendo de mí?

—Buf, ¡no! ¿No sabes lo que es Alcampo?

La miro con el corazón roto como se mira un muro de ladrillo.

—¿Qué pasa, en qué idioma me estás hablando?

Natalia se desespera y tiende los brazos al cielo en busca de consuelo.

—¿Pero explícamelo!

—Mira, el Alcampo es un sitio como el Hipercor.

—Ah.

—Sabes lo que es el Hipercor, ¿no?

—Sí, sí.

—Pues igual, pero llamándose Alcampo.

—¿Se llama Alcampo?

Nuestras madres se están despidiendo.

—Sí, y vamos a ir a comprar ropa.

—Ah, vale. ¿Y mañana?

Ya nos estamos alejando.

—¡Tengo catequesis! —grita desde el portal, y nos dice adiós. Puta catequesis, no quiero decir nunca que no puedo quedar porque tengo catequesis. Ella sigue contenta, pero yo ya no tanto. ¿Por qué será tan difícil ver a la gente del colegio fuera del colegio?

Los mayores que conozco recuerdan su comunión con más o menos detalle, pero nadie conserva datos concretos sobre su bautizo. Es muy embarazoso, no quiero ser consciente de esa ceremonia para bebés. No paran de repetirme que no hay nada vergonzoso en lo que voy a hacer y que en el fondo no significa nada, es solo una estrategia de supervivencia. Mi madre me ha comprado una falda pantalón azul marino y una blusa blanca con un cuello repipi. Ojalá no llegue nunca el día. Ante mis compañeros de clase lo mantengo en secreto. A ellos qué más les da. Lo que sí les cuento es que al día siguiente nos vamos a Marbella. A primera hora no me suelo acordar, pero después del recreo me empieza a embargar la angustia y necesito pensar en algo bueno.

—¡Qué ganas tengo de estar en Marbella! —suspiro una vez más. Natalia no me hace sentir pesada y se interesa.

—¿Qué día te ibas?

—El quince.

Fuerza una expresión pensativa mirando al techo y levanta súbitamente la mano. El profesor la ve.

—¿Qué pasa?

—Maestro, ¿qué día acaba el colegio?

—El veintidós.

Natalia me mira con un gesto sobrio lleno de reproches.

—Vas a faltar la última semana entera.

—Yo qué sé.

—Te vas a perder la fiesta de fin de curso.

No me había dado cuenta de eso. Me perdí también la de Navidad sabiéndome de memoria el villancico que había que cantar. Me da rabia, pero no quiero que se note.

—Bueno, da igual. Voy a estar en Marbella.

—A lo mejor te suspenden por faltar la última semana.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Por no venir a recoger las notas.

No sé si eso tiene sentido, pero prefiero hacerme la digna y descartar la idea. Cómo iban a dejarme suspender así.

Hemos comido lentejas. Con las lentejas me pasa como con la bañera, que nunca me apetecen, pero luego me alegro de haberlas comido. Domingo está en el trabajo. Mi madre se ha empezado a quedar dormida sentada a la mesa con el último trozo de melón a medio comer. La sacudo suavemente con la mano.

—Mamá. Mamá, ven, acuéstate un ratito.

—Vale.

La conduzco hasta el sofá. Dejo los platos sucios en el fregadero sin hacer ruido. Soy dulce y

aplicada por varios motivos. La quiero mucho, pero ese no es el que más espacio ocupa en mi cabeza. Su siesta nos conviene a las dos. Ella está muy cansada y en la estantería de mi habitación lleva todo el día esperando un ejemplar del *Tótem* que secuestré en el baño esta mañana. La firma de Miguel Ángel Martín me lleva acechando todo el día. A veces, cuando me acuerdo del convento, pienso en sus viñetas y de alguna forma me siento protegida. Nunca le he visto, solo conozco los dibujos, la letra y la firma, pero me basta para saber que son mil veces más limpios que los de esa Biblia infantil en un montón de sentidos. ¿Cuántos años tendrá? ¿Cómo será su casa? ¿Cómo sería él de pequeño? En algunos colegios ordenan a los niños por orden alfabético. Me llamo Marina Marrajo. Si hubiera caído en mi clase seguramente nos habrían sentado juntos. Al pasar lista por la mañana levantaría primero la mano yo y luego la levantaría él. Tendría acceso a sus bocetos de la infancia, a sus primeros colores, las primeras ideas. Me juego el culo a que él también era un niño aplicado. Lo sigue siendo. No hemos coincidido en espacio ni tiempo, pero hemos compartido un montón de suelos y de edredones. Sé que somos muchos los que recibimos dosis periódicas de aliento gracias a estos cómics cerdos que pinta. Nos ayudan a mantener la conducta correcta sin perjudicar a nadie. No sé qué sería de mí sin ellos. Consigo portarme bien para no despertar sospechas. Me hacen sentir afortunada, perteneciente a un colectivo real, aunque mi entrada no esté permitida por ley. No poder ejercer ninguna posesión oficial sobre ellos me llena de incertidumbre, pero también me proporciona momentos de una felicidad espléndida. En estas revistas se reúne mi pandilla de amigos imaginarios. Soy un fantasma alrededor, una pequeña silueta censurada en un gris clarito, plano y translúcido. Levanto la mano sin parar, pero nadie escucha. Como a mi edad todo el mundo te pregunta qué quieres ser de mayor, tengo muy estudiada la teoría de que me gustaría estudiar Medicina, cosa que es cierta. Me parece bonito y divertido conocer el cuerpo humano y curar sus males, sí, pero también están el dolor, la sangre, las enfermedades. Estas revistas son en realidad la mayor esperanza para la especie de clon refrito en que me he convertido. Mi madre y yo somos la misma niña en distintos momentos. Nuestro libro de familia solo tiene dos páginas, una para cada Marina Marrajo. No hay más. Cuando nací cualquier otra opción entrañaba cierta indignidad. Han pasado treinta años desde que el abuelo se murió y cuatro desde la última vez que vi a mi padre. Los apellidos paternos no significan nada, incluso estoy agradecida de no haberme visto obligada a identificarme con ellos. Mi herencia viene transmitida solo por mujeres, nadie más cuenta las historias familiares, nadie más toma las decisiones importantes. Para ellas es un orgullo poseerme de esta forma, aunque ahora están ligeramente arrepentidas de haberme puesto un nombre tan endogámico. Les da miedo que algún médico confunda mi expediente con el de mi madre y pasen cosas raras. En realidad lo que les da miedo es que me entere de lo que está ocurriendo, que alguien pronuncie frente a mí un montón de palabrejas y me asuste. No lo dicen, pero se nota. Es eso. Si el médico confundiera nuestros expedientes no creo que hubiera riesgo de que me aplicaran un tratamiento equivocado. El riesgo real es el chivatazo.

Llevo media hora en el baño memorizando viñetas para los tiempos de sequía. Me muerdo por lavarme las manos. Qué asco este polvo viejo, se te ponen los dedos grises. Si en mi casa se limitaran a comprar las revistas todos los meses todo sería más sencillo. Pero los ejemplares vienen y van, unos se prestan, otros son prestados, se mojan, se ensucian, se rompen, se queman, y yo no puedo hacer nada más que lavarme las manos una y otra vez. No quedan muchos años hasta el momento de apresar las revistas sin tener que dar explicaciones, pero algo me dice que si

pidiera el dinero para comprarlas yo misma en casa no serían capaces de darme carta blanca tan fácilmente. Podría ahorrar y hacerlo a escondidas. Entonces tendría que vérmelas con algún kiosquero que vete tú a saber. Me imagino joven, alta, no teniendo que lidiar con esta censura nunca más. Cada segundo que pasa falta menos.

Los jueves por la tarde suelo estar contenta porque el resto de la semana es cuesta abajo. La hora de la siesta ha terminado y empieza a desperezarse el vecindario. Me pongo de puntillas para asomarme al *ojopatio*. En el bajo están jugando Tamara y Alberto, su hermano menor. Viven en casa de sus abuelos, no conocen a su padre y hace meses que su madre no llama por teléfono. Es un patio muy pequeñito el que les corresponde. Tienen un tenderete y una pelota. Alberto ha esparcido algunos soldados de plástico por el suelo. Sueño a menudo con este patio interior. Que me caigo por la ventana y hago equilibrios sobre las cuerdas con la ropa tendida colgando. Emito un ruidito, Tamara levanta la cabeza e intercambiamos una mirada risueña y melancólica que no he sido capaz de compartir con nadie más. Es un año mayor que yo. Rubia, corpulenta, pecosa e inofensiva. Va a otro colegio. Casi siempre lleva un chándal rosa y una diadema naranja que le conjunta muy bien con los labios. Nos solemos quedar así mirándonos un buen rato con cara de circunstancias.

—¿Te vienes? —le digo.

—Sí, vale.

Se pone las zapatillas blancas, deja al hermano sentado en el suelo y desaparece dentro de la cocina. Me la imagino recorriendo el edificio hasta el tercero e intento adivinar el momento exacto en que va a llamar a la puerta. Soy capaz de acertarlo, pero solo porque escucho cómo se acercan sus pasos. Abro y vamos sin decir nada hasta mi habitación. Entre nosotras son frecuentes los largos silencios. Nos dedicamos sobre todo a colocar los juguetes de forma agradable, a crear escenarios cálidos y cómodos. Después nos complacemos en observar el resultado al detalle y comentamos con satisfacción lo bonito que ha quedado todo. Lo que más disfrutamos es montar la tienda de Chabel. Luego colocamos las muñecas alrededor y nos beneficiamos del efecto sedante sentadas en el suelo con las piernas al aire. Nuestra amistad es práctica y mansa como la de dos yonquis que quedan para pincharse y relajarse en compañía, sin nada que temer. Entre Tamara y yo no hay lugar para el aburrimiento ni el entusiasmo. Se nos da bien echar el rato juntas y ya está. Reconozco que es una de mis amigas menos problemáticas. Su hermano me cambió la última estampita de la colección de «Bola de Dragón». Yo tenía una que él llevaba mucho tiempo buscando y a mí me había tocado veinte veces. Los dos quedamos extremadamente contentos porque el milagro había ocurrido dentro de nuestro propio edificio. A veces el intercambio de estampitas se pone sucio, hay negociadores duros. Al anochecer refresca y nos damos cuenta de que tiene que ser casi la hora de cenar. Tamara se marcha con tranquilidad. Al pasar junto a la cocina se despide de mi madre, que está hirviendo huevos. No puedo evitar alegrarme de que gracias a la baja mi madre pase más tiempo en casa. Antes trabajaba un montón, incluso por las noches.

—¡Hasta luego, Marina! —me dice adiós con la mano y baja la escalera.

El viernes por la mañana estoy dispersa y el maestro me riñe por hacer el dictado con mala letra. Dedico el recreo a corretear sola por zonas del patio que no suelo frecuentar. Paso por delante de los grupitos de los niños que conozco y adopto posturas copiadas de las chicas que acosa Chicho Terremoto deseando que me levanten la falda, pero no les interesa. Acabo buscando a Natalia, que me mira encogiéndose de hombros, preguntándose dónde he estado. Me siento en un escalón a comerme el bocadillo junto a ella.

—Es de chorizo —le digo.

—El mío de mortadela. ¿Me das?

—Sí. ¿Y tú?

—Sí, toma.

Intercambiamos bocadillos y saboreamos con curiosidad las costumbres de la otra casa. Pegamos tres mordiscos cada una y nos los devolvemos.

—¿Viste el traje que le pusieron ayer a Bulma? —me pregunta de repente.

—¡Sí! Con ese pelo es lo mejor.

En cuanto damos los últimos bocados suena la sirena. Ha sido un recreo muy poco provechoso. En clase toca Plástica y nos sumimos en esa bonita paz que generan ciertas manualidades agradables de realizar. Apenas hablamos hasta las dos. Colorear, recortar, pegar, ver cómo queda, pintarle un marco, cubrirlo de bolitas, sacarse la mierda de las uñas.

Mi madre viene a buscarme en coche al colegio y llegamos a toda prisa a casa de la abuela. Me deja en el salón, tira un beso al aire, mi abuela levanta la mano en señal de saludo y la veo pasar con la frente alta a través de una ventana. Corro hasta la otra, pero no llego a tiempo. Oigo sus pasos precipitados alejándose en la calle. Tengo el estómago revuelto.

—Venga, niña, siéntate a comer que tienes aquí la bandeja muerta de risa.

La comida está buena, como siempre. La engullo despacio, mirando la tele. Por el camino he sido un poco impertinente y ahora me pesa el silencio. A veces soy muy dura con los chistes sin gracia de mi madre, con sus torpes intentos de acercamiento. Luego si se enfada y se caga en mis muertos me vengo abajo. Tampoco sé si me doy cuenta tarde de estas cosas o es que me están exigiendo demasiados reflejos. Estoy nerviosa. Mi madre tiene unas pastillas diferentes cada dos semanas. Van cambiando los colores, los tamaños, pero su expresión cuando se las echa todas de golpe en la boca es la misma. Es un gesto de resistencia y fe. Todo lo que no hablamos me viene resumido en ese gesto. Hay esperanza. Aguanta. Así que mantengo la esperanza y aguanto.

—Mira, el anuncio de mi colonia.

Lo suele señalar con el dedo moreno y retorcido cuando lo ve. Una rubia con un vestido blanco vaporoso se asoma a un gran jardín y ve un cisne nadando en un lago iluminado por la luna. Me pregunto qué clase de arrebato empuja a tantas mujeres a salir zumbando en estos anuncios. A mí me gustan todos, la verdad, por mucho que se pongan cursis, horteras, cutres. Por lo menos son mucho más bonitos que el resto de cosas que salen por la tele, así que presto atención, aunque me lo sepa de memoria.

—Gloria Vandervilt —reza ella encendiéndose el primer cigarro de la tarde—. Anda que no llevan años con el mismo anuncio.

—No es el mismo, es que lo volvieron a hacer casi igual, pero cambiando un poco la moda.

—Anda, no me digas.

Esta conversación se repite muy a menudo. Lo que más me gusta de la colonia de mi abuela es que una vez al año más o menos vamos a El Corte Inglés en autobús para comprar un frasco nuevo. Los escaparates brillan y hay tantas cosas que me cuesta creerlo. El olor es cargante y empalagoso, pero sigue resultando cómodo, como si tuviera sentido.

—Niña, ¿tienes ganas de probarte ahora?

—¿De probarme qué?

—La falda de palmeras, que la tengo ya hilvanada y a lo mejor la puedo terminar para que te la lleves a Marbella.

Me levanto con diligencia y voy a buscarla al armario de la ropa a medio hacer. Encuentro el estampado. Por el camino de vuelta paro en el baño a mear y me quedo en bragas. A partir de ese momento me comporto como un maniquí y sigo mirando la tele con los brazos en alto mientras ella trabaja colocando un par de alfileres.

—Esto ya mismo va a estar, ¿eh?

—¿Sí?

—Corre al espejo y mira cómo te está quedando.

Voy a su habitación y me miro. Le enseño las bragas al espejo, mi único amante, y regreso dando saltos.

—¡Es muy bonita, me gusta mucho!

—Claro, claro que te gusta, si es que yo tengo mucho talento. Venga, quítatela que no se muevan los alfileres. Y ahora haz el favor de enhebrarme la aguja que se me ha salido el hilo y veo menos que Pepe Leches.

Le va a dar tiempo seguro. Entre esta falda y el peto de Minnie puedo salvar un montón de situaciones. Me encanta que estar en bragas con mi abuela no importe absolutamente nada. A ella le pasa igual. Nuestro terreno es cómodo, está fuera de todas las competiciones, de todas las violencias. No quiero salir de este corralito privado y por otro lado no puedo esperar a comprobar si me acabo pareciendo a alguna de las chicas de los anuncios, si me voy a escapar de alguna mansión aburridísima a media noche a respirar el aire puro del bosque. A veces pienso que no va a pasarme nada interesante, que estoy tarada, que me cuesta hacer amigos porque desde fuera se nota por mucho que trate de disimular. Me acuerdo de Jesús, el primer niño que me gustó en preescolar. Pensaba que era mi novio solo porque yo quería que lo fuese, un acuerdo de lo más llevadero. Me sentaba en primera fila, con las niñas buenas, y él se pasaba el día castigado junto a la pizarra, delante de nosotras. Nunca hablamos, nunca nos tocamos. Me limitaba a levantarme un par de veces al día para sacar punta al lado de la papelera y rozarle la ropa por el camino. Sacando punta le miraba las manitas colgando tristemente. La verdad es que no consigo recordar una sola cosa que Jesús hiciera mal, pero el caso es que acababa ahí una y otra vez. De pie, quieto, callado, con el pelo negro cayéndole sobre los ojos resignados. Tampoco recuerdo su voz. El ambiente en preescolar era muy tenso. No era fácil entender quiénes éramos aquellos niños, por qué estábamos allí metidos. Aún no me he enterado, y justo cuando le has empezado a coger el tranquillo al colegio llegan las tablas de multiplicar y se pone cada vez más complicado. Más difícil, más cantidad, más difícil. Al principio me causaba satisfacción cumplir con el cometido, pero se está volviendo muy aburrido y las recompensas se van reduciendo más y más. Y esto no es

más que el principio. Me da pereza crecer solo por tener tanto que estudiar. Pase lo que pase no me van a dejar sacar malas notas. Quisiera saltarme este proceso de adiestramiento forzoso y pasar directamente a la parte en la que me escapo de la mansión con la melena al viento, cansada de apestar a flores blancas. Lo más parecido que puedo hacer es ir a mirarme el agujero en el espejo del armario. Mi abuela se ha quedado traspuesta en la silla. Se pasa el día ahí sentada, dirigiendo la nave, y sé bien que no está dormida del todo, que es un sueño ligero que mantiene con un pie firme en este mundo. Me levanto sin hacer ruido y camino de puntillas hasta la cama. Me bajo las bragas, abro las piernas y separo la carne con las dos manos conteniendo la risa. A veces este simple gesto resulta muy tonificante. Hace poco que lo hice por primera vez y cuando vi cómo se abría la piel cubierta de pelos negros me estuvieron temblando las piernas dos horas. ¿Debería ir a la cárcel por lo que estoy haciendo? Este agujero prohibido es mi cisne, mi castillo, un terrible imán de alegrías y problemas. La verdad es que no sé exactamente dónde está, solo he alcanzado a abrir la carne, todavía no he conseguido meter ningún dedo y ni siquiera sé si funcionará como es debido, pero me emociona profundamente intuir la cavidad. Mi madre empezó a prevenirme sobre los peligros de esta cueva desde que empecé a hablar. Me contó que algunos hombres se ponen locos por tocar a las niñas aquí y en otras partes, que nunca puedes saber a quién le interesa, que disimulan muy bien porque saben que está mal y que a veces empiezan de forma suave para convencerte y cuando estás confiada te destrozan. Me dijo que por si acaso no me terminara de fiar de ninguno, que estuviera siempre alerta y que si tenía miedo me acercara a una mujer antes que a un policía en busca de ayuda, que seguramente las mujeres me protegerían y con los polis no se sabe. Me sigue repitiendo hasta la saciedad que no hable con extraños, que si alguna vez me quedo sola no abra la puerta y por supuesto que no me meta en ningún coche por muchos caramelos y juguetes que me prometan. Para hacerme entender la gravedad del asunto me explica claramente que si me meto en el coche de un desconocido lo más probable es que acabe muerta. Hace meses que se habla sin parar de las pobres niñas de Alcácer y los mayores nos las ponen de ejemplo todo el tiempo para que tengamos cuidado. Pienso en mi cadáver aparecido en una ría, en el disgusto de mi madre. Hay que tener cuidado con esto. La gente pierde la cabeza por meterse aquí dentro. Lo he visto en las películas, en los cómics, en las noticias de la tele. Se imaginan cosas, igual que yo, pero algunos deciden ponerse a torturar y a matar de verdad. Los niños somos las presas más jugosas. Estoy deseando salir de esta franja de peligro mortal, resulta muy agobiante. Me pongo a cuatro patas en el espejo y observo mi reflejo. Me suelto el pelo y lo sacudo un poco. Pornografía ilegal en privado, solo para mis ojos. Tengo una gran riqueza ahorrada en este mercado negro particular. Necesito recursos por si acabo yendo al internado. Allí me vería en la ruina, pero con un espejito que encuentre me podré alumbrar. La atmósfera es tirante donde las monjas. Me pregunto por qué es esto tan importante, si aquellas niñas serán muy malas, si me vendrá incluso bien porque me acostumbraré a estar acompañada. Alguna amiga hará por fuerza. Vendrá gente a visitarme. Puede que traigan regalos de vez en cuando. Me subiré en algunos regazos y encontraré consuelo. Nada es tan reconfortante como dejarte caer sobre un regazo que te acoge. No será todo feo. Los uniformes me encantan y tal vez sin tanta vigilancia pronto consiga ser una de esas niñas que se suben la falda para que les quede más corta. Jugaré con el armario amarillo. Mi madre dice que en el convento se cuidan mucho las cosas, tienen toda la ropita de las muñecas nueva y bien ordenada. El espejo se abría perfectamente, podría mirarme el agujero reflejado allí. Llevaré mis cosas y las internas se pondrán contentas. Vuelvo a la salita,

saco los rotuladores y dibujo tres chicas con el uniforme azul marino y gris del colegio, andando por la calle. La rubia con el pelo largo lleva una carpeta, la castaña con coleta una mochila y la morena lo lleva corto por los hombros, como Chabel Cleopatra. Van de perfil. Me han quedado demasiado chatas, pero creo que me parezco un poco a la castaña. Recuesto el torso en la mesa, dejo caer la cabeza sobre los brazos y me duermo yo también. La sintonía de Antena 3 suena y nos despierta a las dos con un sobresalto.

—Coño, ¿las cinco y media son ya?

—Sí —respondo desperezándome.

—Pues tengo que ir a comprar una cremallera que le venga bien a la falda. ¿Te vienes?

—Vale.

La mercería está a la vuelta de la esquina. Es un lugar tan aburrido como seductor. Está lleno de estanterías metálicas hasta el techo que forman estrechos pasillos con los productos almacenados en cajas de cartón. Me sé todos los pasillos de memoria y los recorro buscando cualquier novedad, poniendo especial interés en la sección de lencería. Las mujeres piden por turnos y dos dependientes despachan tras un largo mostrador. Siempre hay mucha cola, no entiendo cómo esto puede estar hasta arriba a cualquier hora. ¿A lo mejor no es tanto lo que suelo esperar? Cuando me muestro impaciente los mayores se ríen con sorna, como si mi percepción del tiempo no tuviera validez. Todos los niños que conozco consideran que esperar cinco minutos es un infierno. Al final acabo centrándome en decidir qué rodillera me gustaría más en el caso de que hiciera falta y así echo el rato. No gasto las suficientes rodilleras como para considerar que lo estoy pasando bien. Por qué seré tan miedosa. Hay un montón de rodilleras bonitas para elegir. A la vuelta pasamos por la panadería y elijo un Bollycao, el principal motivo por el que la estoy acompañando. Nuestra placita es más bien un callejón interior al que se accede a través de un hueco entre dos locales, una zapatería a la izquierda y una frutería a la derecha. Al pasar bajo el toldo de la zapatería, levanto la mano y rozo los flecos con los dedos. Hubo un tiempo en que estaba obsesionada con tocar este toldo con la mano, como si alcanzar un determinado tamaño me fuera a salvar de unos terrores especialmente abominables. Lo cierto es que me sentí menos indefensa la primera vez que me puse de puntillas y lo rocé. «Lo peor ha pasado ya», pensé. Era muy duro entender tan pocas cosas, fue difícil acostumbrarse. Ahora por lo menos me ha tocado una pegatina de un tricerátops de buenísima calidad, y conozco todos los trucos para sacarla del envoltorio sin que se manche de chocolate.

Llegamos a la hora de *Los vigilantes de la playa*. A partir de este momento me esperan dos días de pleno confort antes del disgusto del lunes. Me entrego en cuerpo y alma al ardor que Shauni despierta en mí y mastico cada segundo que está en pantalla. Después prestamos atención al «Telecupón» aunque no tenemos décimo. Es bonito ver en qué posición caen los números, y Carmen Sevilla me hace sentir algo largo y cálido como un verano echado entero en una finca. A los niños nos divierte imitarla, aunque ya se está haciendo un poco plasta. No la culpo a ella, es que nosotros somos muy pesados. Ella es bonita y graciosa pase lo que pase, como Concha Velasco, a la que una vez vi posando desnuda con una manzana en la mano. A veces salen jóvenes en películas antiguas. Si están en blanco y negro son más modositas, y a medida que se colorea la imagen se empiezan a poner picantes. Carmen Sevilla con la edad de mi madre, el pelo rojizo y pestañas postizas. El folclore no me alcanza, pero las folclóricas sí. Están muy locas y son muy guapas desde hace un montón de tiempo. No me puedo resistir. Además, esta debilidad me permite

seguirle la corriente a la abuela cuando se pone a reflexionar sobre los talentos de cada una. Se enciende los cigarros como Sara Montiel. Admira especialmente a Juanita Reina, a Estrellita Castro, a Marifé de Triana, a Imperio Argentina. Hacerte llamar Imperio. Y de apellido, Argentina.

Después de cenar el vecindario está tranquilo y nos vamos a la cama. Se quita el vestido y la combinación de una sola vez por encima de la cabeza y deja las dos prendas colgando de la esquina superior del espejo. Le desabrocho la faja y el sujetador, todo grueso, duro y de color carne. Me agacho y le bajo las medias de verano que le llegan a las rodillas. Cuando le quito las medias se empieza a sentir tan cómoda que siempre enciende un cigarro para celebrarlo. Lo deja en el cenicero. Se pone el camisón blanco con lunares. Yo llevo una camiseta blanca con un ratón.

—Empecé a fumar con cincuenta años porque me dijeron que adelgazaba, ¿tú te crees?

—Ya.

—Lo que no me dijeron es que luego si lo intentas dejar engordas otra vez.

—¿Por qué?

—Porque te entra mucha hambre, como un ansia muy grande de llevarte algo a la boca. Y por no llevarte el cigarro, te llevas comida. Yo además tengo el problema de que me gusta fumar.

—¿Cómo te puede gustar eso?

—No sé, hija mía, me gusta encenderlo y apagarlo, y el humo tiene mucha gracia. ¡Ay! — exclama con un profundo suspiro, y enciende la radio. Mi abuela escucha todas las noches el mismo programa, el de las llamadas. Hay gente que llama a menudo y está enganchada a oír cómo evolucionan las historias, qué nuevos temas van saliendo, quién llama por primera vez, quién no vuelve a llamar nunca. Se parece mucho a ver la tele, pero de alguna forma resulta más acogedor. También más aburrido. Aunque mi abuela lo va comentando absolutamente todo, solo presto atención a ratos. Me siento protegida en esta casa, pero bastante sola. Es culpa mía. Si nadie me obliga a interactuar con otros seres humanos, prefiero no ver a nadie, y luego encima me quejo. Mi abuela nota que estoy algo ausente y mientras da sus últimos bostezos me recuerda lo poco que queda para que nos vayamos de vacaciones, lo rápido que se pasa un bautizo, lo mucho que me quiere, se tira un pedo, se ríe, yo también me río y empujo el culo hacia fuera pero no tengo aire. Nos despedimos. Ya está dormida y la radio se ha quedado puesta. Sigo escuchando las historias de la gente con atención en la oscuridad. A través de la ventana abierta distingo al menos tres respiraciones más, incluyendo la de la Tata y la del discapacitado, pero creo que soy la única que respira despierta. En la radio suenan dos pitos y empieza un programa que no he escuchado nunca. No entiendo la temática, solo sé que es un contexto oscuro y adulto. ¿Cuál es el hilo conductor? ¿La angustia? Supongo que no es mala idea tratar temas de peso a estas horas y hacer sentir a los insomnes que no son los únicos atormentados del país. Lo que no entiendo es por qué lo mezclan todo con asuntos paranormales, no creo que haga falta juntar todos los posibles malestares de esa forma, metiendo el dedo en la llaga con tanta saña. La presentadora abre turnos de llamadas y la gente se pega desahogos terribles. Las despedidas son muy incómodas, nadie tiene ganas de colgar, todos son desgraciados y necesitan mucho más apoyo y consuelo. Quisiera moverme por encima de esta abuela enorme y apagar la radio de una vez, pero no soy capaz, es una mezcla de adicción y terror al silencio. Suena el pito de las dos y media. La locutora cuenta una historia muy triste sobre dos chicas enfermas en un hospital. Luego llama alguien que dice sentir el espíritu de su madre en la casa. Me tapo los ojos. No consigo dormir hasta que empiezan las primeras

noticias de la mañana. Mi abuela reacciona a la sintonía y apaga la radio de un manotazo. Cuando estoy abrazando por fin la dulzura del sueño, pregunta si me parece bien comer churros sobre las once. Contesto que sí, y me voy contenta.

Al llegar a casa el domingo me meten en la bañera a la fuerza. Los cambios de estado no son lo mío. Los pudores que aprendí al nacer me torturan, y no me refiero solo a que me muera de vergüenza de pensar en enseñarle a alguien el chocho de verdad. Hay otros aspectos que me inquietan más. La forma en que nos expresamos está jodida de alguna forma, la mía y la de muchos niños, por lo que he observado. Es extraño sentir que no puedo pronunciar la palabra chocho delante de nadie. Cuando el otro día dije coño en alto por error casi me da un infarto. La susurro a veces o la saco a través de las muñecas, pero me gustaría tener libertad para decir lo que quiera. ¿Qué daño pueden hacer las palabras? ¿Se empieza por las palabrotas y se acaba debajo de un puente? A mi alrededor fluye tanto terror a que me eche a perder que apenas puedo dar un paso sin cagarme de miedo. Pero lo peor no sé si tiene que ver con el exterior. Hasta hace poco la palabra *madre* me resultaba obscena. Me incomodaba escucharla. Aceptaba mamá, pero madre me parecía totalmente fuera de lugar, algo demasiado grande y sucio, impronunciable. Ha dejado de ocurrir, pero me acuerdo bien. En aquel tiempo mi madre y yo nos bañábamos juntas. Hace mucho y ya no cuenta. Se fue haciendo cada vez más dura y exigente. No fue por Domingo y tampoco creo que fuera por pudor. Desde que se cortó el pelo su expresión se hizo otra, como si de repente se hubiera hecho mayor y se le hubieran venido todos los problemas juntos encima. Trata de que yo no los vea. Cuando vamos por la calle y alguien la saluda se pone en guardia. Esa gente me mira a veces con sorpresa. El caso es que no quiero salir de la bañera. Quiero añadir más agua caliente y quedarme a vivir entre la espuma, lavando ponis de plástico, merendando con los dedos arrugados. Así que la misma pataleta que monté para entrar, la monto luego para salir. Ahora estoy en la cocina con el pelo mojado y los brazos cruzados. El reloj de la pared lleva parado desde el otoño pasado, pero diría que son las ocho de la tarde. Mi madre quiere que pruebe una fresa.

—¡Que no!

—Pruébala, coño, mira lo bonita que es.

—Que no, que me da igual.

—Pero si es que te va a gustar.

—No quiero ni pensarlo.

—Mira, este trocito rojo, mira qué chico es.

La verdad es que tiene buena pinta. Lo cojo. Lo huelo. Está fresco. Ya no me da tanto asco. Es bastante pequeño. Le doy un mordisco diminuto. Está bueno. Me da vergüenza cambiar así de opinión, pero la alegría de descubrir un placer nuevo es mayor.

—¡Están buenas!

—¿Has visto?

—Sí, dame más.

Nos comemos las que quedan entre las dos. Si cambio todo el tiempo, ¿cómo voy a saber quién soy? Pronto me siento cansada, hecha un lío. Todavía no ha caído la noche cuando me como una tortilla francesa en el sofá y me voy a la cama aguantando las ganas de llorar.

Es lunes y estoy tan nerviosa pensando que por la tarde me bautizo que todo me está cogiendo por sorpresa. El colegio se ha acabado de repente para mí, como si nada. Mi madre vino en el recreo y estuvimos en el despacho de la directora. La he conocido hoy, pero ella parecía estar más al día de mis asuntos que yo misma. Es probable que sea cierto. Lamentaba mi partida. Ha resultado extraño no haberme despedido formalmente de nadie. Pensaba que el plan no estaba tan cerrado, que me iba de vacaciones. No del colegio, no para siempre.

Por algún motivo terminar a destiempo no me hace feliz, y menos de esta forma. Preferiría hacer las cosas como los demás, que mi vida no fuera marcada por un ritmo ajeno y trepidante. Quisiera tener a Mary Poppins como niñera, no como madre. Hay miles de detalles que se me escapan, pero mi madre no es como las otras. Resulta atractiva, como un hada con las alas quemadas. Sus historias tienen lagunas desconcertantes. No hay ninguna foto que ilustre el periodo entre sus dieciséis y sus veintisiete años. ¿Qué pasó? ¿De dónde viene? ¿Qué cosas van a ocurrir en el futuro? ¿Qué significa todo esto? No puedo esperar, es insoportable.

—Mamá.

—Qué.

—¿Me vas a meter interna con las monjas?

—No lo sé, hija, esperemos que no.

—Bueno.

—Tú tranquila.

La sonrisa que me ofrece está tan llena de amor como de melancolía. Nos acercamos a un kiosco y devoro al vuelo las portadas de las revistas guarras. Eso me llena de energía.

—¿Quieres una chuche?

—Vale, una fresita, pero me la guardo para después.

—Cómetela ya, que se te va a derretir.

—Que no.

Me quiero guardar la gominola para un momento especial y la sostengo en la mano de camino a casa. De repente, el señor que adelantábamos por la calle emite un sonido grotesco y escupe a mis pies. Del susto, la fresita se cae y va a aterrizar en medio del gapo. Mi madre acelera con cara de mala leche.

—Qué asco, mamá.

—Pues a ver si aprendes, niña. En la vida no te lo puedes guardar todo para luego porque se echa a perder.

—¿A ti no te ha dado asco?

—Muchísimo.

—¿Y entonces por qué me riñes? ¿No te da pena?

—Sí, pero más pena me da que seas tan pava.

—*Ofú*.

—Y la próxima vez que te oiga decir *ofú* te pego una hostia que te estampo.

—Pero mamá, cómprame otra fresita.

—Que no, coño, y quita esa cara que te pareces a tu padre.

Me da rabia que me reproche parecerme a él cuando la culpa de eso es más suya que mía, pero más rabia me da no ser capaz de reconocerlo a él en mi propia cara, no darme cuenta de que me

parezco porque ya no recuerdo cómo es. Guardo silencio hasta el siguiente kiosco. Sin decir nada, mi madre saca un duro del bolsillo y compra otra.

—Venga, que yo vea cómo te la comes.

La engullo en tres mordiscos. Primero la parte verde. Luego la más gorda. Luego el culito.

—¿Estaba buena?

—Sí, muy rica.

—¿Qué se dice?

—Gracias.

—Ole mi niña.

La gente se pregunta cómo consigue mi madre que me porte bien. Es dura a nivel de madre y a nivel humano. Se mete conmigo como persona y considero injusto que me exija dominar tantos terrenos. En cinco minutos estamos en casa. Comemos temprano. Tengo que bautizarme en unas horas. Toca la ropa cursi. Me colocan una felpa blanca que me despeje bien la frente y me meten en el Renault 5 sin aire acondicionado. Llevo también la maleta con el equipaje de las vacaciones porque esta noche duermo con la abuela y mañana mismo nos vamos a Marbella. Es un maratón lleno de altibajos. Por suerte lo peor es lo primero y dura poco. Lo único que me hace ilusión del bautizo es que el tío Pepe y la tía Amparo serán mis padrinos. En la familia todo el mundo se siente orgulloso del tío Pepe porque es un pediatra ilustre. Me lo han contado ochocientas veces, y por el camino el tema sale a la luz de nuevo.

—Cuando me quedé embarazada no las tenía todas conmigo, ¿sabes, hija?

—Ya.

—Pero fui a ver al tío Pepe y estuvimos hablando mucho.

—Ya.

—Él me dijo que si decidía tenerte me iba a ayudar en todo.

—Ya.

—Y era verdad. —No le hago ningún caso, pero ella me mira con ternura de todas formas—.

Tú eres lo mejor que me ha pasado en la vida, hija.

—¡Que ya lo sé!

—*Bueeeeno*, no te enfurruñes, que el tío Pepe se ha portado siempre muy bien.

—Que sí, que eso también lo sé.

—Pues ya sabes.

—¿El qué?

—Todo, ¿no? ¿No te lo sabes tan bien todo?

Domingo interviene:

—Venga, coño, no pongas nerviosa a la niña.

—Bueno. ¿Estás nerviosa, Marina?

—No.

Esta vez es verdad. Lo que estoy es muerta de vergüenza. Casi nadie recuerda su bautizo, y está mejor así. Quitárselo uno de encima cuando está inconsciente, nada más nacer. Por lo menos no hay invitados. No quiero que nadie me vea hacer el ridículo. Domingo trata de darme ánimos.

—Vamos a una iglesia muy antigua.

—Ya.

—Un templo del siglo XVII, ¿en honor a quién?

—No me acuerdo.

—Venga, niña, estírate, si te lo he dicho un montón de veces.

—Es que me da igual.

—En honor a san Hermenegildo, el rey godo.

—Pues toma, un pin.

Domingo no es el primer novio que le conozco a mi madre. Antes me presentó a Juan y a Pedro. Juan era un joven viudo con dos hijos, los tres bastante monos. Nos llegamos a encontrar los cinco una sola vez. Hace mucho tiempo. Los niños estábamos quietos como muertos. Juan miraba a mi madre rezando por la salvación de sus días y a mí como a un bonito problema más que resolver. Me había llegado a hacer ilusiones, así que cuando dejé de verlos pregunté cómo había quedado aquella historia.

—Eran demasiado normales, Marina —contó mi madre—, ahí tú y yo no teníamos nada que hacer.

Me reí y a la vez me dio rabia.

—¿Pero por qué? ¿Por qué no podemos ser una familia normal?

—Qué quieres que te diga, él lo que buscaba era una madre para sus hijos, que el pobre no sabía qué hacer con ellos. Conmigo muy bien, pero a ti te miraba como si fueras un bolso, ¿sabes lo que te digo? Un bolso lleno de piedras.

—¿Un bolso lleno de piedras? ¿Pero mamá!

—Mira, algunas veces hemos merendado las dos con él, ¿no?

—Sí.

—¿Te ha hablado alguna vez? Aparte de hola y adiós.

—No sé.

—Pues ya te lo digo yo, ni una vez. ¿Te acuerdas de algo que hayáis hablado?

—No.

—Pero si no me acuerdo ni yo, si solo sabía hablar de cómo arreglar su casa y de la falta que le hacía una mujer.

—Ya. Bueno, pues nada.

—Lo entiendes, ¿no?

—Sí.

—No pasa nada, hija.

—Ya.

Un año después me presentó a Pedro, un señor con dinero y barba blanca. Estuvimos un fin de semana en una finca que tenía. Me pasé la mayor parte del tiempo metida en la caseta del perro junto a un dóberman mucho más grande que yo. Era una caseta antigua hecha de piedra. Al parecer estuvieron horas buscándome. Recuerdo un gran bienestar dentro de aquel agujero, refugiada con el perro guardián que a veces salía y pronto volvía para acostarse conmigo en la oscuridad. No tenía miedo de nada, ni frío, ni hambre, ni sed. En el fondo de la barriga esperaba que no me encontraran nunca, que me dieran por desaparecida, que el dóberman me mantuviera a salvo. Seguro que no le hubiera importado compartir la comida conmigo. A Pedro tampoco le hice ascos. Mi verdadero padre iba a ser el perro.

Estoy junto a la pila del altar deseando que acabe la ceremonia, tratando de disimular el agobio y la descomposición. La iglesia está oscura y fresca. La luz es muy anaranjada. A través de las cristalerías se filtra un tórrido atardecer. Hoy he venido a estrenar, además de la ropa cursi, una cara de póker totalmente renovada.

El cura es bajito, calvo, rechoncho. Por suerte el rito está pensado para seres sin conciencia, solo hay cinco asistentes y no me toca decir nada. Dejo de pensar que aunque parezca mentira pronto habrá pasado todo. En el hilo mental se me cuelan muchos agujeros negros, fruto del arrepentimiento por haber sido un poco impertinente hoy. Debería tener más paciencia con las cosas que detesto. No me estoy enterando de nada. Me dedico a mirar una vidriera al fondo de la estancia. ¿Me caerá el agua de forma estética o será una estampa más bien humillante? ¿De qué depende cada cosa? Ojalá no se me moje el pelo. Seguro que luego vamos a una pastelería. A ver si tienen helados. El cura me tiende una mano y con la otra agarra un accesorio bautismal plateado. Me toca acercarme ya a la pila. Inclino la cabeza. Un *flash* me pega un susto. No albergo ningún interés por ver la foto. El agua chorrea de una forma inesperada. No puedo calibrar si es bonito, pero ha dejado de importar. Al erguirme siento un alivio épico. Me doy la vuelta para afrontar a mis padrinos, que desde el invierno pasado son también mis tutores, mis responsables ante Dios y ante la ley, y en realidad no son tíos míos sino un sobrino de mi abuela y su mujer. La verdad es que todas estas soluciones me parecen una auténtica basura. No estoy relajada en absoluto. Pongo buena cara para que estén tranquilos, pero tengo bien claro que si mi madre se muere el destino es la puta ruina. Mi tío Pepe tiene un rostro manso y confiado y huele un poco a la consulta que tanto me gusta visitar. Mi abuela es en realidad su tía. De niño fue a su boda, en 1940. La conoció entonces, en el pueblo, a los veinte años, ligera, tersa y cantarina, vestida de colores, siempre con perros, gatos y pájaros por la casa. Me miran con ternura, me besan, me abrazan, me regalan una medallita de oro con la Virgen Niña y la fecha de hoy grabada. El aroma de los seres queridos resulta protector. Seguramente no llegue a usar la medalla jamás. Qué más da eso. Lo importante es que he pasado de víctima a caramelo. Este es el secreto de la religión. Te dan un susto y luego te acarician el lomo. La puerta de la iglesia cada vez está más cerca. Permite, Señor, que esta sierva recién ingresada al catolicismo no vuelva a verse frente a un altar, porque eso significará que ha vivido mi madre. Compréndelo, Señor. Tú sabes que estando ella no necesito otros dioses.

Hoy, por primera vez en mis cuatro años de vida, he venido al Cine Delicias de la mano de mi padre. Al Cine Delicias me ha traído mi madre otras veces. Aquí hemos visto las dos solas *Blancanieves*, de la que solo recuerdo la imagen del viejo esqueleto de un cautivo muerto de sed, incorporada de cabeza al tren del terror, *101 dálmatas*, confusa y simpática, y *Beetlejuice*, que para mí se reduce a un desierto lleno de gusanos de rayas. Soy bastante miedosa y las películas oscuras me perturban, pero lo cierto es que por mucha luz que haya ya me ocupo yo de encontrar oscuridad en el resquicio más insospechado.

Ahora la situación es distinta. Me encuentro inquieta, alegre, extremadamente emocionada. Había venido a casa de la abuela de visita y mi madre le ha dado permiso para traerme porque

está muy cerca. Nunca me había quedado sola con mi padre antes. Lleva una camisa blanca y pantalón marrón, y sus zapatos con borlas brillan de una forma espantosa. Me trata con cariño, pero no me conoce de nada. Es raro tener cuatro años y que tu padre no te conozca de nada. Yo tampoco lo conozco a él. Me sorprenden sus dimensiones, el color de su pelo, su voz. Por el camino, de repente me coge en brazos y me eleva sobre su cabeza.

—¡No! —grito aterrorizada. No me gusta que me muevan con brusquedad, que me den sustos. A otros niños sí, pero él no me conoce.

—No seas tonta, chochona, que te voy a llevar a hombros.

—¡No, no, por favor! ¡Bájame!

No sabe que soy tímida y reservada, que tardo siglos en confiar en alguien. Me siento casi secuestrada en sus brazos.

—Pero niña, que no pasa nada, ya verás como te gusta.

—Que no, que no, que no, que me bajas.

No lo entiende, está extrañado. Él solo quería tratarme con cercanía, a los niños les suele encantar ir a hombros. Yo odio las atracciones, las ahogadillas, los altibajos. Ya tengo bastante con lo mío. Estoy pateando a la altura de su cuello a punto de llorar, suplicando que me baje de una vez, que desista. En menos de cinco minutos se ha convertido en una especie de enemigo que no respeta mis preferencias, que me exige que sea como los demás. Pero no le entra, no cede. Insiste en que me va a gustar. Tal vez tenga razón, pero me desespero y cuando vuelve a intentar levantarme por encima de su cabeza el vértigo me revuelve los nervios y le pego una patada en la cara sin querer. Esta vez sí me baja. Estoy sudando, agobiada en la calle con un extraño al que me dirijo como papá. Está muy contrariado.

—Pero bueno, Marina, ¿qué te pasa?

Me cuesta contestarle. Me siento a mí misma muy dentro, muy violentada, muy tímida. Pego la barbilla al cuello y respondo con un hilo de voz.

—Que no me gusta eso, ya te lo he dicho.

—Pero si no pasa nada.

—Que ya lo sé, papá, pero que a mí no me gusta.

—¿Pero por qué?

—Yo qué sé, a todo el mundo no le gustan las mismas cosas.

—Pero es que si te dejas luego te va a gustar.

—Me da igual, no lo hagas más.

—Bueno, bueno, vale.

—¿Me lo prometes?

—Sí, claro.

Nos quedamos los dos desconcertados. Me tiende la mano y se la cojo. Todavía estoy contenta de que haya venido a verme, de que me saque de paseo. Me pregunta cosas sencillas durante el resto del camino y me animo. Lo observo desde abajo y trato de memorizar los detalles. De una vez para otra siempre se me olvida cómo es. Llegamos al cine. Solo ponen una película y es de mayores. Me compra un paquete de gusanitos y entramos en la sala, que está medio vacía. Nos sentamos. Mi padre y yo solos en la oscuridad. Es algo completamente nuevo. Estoy que me subo por las paredes. Quiero saltar sobre los asientos, treparle al regazo, ahogar pequeños chillidos histéricos, susurrar hasta la saciedad la palabra *papá*. Papá, papá, papá, papá, papá, papá. La

película empieza. No tengo ni idea de lo que vamos a ver. Tras los créditos se agitan unas anémonas en el fondo del mar.

—Papá.

—Shhh, ¿qué pasa?

—Papá, ¿esta es de miedo?

—No, no, tranquila.

—Pero parece de miedo, papá.

—No, no, Marina, no te preocupes.

—Pero a mí me está dando miedo.

—¿El qué?

—La música y el fondo del mar.

—¿Sí?

—Sí, un montón. Me voy a esconder para que el mar no me vea.

Me tiro al suelo y meto los pies debajo del asiento delantero con la bolsa de gusanitos.

—Marina, vente para arriba.

—No, papá, vente tú para abajo.

Salgo del escondite, lo agarro del cuello y estiro. No quiero que lo atrapen las anémonas y se lo lleven, quiero protegerlo, que se quede para siempre.

—Venga, papá, escóndete aquí conmigo.

—Ay, no, Marina.

—Pero si así es más divertido, qué más da la película, parece un rollo.

—Anda, sal de ahí y siéntate bien, que la vamos a ver.

Yo tampoco le conozco, tampoco le entiendo. Parece que él es de alturas y yo de escondites. Quisiera insistir hasta que cediese pero de repente me faltan las fuerzas y me siento muy triste. Obedezco. Mastico gusanitos en silencio y no atiendo a la pantalla ni cinco segundos seguidos. Le miro a él esperando que me devuelva la mirada con satisfacción como suele hacer mi madre, que conectemos de alguna forma después de tanto tiempo. No ocurre. Quiere ver la película de verdad, como si eso importara una mierda. En cuanto acaba me lleva a casa y se despide apresuradamente. Estoy de pie en medio del salón, apretada contra la falda morada de mi madre, que me despeja los pelos revueltos de la frente con la mano.

—¿Cómo te lo has pasado, Marina, has estado bien?

—Sí, bueno, sí.

—Ya. Si no quieres quedar más con él solo tienes que decírmelo.

—No, bueno, no, no pasa nada.

—Como tú quieras.

Mi abuela tenía la cara muy seria, pero de repente da una palmada y se levanta.

—¡Bueno! ¿Aquí quién tiene ganas de berenjenas fritas?

Mi madre y yo nos miramos. Canica mueve el rabo.

—¡Yo! —exclama ella.

—¡Y yo! —grito también. Mi madre me coge en brazos, me estampa uno de sus besos mojados y sonoros en la mejilla y enfilamos las tres hacia la cocina.

Segunda parte

6

Bautizada y merendada, me dejan en casa de la abuela con la maleta hecha y un libro para las vacaciones que comienzan mañana. Nunca he leído tantas páginas. No tiene mala pinta y en general me hace ilusión sentirme más cerca de los grandes volúmenes para adultos que tanto ansío almacenar en la mesita de noche, pero esto me recuerda que voy a pasar quince días sin acceso al romance clandestino con los cómics. Quince días de niñez pura. Mi madre y Domingo no vienen con nosotras la primera semana, por lo menos eso facilitará las cosas. Voy a estar compartiendo un pequeño chalet con mi abuela y tres amigos suyos: Abelina, Felisa y Paco, el marido de Felisa. Abelina es menuda, risueña, elegante. Lleva el pelo blanco siempre recogido en un moño. Felisa es alta y un poco impertinente, pero el año pasado me regaló una Chabel tenista sin venir a cuento. Paco es el típico señor tierno y dócil sobre el que estoy deseando echar una siesta.

La noche antes del viaje no pegamos ojo. Cada vez que intentamos dormir a alguna de las dos le da la risa. La euforia de haber cumplido ya con el bautizo se mezcla con que mañana mismo llega la recompensa, una especie de luna de miel con Jesucristo. Esa euforia se mantiene hasta que nos metemos en el tren y nos desplomamos sobre los asientos. El traqueteo nos relaja por fin. Tenemos un montón de sopas de letras para el camino. Conozco a los cuatro viejos hace mucho y me siento cómoda con ellos, no se me ocurre una pandilla de verano mejor. La gente mayor es amable, nos apreciamos mutuamente. Solemos hacernos felices y miramos a jóvenes y adultos como burlándonos de lo importantes que se creen. Nuestro sector no está del todo implicado en el mundo, nos refugiamos en un margen acolchado. Los jóvenes empiezan a sufrir las consecuencias de las pasiones mundanas a partir de los once años. Durante la veintena la vida se les empieza a complicar y a llenar de problemas que hay que resolver a contrarreloj. La verdad es que solo tengo ganas de crecer por la curiosidad de verme el cuerpo hecho y usarlo. ¿Seré capaz de bailar alguna vez? Bailar con amigas en una discoteca. Eso sí me hace ilusión. Y follar. De todas las expresiones que conozco para referirse a la sexualidad humana, follar me parece la menos vergonzosa, la más honesta. Aunque mis muñecas la pronuncian a diario, los niños solemos decir sencillamente hacerlo y no hay lugar a dudas, sabemos bien a lo que nos referimos. Hacerlo. Cuando yo lo haga, cuando tú lo hagas, qué ganas tengo de ser mayor para saber cómo es hacerlo, para poder hacerlo con quien me dé la gana, la hermana de Fulanita ya lo hace con el novio, ¿te imaginas haciéndolo con Goku? Lo veo muy lejano, pero en algún momento tendrá que ocurrir. No me da miedo el sexo en sí, me da miedo el proceso previo. El cosquilleo propio de la excitación, de lo que llaman estar cachonda, me resulta completamente familiar desde que tengo conciencia. Estoy muy salida, pero soy una cobarde. En mi cabeza el equilibrio funciona perfectamente. La realidad es distinta.

—Niña, traigo en el bolso galletas de chocolate y cacahuetes, ¿quieres algo?

Despliego la mesita del asiento delantero, saco dos muñecas de la mochila que tengo entre las piernas y las pongo encima. Son la rubia de pelo ondulado y largo y la morena de pelo liso hasta la mitad de la espalda. Cuando vamos de viaje me gusta ponerles sus vestidos originales, así que la rubia va de safari y la morena lleva un conjunto rosa de falda y blusa. Las pongo a bailar suave porque me da vergüenza que me vean jugando fuerte. Esnifo la cabeza de la morena y las vuelvo a guardar con cuidado para no despeinarlas.

—Sí, saca las dos cosas.

—¿Pero qué quieres primero?

—Las galletas.

Nuestros tres compañeros de viaje se han quedado dormidos mientras masticamos. Hace tiempo que me como las galletas enteras y no se me hacen tan secas. Ahora creo que están muy buenas. Ojalá lo de aceptar los nuevos alimentos fuera más rápido. Conozco muchos niños quisquillosos con la comida. A lo mejor es verdad que con un poquito de hambre seríamos menos remilgados, pero hay que ser desgraciado para querer adiestrarnos así.

—Niña, yo antes siempre que iba de viaje llevaba una libretita donde apuntaba todos los pueblos por los que íbamos pasando.

Asiento con la cabeza. Ya me sé la historia.

—¿Sabes por qué no la llevo cuando vamos para Málaga?

—Porque te los sabes de memoria, ¿no?

—Sí, ¿quieres que te los vaya diciendo?

—Vale.

Es una lista lenta y soporífera, pero de algún modo me entretiene. Entre un pueblo y otro hacemos sopas de letras. El sol entra por la ventanilla y me da más sueño todavía, pero es divertido rodear las palabras con tan poca destreza. Al final, cerca de Antequera, nos quedamos dormidas nosotras también.

Hemos llegado a Marbella a la hora perfecta para almorzar. El chalecito es blanco y tiene un patio con sombra. Hay dos habitaciones, yo estoy en una cama supletoria junto a las viudas. Me encantan las Residencias de Tiempo Libre. Tienen un comedor de autoservicio en el que puedes elegir el plato que tú quieras. Eso me hace sentir segura. Además, es muy divertido ir por ahí añadiendo decoración a la bandeja. A los viejos y a mí nos complacen las mismas cosas. Me dedico a saborear el presente en una sala de ocio llena de jubilados mansos y satisfechos. Despliego sobre una mesa baja un arsenal de lápices de colores y miro a Abelina:

—¿Qué te pinto?

Cruza las piernas y piensa alzando la barbilla. Sus gafas doradas brillan.

—Una casa con un jardín muy bonito.

—Vale.

Me pongo al lío mientras ellos hablan repartidos en sillones enormes, a veces de temas extremadamente sedantes. Le doy a los verdes, saco punta varias veces en un cenicero. Incluyo palmeras, abetos, árboles frutales, una fuente en el centro, un camino, pájaros cantando, nubes. Tardo unos veinte minutos. «Para Abelina», escribo por detrás. Añado la fecha y firmo. Es el turno de Felisa, que me pide un jarrón con flores. No me suele divertir mucho dibujar jarrones,

pero no cuestan trabajo. Paco quiere un mar. Mi abuela ríe porque sabe que lo voy a dar todo en ese mar. Adoro escuchar sus voces, sus historias perfectas repetidas un trillón de veces, lo receptivos que se muestran ante mis muestras de cariño. Antes de que acabe el paisaje acuático, Paco se empieza a quedar dormido.

—Yo también tengo sueño —confiesa Abelina bostezando. Mi abuela da una calada al cigarro y me mira.

—Niña, recoge que ya vamos a estar acostados.

El recinto exterior está templado y cubierto de césped. Mi abuela lleva un vestido rojo y le hago una foto junto a un rosal por el camino. Ella me pone una flor naranja en el pelo y también me saca un retrato. Está cansada y contenta. En menos de cinco minutos nos hemos acostado los cuatro a echar la segunda siesta del día. La cama supletoria era muy fácil de abrir y la hemos colocado entre las camas gemelas, para que esté bien rodeada y no tenga miedo por las noches. Las sábanas están limpias, ásperas y frescas. Las persianas bajadas. Nadie habla en la casa hasta que Paco empieza a roncar y nos da la risa. Siempre es gracioso escuchar a alguien roncar por primera vez.

—¿Así ronco yo, Marina? —pregunta mi abuela.

—Sí, más o menos.

Su risa es tan blanda que se diría que la empalma directamente con el sueño. El ambiente es más íntimo ahora. Me pregunto si recordaré este momento de extremo alivio junto a los ancianos somnolientos. Hay momentos que se olvidan y otros que se recuerdan. Esa distinción me inquieta. Nunca sé lo que va a permanecer. Aunque no estoy muy conforme con la idea de haber nacido, albergo bastante aprecio hacia la conciencia de existir, el tiempo oscuro de la primera infancia resulta aterrador. Cuando parecía un muñeco regordete odiaba con todas mis fuerzas subir escalones de uno en uno y al mismo tiempo me daba vértigo aprender a hacerlo de dos en dos. Recuerdo la escalera dura y alta, el cansancio. La satisfacción de estar prosperando, sí, pero sabiendo que el camino es eterno y acaba de empezar. A medida que se me van dando bien más cosas, la dificultad va en aumento y cada vez se exige más perfección. ¿De verdad alguien espera que aguante este ritmo sin decir ni una palabrota? En mi familia todo el mundo habla como le da la gana menos yo. Me fastidio con eso, pero las muñecas son otro cantar. De todas formas, no puedo abusar mucho pronunciando barbaridades en voz alta cuando estoy sola, he comprobado que si haces eso te acostumbras a elegir las palabras prohibidas y tienes más posibilidades de meter la pata en el momento más inoportuno.

Ya están roncando los cuatro. Me levanto y enfilo hacia el patio en camisón. Quiero tocar el suelo rojo y caliente con las plantas de los pies. En cuanto estoy fuera y soy golpeada por el sol de las cuatro y media de la tarde me entran las ganas de cagar. Hay un mojón duro y seco empujando como un tanque. Disfruto de una ráfaga de escalofríos y un ligero mareo. Aprieto hacia dentro, aunque llevo sin cagar cuatro días. Me agacho y abrazo las rodillas con los brazos. Cierro los ojos, cuento hasta diez y salgo corriendo hacia el baño. No puedo contenerlo más. Espero que no me haga daño.

Me levanto con el culo sucio, acerco la cabeza al retrete y miro. Es un *truño* grande, cobrizo y agrietado. Traté de soltarlo despacio y conseguí salir ilesa. Me acuerdo de la primera vez que tuve diarrea, qué momento tan feliz. Gasto un montón de papel para limpiarme hasta que el resultado es convincente. Cuando empecé a limpiarme sola el culo usaba poco papel para ahorrar. Me han insistido bastante en que estaba equivocada, en que hay que dejarlo reluciente y ahora me

lo tomo muy en serio. Tiro de la cadena. Vuelvo a la cama y repaso los diálogos de la última historieta del *Tótem* que memoricé al detalle. Tengo escondido entre ojo y ojo un mueble con bastantes páginas almacenadas. Necesito cierta tranquilidad para consultar el archivo y ahora mismo me sobra. La protagonista de la historia empieza a hablar. No voy a tener que volver a bautizarme nunca más. Las sábanas rascan, los muelles del camastro crujen, mi intestino acaba de soltar la mochila al llegar del colegio. Han empezado las vacaciones.

Después de la siesta nos hemos acicalado. Estamos perfumados y elegantes para nuestra primera noche en Marbella. Cenamos en un velador con sillas blancas. Nunca me fallan los platos combinados. Filete de pollo, patatas y huevo frito. No presto atención a nada más hasta que la comida se acaba. Ahora me apetece un postre.

—Abuela, ¿me das para un helado?

—Claro, niña, cómpratelo y te lo comes allí con aquellos niños que están jugando al fútbolín.

Sabía que los empujones hacia la sociedad estaban al caer. Refunfuño. Abelina me habla con una dulzura irreal, una miel que solo existe en las inmediaciones de su voz y su colonia, algo que no tiene nada que ver con el ambiente del fútbolín al que me envían. Los niños no son buenos por el hecho de ser niños. De hecho, la maldad infantil supone una auténtica brasa de la que estoy deseando escapar. Para nosotros no hay ley, es territorio comanche. Con verlos de lejos ya sé que no van a recibirme bien. Entro en el bar con el dinero en la mano y pido un Mikolápiz. No puedo volver sin haberlo intentado, solo me serviría para que me enviaran de nuevo y resultaría más embarazoso todavía. Despacito, con el helado en la mano, me acerco hasta el fútbolín. Los que juegan ya han entrado en la pubertad, chillan, dan golpes y palmadas por todo. Tienen alrededor un grupito de admiradores más jóvenes. Me apoyo en una esquina como si nada y observo el juego. Desde que empecé a acercarme al fútbolín sentí que el ambiente de la reunión cambiaba y ahora estoy segura. Reina un silencio tenso y burlón.

—¿Dónde te has comprado ese vestido?

—Me lo ha hecho mi abuela.

Ya no pueden seguir disimulando. Este tampoco es mi vestido favorito que digamos, pero qué pasa, yo también podría reírme de un montón de gente y no lo hago. Uno de ellos me imita sosteniendo un helado imaginario en la mano con cara de tonto. Junta las piernas, se pone derecho como un palo y repite lo que he dicho apretando la boquita:

—Me lo ha hecho mi abuela.

Todos estallan en risas descontroladas. No sé qué hacer. Me han dejado sin recursos antes de empezar porque mi aspecto es ingenuo e inmaculado. Llevo un lazo blanco en el pelo, un cuello de marinero enorme, la falda me llega por debajo de la rodilla. Ni siquiera sé jugar al fútbolín. Dirijo la vista al suelo. Miro sus zapatillas de deporte, escucho un arsenal de chistes bobos y crueles.

—¡Normal que te haga la ropa tu abuela, eres una vieja!

—¡Vieja!

—¡Fuera de aquí, vieja!

—Jugar con una vieja, puaj, qué asco.

Tengo que desaparecer cuanto antes. Odio la idea de darles la espalda, pero no me queda más

remedio. Camino como cruzando un río en llamas, como si el vestido y el lazo estuvieran hechos de lija. Ojalá me hubiera puesto el peto de Minnie, siempre se me olvida lo caros que salen estos despistes. No tenía que haber dejado el estilismo de hoy en manos de mi abuela por mucho que me guste que juegue conmigo como si fuera una muñeca. A ella le hace feliz y ser vestida y peinada me resulta agradable. ¿Tiene que significar eso que soy un coñazo? Alcanzo la mesa donde mi abuela fuma y me siento sin decir nada.

—Pero bueno, ¿ya estás aquí?

—Sí.

Los viejos no necesitan saber que me ha ido mal, lo único que conseguiría es que fueran a reñir a los chiquillos y que en próximos encuentros tuvieran encima motivos para vengarse. No pienso volver a intentarlo con semejantes capullos. Ni a ponerme este vestido. Putos niños, si supierais que fantaseo con torturas, si supierais que tratándome con cariño podríais levantarme la falda y meterme mano por turnos. Totalmente gratis, putos niños, ni un paquete de Fritos os pediría a cambio porque vuestros dedos y vuestros dientes son todo lo que necesitaría para sonreír como un angelito de Satán. Solo tendríais que tratarme bien, solo un poco bien, ni siquiera necesito un montón. Ojalá pudiera replicar todo esto sería y digna justo en el minuto apropiado, pero no tengo suficiente valor y se me da fatal contestar a tiempo. Cuando pasan estas cosas imagino que alguno podría darse cuenta de que no doy tanto asco como parece, buscarme a solas más tarde para pedirme perdón por tener un montón de amigos subnormales, seguir hablando de otros temas a partir de ahí.

Me subo encima de Paco y acabo el helado acunada en su regazo con los ojos cerrados. Seguramente los niños me están viendo y estoy quedando peor todavía. Qué más da. En el hilo musical del velador suena «Sopa de caracol». Al principio la canción me pareció graciosa, pero ya van como tres años seguidos, apenas tenía conciencia cuando salió, es como si la hubiera escuchado todos los días de mi vida. Sopa de caracol, por Dios, qué idea tan retorcida, ¿puede haber algo más asqueroso para echar en un plato? Me han enseñado que hablar con asco de la comida es de mala educación, pero en serio, ¿qué esperáis de mí? Es mi puta cabeza. Dejarme pensar tranquila. Los caracoles no son comida. Están hechos de un asco muy delicado y frágil. Pobres bichos raros. Qué pena me da que sean tan fáciles de romper. Detesto la forma en que los niños los destrozan por diversión. Ojalá los niños dependieran de un caparazón fino y crujiente a modo de piel, ojalá fueran muy lentos y no tuvieran escapatoria. Me pondría los tacones altos de mi madre y los desharía como a una ración de croquetas congeladas. Malditos demonios, al final somos todos lo mismo. En mayor o menor medida todos los niños nos damos cuenta de que los mayores pierden el culo por nosotros y le sacamos partido a esta apariencia pasajera de pulcritud. Es lo mínimo que podemos hacer. La infancia es una lucha encarnizada por dejar de ser víctimas en potencia lo antes posible. Pasar por encima de mí les sitúa unos centímetros más lejos del peligro. Y yo, precisamente de llevar tanto tiempo aquí sintiendo su acecho, me estoy empezando a encariñar con los depredadores. Imagino uno a mi medida perfecta, que haga conmigo lo que más ilusión me hace sin que tenga que explicarle nada. Antes me fío de una familia de perros salvajes que de una pandilla de menores jugando al fútbolín. Me pregunto qué consecuencias traerá en la vida esta clasificación.

Desde la cama supletoria observo los rituales de belleza de mis compañeras de cuarto. Mi abuela se coloca una redcilla en la cabeza para que le aguante mejor el peinado. Abelina se deshace el moño y veo por primera vez su pelo suelto, blanco, fino y largo hasta la cintura. Se cepilla la melena con suavidad. Se parece a Fauna, el hada verde de *La bella durmiente*. Sigue cepillándose durante unos minutos y cuando está satisfecha empieza a hacerse dos trenzas. La nuca se me cubre de cosquillas. Ya estamos acostadas con camisones blancos, las tres con un librito en la mano. Abelina le da a una novela romántica. Mi abuela siempre prefiere el misterio. A mí no me interesa nada leer ahora mismo, así que me dedico a mirar el libro sin ver las letras, preguntándome cómo será mañana.

La luz lleva apagada un rato. El volumen de la radio está más bajo que de costumbre como gesto de cortesía. En la casa está roncando todo el mundo. No me quejo porque peor sería que reinara el silencio. Mi abuela tose, se pone boca arriba y deja caer un brazo hasta mi cabeza.

—Marina —susurra.

—Qué.

—¿Qué te pasa, no te puedes dormir?

—No.

—¿Quieres que te cuente un cuento de pan y pimienta?

—Vale, flojito.

—Sí, flojito. ¿Cuál quieres?

—El de los siete cabritillos.

Comienza automáticamente. Jamás cambia una sola palabra de su relato. Los mismos cuentos han sido contados de la misma forma a todos los niños que hemos pasado por su alrededor. Mi árbol genealógico solo tiene una rama. Esta es la única abuela que concibo, pero hay otra que nunca he visto. Su imagen está muy borrosa y no suelo dedicarle muchos pensamientos. Qué sentido tendría, no creo que la vaya a conocer jamás. El lobo del cuento se despierta de la siesta bajo un árbol con una cicatriz enorme en la barriga y el estómago lleno de piedras. Las piedras le dan mucha sed y se acerca al río a beber, pero pesa tanto que se cae y se ahoga. Me encanta esta parte. Y el final, cuando la mamá cabra encuentra al cabritillo más pequeño escondido dentro de la caja del reloj. El pobre se ha tirado ahí muerto de miedo un montón de tiempo habiendo presenciado cómo una fiera devoraba a sus seis hermanos. Es una historia de puta madre.

—Ahora el del medio pollo.

Medio pollo, cortado por la mitad, cubierto de pluma amarilla normal por un lado y las tripas colgando por el otro. De viaje, metiendo cosas enormes dentro de un saco. De dónde vendrá esta historia. Adoro la forma en que relata atrocidades con esa voz dulce y cascada, que sin dentadura postiza suena más dulce y más cascada todavía. La forma en que a menudo se queda dormida y empieza a mezclar los datos porque entrega hasta su última gota de energía narrando estos cuentos. Ha sido un día cansado, no nos quedan fuerzas. Su mano está todavía colgando fuera de la cama. Vuelve a la conciencia con un gruñido.

—¿Quieres otro cuento?

—No hace falta.

—Tú tranquila, Marina, ya sabes que yo duermo con un ojo abierto y otro cerrado.

—Sí, no pasa nada.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

El brillo de su reloj dorado bien ceñido a la muñeca va a ser lo último que vea hoy. Cinco segundos más y me habré ido. No, mejor seis. Que sean seis.

Nos levantamos a las nueve y en el comedor el desayuno es espectacular. Medias noches rellenas, yogures, melón con jamón. Nunca antes había visto melón con jamón y no lo he querido probar, pero me ha hecho ilusión que estuviera ahí. A las once llegamos a la playa con el equipamiento completo. Dos sombrillas, cuatro sillas plegables, varios botes de crema solar, toallas, sombreros, un canasto lleno de instrumentos para construir castillos, revistas, tabaco. Mi abuela lleva un bañador morado con flores enormes y Abelina va de negro con su moño rehecho en lo alto de la coronilla. Felisa tiene una figura tubular y lleva un bañador verde oscuro. Todos se sorprenden de lo negras que tienen las tetas las ancianas extranjeras en *top less*. La verdad es que el pelo rubio contrasta brutalmente con esa piel quemada y frágil, pero no me gusta que el discurso de mi casa lleve tintes de desprecio. Nosotros nos achicharramos igual solo que con las tetas tapadas. De hecho, yo las llevo todavía al aire y he empezado a jugar en la arena con la espalda encorvada para que se note menos que estoy ya en vías de desarrollo. No soy capaz de disfrutar del todo de ningún escenario concurrido, y menos en bañador. Muchas niñas de mi edad llevan ya el torso cubierto y no dejo de preguntarme si debería hacer lo mismo pronto. La mayoría de las que se tapan están más planas que yo. ¿Voy tarde ya? Creo que lo hacen para sentirse mayores, para invocar a las tetas. No tiene ni puta gracia. Los pezones me estallan de dolor y los pelos del pubis se me empiezan a escapar de las bragas. Ojalá pudiera pasar a ser una señorita hecha y derecha, saltarme este proceso incómodo y vergonzoso. Desde que cumplí los nueve la cosa no para de complicarse. Todavía no es grave, pero tengo que ir barajando soluciones. Lo que me da rabia es que se me considera vergonzosa cuando no creo que la vergüenza sea algo que provenga de mí. Es un sentimiento inventado e impuesto, incisivo, cruel. Mucho peor que el miedo o el dolor. Ojalá me diera todo igual como a esas señoras libres de obsesionarse con el bronceado. Mi madre dice que no es bueno tomar tanto el sol y que hay que ponerse siempre crema. Me cuesta poco recordarlo. Sus consejos van conmigo todo el tiempo. ¿Cómo le irá? Ayer la llamamos antes de comer y hablé con ella unos minutos. A mí solo me hizo preguntas sobre el viaje y la residencia.

Voy a hacer un castillo en la orilla y cuando esté muerta de calor me baño. Cojo el cubo, la pala, el rastrillo y el flotador por si acaso. Me lo coloco todo alrededor y empiezo a arar la arena mojada. Siempre que estoy liada construyendo algo en la playa me acuerdo con melancolía del pez de plástico que perdí en Punta Umbría. Lo enterré como un perro para que nadie lo robara mientras hacía otra cosa y luego no fui capaz de encontrarlo. Estuve escarbando hasta que se fue el sol y me obligaron a irnos sin él. Pensaba que había dejado una señal. Todavía me dan ganas de hacer agujeros para ver si lo encuentro, pero sé que no va a estar aquí. Se acabó, al agua, estoy harta de que se me vea el cuerpo. Entro en el Mediterráneo con tímida furia porque el suelo está cubierto de conchas rotas y me las clavo todas a la vez. Trato de avanzar chapoteando, sorteo dos o tres olas y la siguiente me revuelca. Con la espalda llena de arañones y la cara cubierta de pelos

mojados, emerjo y busco miope a mi abuela. La saludo. No alcanzo a verle la cara, pero su risa sí llega. A ella no le gusta mucho bañarse, solo se refresca de vez en cuando. Se queda de pie mirando el panorama, con el pelo corto y gris al viento. Vuelvo a la arena, me acuesto al sol junto a Abelina y cierro los ojos. A veces, cuando estoy mojada y me tumbo así a calentarme, un intenso placer me asalta y gracias al efecto de la luz cegadora dejo de sentirme una persona y solo soy una cueva fresca y oscura. La cueva es un lugar pacífico al que no llegan los llantos de los niños pequeños. La voz de Felisa sí que se está colando y me devuelve poco a poco a la escena. Habla de José Luis Moreno, que no le cae bien. Levanto la cabeza.

—Anda, mira, la bella durmiente —dice Abelina, y su dulzura me hace retroceder unos pasos hasta la gruta de la paz.

—Marina —vuelve a llamarme Felisa—. Oye, Marina, ¿te gustó la muñeca tenista que te regalé?

Me incorporo y muerdo el anzuelo.

—Uf, me encantó.

—¿Te la has traído?

—Sí.

—Y te gusta, ¿eh?

—Me gusta un montón, trae una raqueta y la puede coger con la mano.

—Anda.

—¡Ah! Y se pone de pie ella sola, sin sujetarla ni nada.

Ríe satisfecha. Me ha preguntado esto cada día que nos hemos visto desde que me la regaló y no me ha molestado ni una vez. Es un tema interesante. Cuando volvamos al chalet se la enseño.

Mi abuela se acerca trabajosamente por la derecha con un cigarro en la mano. Cuando está a mi altura contempla el horizonte, rechoncha y erguida, y empieza a cantar un bolero con la voz rota:

Bajo el palio de la luz crepuscular,
cuando el cielo va perdiendo su color,
quedo a solas con las olas espumosas
que me mandan su rumor.

Ni un lejano barquichuelo que mirar,
ni una blanca gaviota sobre el mar,
yo tan solo recordando
la aventura que se fue,
la aventura que en sus brazos
amorosos disfruté
bajo el palio sonrosado de la luz crepuscular.

Mirando al mar soñé
que estabas junto a mí,
mirando al mar yo no sé lo que sentí
que acordándome de ti lloré.

La dicha que perdí
yo sé que ha de tornar,
y sé que ha de volver a mí
cuando yo esté mirando al mar.

Se inclina hacia mí imitando sonidos de campanillas.

—No veas cómo pegó esta canción en el año cincuenta o así.

—El cincuenta, buf, me quiero morir.

—Más o menos, tendría yo treinta años.

Hace como que toca las maracas y yo le sonrío pensando en mi madre a los treinta con su pelo largo, aguantándose las lágrimas dentro de las cuencas de los ojos como quien contiene una presa resquebrajada. Consigo resistir el desbordamiento al tiempo que los cristales de sus gafas se oscurecen con la luz del sol. Alta tecnología.

Los días con los viejos son más o menos iguales, rebosantes de evasión en estado puro. Se pasan volando. Nadie volvió a poner sobre la mesa la idea de que lo intentara con otros niños y lo agradezco de corazón. Desde que llegamos me he dedicado a recorrer los rincones de la residencia sola, a hacer castillos sola, a bañarme en la playa sola y en la piscina con mi abuela porque ahí sí se mete. Me saca fotos junto a todos los animales que vemos. Está siendo un retiro agradable. No hablo mucho, pero conozco un montón de perros y gatos y se me está poniendo el culo blanco de tanto tomar el sol boca abajo. A lo largo del fin de semana los viejos han empezado a desplegar cada noche estilismos más lujosos y en el pelo me colocan flores cada vez más llamativas. Mañana la habitación en la que ahora duermen Felisa y Paco pasarán a ocuparla mi madre y Domingo. Me apetece mucho ese ambiente cercano, aunque su presencia exige más esfuerzo por mi parte en todos los sentidos. Ahora que veo a mis compañeros de chalet contentos y emperifollados me da pena que vayamos a separarnos. Van vestidos de colores vistosos que contrastan con los intensos bronceados de sus pieles curtidas. En las solapas se han colocado broches dorados, Paco lleva los pelos grises peinados hacia atrás y las mujeres se han pintado los labios de rojo y rosa. Yo llevo un pichi blanco sobre una camisa verde y una diadema. Por el camino les hago fotos y les repito lo elegantes que van. Si hoy se mete alguien conmigo no me preocuparé demasiado. Lo más seguro es que por algún motivo se esté equivocando.

A partir de ahora tendré que hablar mejor, comportarme mejor, adoptar mejor postura, comer mejor. Tengo que leer. No he hecho otra cosa que mirar las páginas del libro que me regalaron, pensar guarradas con la vista perdida en las letras. Hay palabras que me suenan ya, pero están inconexas. No quiero que piensen que he despreciado el regalo. Tampoco deseo mentir. No me serviría de nada porque Domingo se lo comerá en dos tardes y vendrá a buscarme para hablar sobre el tema. La única solución es leer esta misma noche todo lo que pueda. Son doscientas páginas. No tengo miedo de que me riñan, tengo miedo de que piensen que no soy aplicada. Si demuestro ser talentosa y responsable, mereceré más confianza y por lo tanto más libertad. Solo es un negocio.

En cuanto nos metemos en la cama me siento melancólica y se me vienen a la cabeza los dinosaurios perdidos de *En busca del valle encantado*. Tratando de defenderme del ataque de tristeza, cojo el libro con resolución. Al principio resulta muy difícil prestar atención. Son demasiados datos. El contexto es limpio y dramático, un aburrimiento. Los dinosaurios me miran con caras pochadas desde los márgenes. Pero mi opinión sobre el libro cambia cuando una piedra empieza a emitir calor y a hablar. Me había propuesto leer por lo menos dos capítulos, pero lo de la piedra me ha cogido por sorpresa y necesito saber qué pasa después. La protagonista es una niña sin padre y al parecer la piedra lleva dentro el espíritu de un viejo pirata. La historia empieza a interesarme porque esta relación de la niña y la piedra se basa en cierta seducción por parte del pirata. Se están cogiendo cariño el uno al otro. Imagino a mi madre eligiendo este libro, sabiendo que yo también podría enamorarme de una piedra si me hablara dulcemente.

Felisa y Paco ya están dando vueltas por la casa, recogiendo cosas y cerrando cremalleras, pero yo puedo seguir en la cama. Mi abuela va a acompañar a Felisa y a Paco hasta la estación de autobús. Cuando están a punto de salir, me levanto corriendo, voy a darles un abrazo y me vuelvo a acostar. La despedida más barata y eficaz. Sobre las doce y cuarto me despiertan a gritos cantarines.

—¡Venga, niña, que son las doce y media!

—¿Y qué pasa?

—Que nos vamos a ir a la piscina.

—¡Vale!

Puedo llegar a preferir la piscina a la playa por íntima y aséptica, un plan fácil para esperar a que lleguen los nuevos compañeros de vacaciones. Son las dos y nos estamos poniendo ropa seca en el patio del chalet. Quedan minutos para el encuentro. Lo mejor que puedo hacer es dejarme la melena clorada y salvaje y vestir campechana. Elijo la falda con palmeras y una camiseta blanca que pone Costa del Sol. Me tumbo en la cama y sostengo el libro. Está bonito, pero ahora mismo no me apetece algo tan pulcro. Necesito gore, tripas, coños abiertos, torturas, gritos. Casi toda la fuerza la saco de lo prohibido y aquí la única forma de romper las normas es mear dentro del agua y lamer los helados saboreando mi propia ilegalidad cuando no hay nadie mirando. Desde que nos fuimos a vivir con Domingo mi relación con el mal ha mejorado mucho. Si algo le debo es la llegada de los cómics. Me da igual que nos hayamos ido de casa de la abuela y que nos hayamos comprado el Renault 5. Lo único que importa es que mi madre ya no duerme en el sofá y que tengo acceso a revistas guarras. La vida podría ser mucho peor. Podría ser exactamente como es, pero con las tetas bajo llave. Podríamos estar en casa de la abuela a palo seco, en cualquier lugar a palo seco. Si hubiera que pasar por esto a palo seco me habría querido morir ya. La idea de la muerte, por escabrosa, me atrapa como un telesilla y me brinda el hilo maldito de imágenes desagradables que se repiten por orden, el que no acaba, el que no para, el tren del terror. La violación de la rubia vestida de azul, la cabeza partida en dos, el oso de peluche gigante que camina, el mojón en la boca, el coño taladrado, la pierna rota salpicando astillas. ¿De dónde viene este tren que lleva ya años acompañándome? ¿De los cómics, de las películas, de las noticias, de los caracoles aplastados, es una mezcla de todo? ¿Si no me hubiera enfrentado a tantas imágenes perturbadoras no habría existido nunca? Pero las imágenes perturbadoras a mí me interesan, me atraen, igual que a todos los niños, ¿por qué luego se vuelven en mi contra y me torturan? No creo que el problema sean las imágenes sino la forma en que mi cabeza las enhebra, y sin embargo sigo sintiendo que me compensa. Cuando veo algo nuevo, se adhiere a la cola del tren y cada vez tengo que tragarme más vagones. Hoy si no elijo uno el tren sigue y sigue, dando

vueltas en un circuito cerrado. Trato de destilar el surtido y ablandar las imágenes. Nada me conviene tanto ahora como una rubia de azul, pero no quiero hacerle nada malo. Solo necesito quedarme con ella dos minutos, uno para elegir qué grado de parecido va a tener con Kim Basinger y otro para el escenario. Le cambio el vestido por uno blanco y le hago una coleta alta. Ya está lista. Hablo con ella, le digo que no tema, que le va a gustar. Ella asiente y se da la vuelta. La ato contra la pared, le quito la ropa. Sin manos. Otros días he intentado aparecerme con la figura de un hombre, con la de una mujer, con la de un dibujo animado, pero lo que mejor funciona es presentarme como una fuerza que moldea la carne y me permite ver cómo se comporta sin interferir. Mi bracito invisible de nueve años en un coño bien abierto que se derrite es agua oxigenada para la imagen de mi madre saludando con fatiga a las señoras en el patio. Abelina y ella se muestran un cariño intenso.

—¿Y la niña? —pregunta. Es mi turno.

—¡Aquí! —contesto feliz. Saco el brazo de la rubia, suelto el libro y entro en escena con la alegría del crimen perfecto.

Nos vamos directamente al comedor. Por el camino Domingo dirige al recinto una mirada cínica y traviesa. Con su bandeja en la mano, levanta las cejas ante todos los platos que ofrece el comedor de autoservicio y elige los que peor pinta tienen. Mi madre parece muy contenta e ilusionada y me contempla con romanticismo a lo largo de todo el día. Le hacen mucha gracia el ambiente de la residencia y el chalet. Esto no es gran cosa, pero creo que ninguno de nosotros aspira a mucho más. Reconozco que a mí el sitio me encanta. Lo primero que necesitan es dormir cuatro horas de siesta mientras la abuela y yo jugamos a las cartas en el patio. Después les mostramos todas las instalaciones, los columpios, el paseo marítimo. Me siento un poco frustrada porque acaba la jornada y todavía no he podido estar ni un segundo tranquila con mi madre. Pero después de cenar me agarra de la mano y vamos las dos solas a la playa a oscuras a comernos un helado.

—¿Qué te parece Abelina? —pregunta mientras nos quitamos los zapatos para entrar en la arena.

—Me gusta mucho.

—¿A que sí? Ya sabía yo. ¿Has visto el pelo que tiene?

—Sí, todas las noches lo veo en la habitación, largo y blanco.

—¿Tienes frío, Marina?

—Un poquito, pero no pasa nada.

Se acerca y me coge en brazos. Mamá, no te pongas dramática, por favor. Que aguantes callada significa que aún no está todo perdido.

—¿Cómo puede haber tanta agua aquí metida, mamá? ¿Cómo puede haber un agujero tan grande?

—Hija, qué quieres que te diga, así está hecho el mundo.

—¿Y cómo es que el agua no rebosa?

—Bueno, rebosa un montón de veces, esto es un carnaval.

—Ya, es verdad.

—¿O todavía no te has dado cuenta?

—Sí.

Me aprieto alrededor de su cuello.

—¿Te acuerdas de la riada que hubo en Sevilla? ¿Y del día del terremoto?

—Sí, claro. Hay un libro que me encanta que vi en la consulta del tío Pepe.

—¿Ah, sí, cuál?

—Uno que es de grandes desastres del mundo entero.

—Toma ya, ¿y qué desastre te gusta más?

—El del Titanic. Bueno, y el de la peste bubónica.

—La peste es lo mejor. ¿Te imaginas? Todo el mundo muriéndose y tú viendo que ya te va a tocar.

—*Ofú.*

—¿Sabes por qué se llama bubónica?

—No.

—Es porque te salían unas bubas por el cuerpo.

—¿Bubas? ¿Esa palabra existe?

—Sí.

—Qué asco.

—Son como unos granos enormes que se rellenan de pus y luego se rompen y chorrean.

Me hace cosquillas. Grito y pataleo. El mundo es un lugar inestable y cruel y nadie está libre de sus peligros. Peso mucho ya, pero aun así me lleva en brazos hasta la pasarela de madera. Nos ponemos los zapatos y volvemos. Podría reconocerla con los ojos vendados entre cien mil madres.

Por la mañana vamos a la playa y a las cuatro de la tarde a Domingo se le ocurre salir de paseo. Tiene una extraña afición a las caminatas de fuego. En el chalet atardece ya y llevo en la cama de matrimonio con mi madre desde que vinimos de comer. Me quedo a su alrededor como un cachorro manso. Yo no he llegado a dormir nada, me he dedicado a observar la luz cambiando en la habitación. Ella se mueve y gime. Está despierta.

—¿Qué te duele, mamá?

—Me duele todo, Marina, estoy hecha una mierda.

Se ríe.

—Te voy a hacer un masaje.

—Ay, sí.

Se pone boca abajo y empiezo por la espalda.

—¿Pero tú qué notas?

—Pues mira, siento un montón de bichos por el cuerpo.

—¿Bichos?

—Sí, bichitos que me quieren comer.

—Te los voy a sacar.

—Qué dices.

Amaso con las dos manos y empiezo a pellizcar grandes trozos de carne desnuda.

—Mira cómo te saco los bichos.

Ella aguanta la respiración. Con la punta de los dedos hago como que succiono sus últimos pliegues de piel y extraigo los microorganismos innumerables que la están destruyendo.

—Los tengo en la mano, mamá, mira.

Muestro los puños cerrados y me sacudo las manos con desprecio dejando caer la enfermedad al suelo.

—Ay, Marina. Házmelo otra vez.

Los niños no somos mejores que los adultos, pero a ellos les gusta pensar que sí, que estamos llenos de pureza y de magia. Invoco toda la fantasía que pone esa infancia a mi disposición y repito el encantamiento sobre su cuerpo en bragas negras. Cuando se da la vuelta y le veo las tetas sufro cierta incomodidad, pero no es momento para tonterías. Se la están comiendo unos bichos. Me sumerjo de nuevo en la labor de enfermería, los extraigo minuciosamente y los sacudo lejos de la cama. Presto especial atención a sus dedos gastados, extraigo la plaga a través de las uñas. Sigo incansable hasta que empieza a anochecer y nos vestimos para ir a cenar. Mi madre se encuentra alegre y relajada. El tratamiento ha sido un éxito. Mañana lo repetiré a la misma hora sin que se lo espere. Eso aumentará el efecto.

Mi madre lee una revista bajo la sombrilla, Domingo un libro. Mi abuela está de pie con la vista clavada en el horizonte. Abelina sentada en una silla plegable con las piernas cruzadas y los brazos extendidos. Los cuatro fumando cigarros. El sol lleva calentando un rato el barrizal que he montado y tengo la arena dura y húmeda de la orilla templada alrededor. Es temprano para variar y el día todavía está tranquilo en la playa. Estoy muy morena, casi marrón. Mis pantorrillas enfangadas brillan. Me siento sofocada. Tal vez sea la hora del primer baño de la mañana. Levanto la vista y diviso entre destellos a una criatura solitaria que se enfrenta a las olas, espigada y saltarina. Creo que es una niña, pero desde aquí no puedo estar segura. Tiene el pelo rubio y corto y va sin parte de arriba del bikini pese a ser más alta que yo. La miro fijamente, deslumbrada y miope, achinando los ojos. Aprovechando que estoy estofada entro en el agua y me enjuago las piernas. No estoy segura, pero creo que quiere jugar conmigo. Por si acaso, me acerco un poco más. El viento trae su risa y cuando me arrolla una ola le envío la mía de vuelta. Pronto estoy a su altura y saltamos juntas sin necesidad de decir nada por encima de los mismos escalones de espuma durante un buen rato. Nos secamos al sol, mirándonos con una sonrisa y la respiración acelerada. Son las dos, nuestras familias se saludan y se unen para caminar juntas hacia el comedor. Ella se llama Inma y tiene diez años, un hermano mayor, uno pequeño, un padre con bigote y una madre rubia. Son alegres, ruidosos, normales. Me pregunto cuánto tardarán en darse cuenta de que somos raritos, pero forman una piña tan apretada y dura que no les queda mucho espacio para fijarse demasiado en más gente. Durante la comida se comunican entre ellos, llenando todo el paisaje de su propia información. Supongo que se quieren, que les gusta estar juntos y cubrir todos los huecos con el aroma de su manada. Hablo más bien poco y presto especial atención a la forma en que interactúan los distintos géneros entre sí cuando tienen confianza. Las familias numerosas son fascinantes.

Después de comer, Inma y yo nos vamos corriendo a comentar que a ambas nos gusta el líquido del yogur de limón. Ella llegó el lunes, pero todavía no nos habíamos visto. Queremos enseñarnos los rincones favoritos de la residencia y ver cómo quedamos en los escenarios de dos en dos. Caminamos a paso ligero de un punto a otro y nos colocamos en diferentes posturas sobre diferentes fondos. El chalet más redondo rodeado de más cantidad de césped es un lugar de interés

común. Yo le brindo los dos grandes focos de garitos, el escondite del siamés solitario y la esquina del seto desde la que no te ve nadie. Ella me muestra un bar con ventanales gigantes y vistas al mar en el que no había entrado nunca y un agujero en una valla blanca por el que se puede meter el brazo entero. El tema de las Mama Chicho no tarda en salir y desde ese momento recorreremos otra vez todos los puntos clave del mapa, cantando y bailando, un poquito disfrazadas gracias a un truco que Inma se sabe para colocar la camiseta como si fuera un bikini de triángulo.

—¿Cuál es tu guerrero favorita de *Sailor Moori*? —le pregunto al pasar por tercera vez junto a la esquina del seto. Creo que ya tenemos suficiente confianza como para hablar de algo tan íntimo.

—Bunny —contesta ella, y gracias a eso sé que saca malas notas, que es segura, abierta, honesta e incluso diría que popular. Le confieso que a mí me atrae Ray, Guerrero Marte, pero que no me parezco a ella en nada, que soy clavadita a Ami, la tímida empollona que invoca el poder de las aguas. Dice que lo entiende, que lo veía venir. Le pregunto por qué.

—Por las gafas.

Estaba claro. Yo también presentía que estaba ante un perfecto ejemplar de Bunny. Nos quedamos tranquilas argumentando que, aunque Ami y Bunny parezcan muy diferentes son las dos primeras en hacerse amigas en la serie. Quisiera identificarme con Guerrero Luna, o Guerrero Venus, porque también me gustan, pero no puede ser. Mi rango está entre las morenas, y no porque sean morenas sino porque parecen más cabreadas. Ami está muy cabreada, solo que lo lleva por dentro. Cuando llega la hora en que nos dejan volver a bañarnos sin riesgo de corte de digestión, volvemos corriendo a la playa con las camisetas en la mano. No hablamos mucho, nuestra actividad es física e histérica, algo que me hace una falta especial.

Por la noche estoy agotada pero el entusiasmo de haber sido capaz de juntarme con otra niña mantiene mi corazón agitado. Hace tres días me sentía como una anciana. Esta semana tengo una madre, una amiga, el siamés me deja que lo toque y acabo de terminar el sexto capítulo.

A la mañana siguiente la familia de Inma no aparece en el comedor para desayunar. Dicen que no le dé importancia, pero no puedo pensar en otra cosa, me había despertado con muchas ganas de andar con ella por ahí. Aun así, estoy contenta porque tarde o temprano aparecerá y seguiré teniendo derecho a acercarme a ella. El tiempo en la playa se hace largo. Soy impaciente. Lo único que me calma es estar junto a Abelina. Observo sus movimientos, a veces hace algún comentario suave y acertado sobre la revista que está leyendo, o señala con el dedo una imagen para mostrar algún vestido bonito. Me mantiene anestesiada hasta la hora de comer. Nunca soy capaz de recordar qué relación tiene Abelina con mi familia y soy consciente de haberlo preguntado tantas veces que me da apuro haberlo vuelto a olvidar. Supongo que será otra de las amigas del Hogar del Pensionista que tanto transita mi abuela. Cuando era pequeña la acompañé un montón de veces a aquella especie de club de vejestorios picantes, aunque la mayoría de las señoras preferían no mezclarse ya con hombres y solo querían tomar café y anís y bailar entre ellas. En aquella época también le conocí un novio a mi abuela, otro Paco. Venía mucho por casa y se sentaba en el sofá. Estaba moreno y tenía el pelo blanco. Era simpático conmigo, pero yo sabía que prefería que me quitara pronto de en medio. Si ponían algo bonito en la tele ignoraba su presión; si no, me retiraba a la habitación o al patio. Sus visitas fueron en aumento y luego en

descenso hasta que dejó de venir. Una noche pregunté qué había sido de Paco. Mi abuela contó que él había querido que se acostaran y a ella no le había interesado. Tan sencillo como eso. Como él quería más y no lo iba a recibir, la cosa se apagó. Aquel día imaginé ancianos follando y me dio pena entender las dos posturas, la de querer y la de no querer.

Inma ocupa una mesa en el comedor con sus padres y hermanos. Levanta el brazo derecho para saludarme y veo que está escayolado. Todos los miembros de la familia empiezan a relatar la historia a la vez. Esta mañana, jugando con el hermano pequeño en la cama, porque le gusta ser muy bestia con él, ha pegado una voltereta y se ha hecho un esguince al chocar contra la pared. Ocurrió hace apenas unas horas y ya tiene el yeso cubierto de dibujos, firmas y saludos. Qué divertida debe de ser su vida.

—¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Te vas a poder bañar?

—No sé, no mucho.

—Qué bien te queda la escayola.

—¿Que me queda bien cómo?

Pienso que le queda bien en el sentido estético, que la veo favorecida, que me parece un complemento interesante, pero entiendo que este punto de vista no va a ser bien recibido y le digo que es por los dibujos que le han hecho, que también es verdad.

—¿Te quieres venir conmigo a la piscina? En la piscina me podré bañar mejor.

—Claro. ¿Estás un poco triste?

—Bueno, me da coraje, pero no pasa nada. Mañana vamos a celebrar mi cumpleaños en el bar que te enseñé. Te invito.

—¿En serio? ¿Mañana es tu cumple?

—Sí.

—¿Cumple once años ya?

—Sí.

Esta diferencia de edad me da vértigo y me hace sentir orgullosa al mismo tiempo. Pero no puedo dejar de dar el masaje de la tarde. Nos separamos. Domingo se va a la piscina con las viejas y la familia de Inma. Mi madre y yo nos vamos a la cama. Al entrar en la habitación busco una referencia temporal y decido que no la abandonaré hasta que la sombra del patio haya alcanzado la sexta loseta empezando por la pared soleada, y solo si para entonces ella está dormida. Este acuerdo mental incluye la cláusula de que si se duerme antes de que la sombra alcance la sexta loseta mantendré el tratamiento hasta que el tiempo se agote. En realidad, es la opción que prefiero, todo resulta más fácil cuando está inconsciente. Gime y se desahoga hasta que empieza a roncar.

Inma está esperando en la piscina, pero parece apagada, supongo que le cuesta pasarlo bien sin darle al cuerpo rienda suelta. Se aburre pronto hablando y jugando a cosas mansas. Me siento culpable por no poder ofrecerle nada más hasta que de repente llega una idea tan obvia que me da rabia no haberla tenido antes.

—¿A ti todavía te gusta jugar a las muñecas? —lo pregunto con la humildad que le deben mis nueve años a sus inminentes once.

—Sí, algunas veces. Depende de qué muñecas.

—Son Chabeles.

—¿No tienes Barbies?

—No.

—Prefiero las Barbies, pero la verdad es que me da igual con tal de que no sean Nenucos.

—A mí tampoco me gustan ya los Nenucos.

—Entonces vale.

Ojalá cuando sea mayor resulte tan fácil ponerse de acuerdo con alguien para follar. Con esta información Inma me ha dejado claro que necesita juegos voluptuosos para no aburrirse. Está a punto de agotar el chicle de la infancia para entrar en la pubertad. La entiendo bien, puedo sentir esos cambios de registro a la vuelta de la esquina, el acecho de la burbuja de fantasía explotando, salpicándote los ojos con jabón. Lo que me da rabia es que ella hable con cierto desprecio del pasado, como si se le hubiera olvidado que también era persona hace dos veranos. Me molesta lo rápido que la gente aplasta a los que ayer eran sus semejantes cuando sube de nivel. Es una actitud vengativa, pero se ejerce la venganza contra unos novatos que no tienen culpa de nada. Se les llena de un odio injusto que queda acumulado y se acaba pagando contra otros novatos. Lo peor es que yo también lo habré hecho y ni siquiera me acuerdo. No soy capaz de elegir qué recordar por mucho que lo intente, por mucho que trate de atrapar todos los datos sobre mi propia conciencia y sobre el entorno. Por no hablar de la cantidad de contenido que se me escapa a base de esforzarme en recopilar tanta información.

El paseo hasta el chalet donde descansan mis muñecas lleva cierta tensión sexual. Suelo decir chalet porque me resulta más cercano, pero esto son bungalós e Inma no está dispuesta a seguir permitiendo que siga usando la palabra equivocada. He tenido que mirar cómo se escribe en uno de los folletos de recepción. Tenía mis dudas entre *bungalou* y *bungalot*. Apostaba más por *bungalot*, guardaba cierta relación con la t de chalet. Ya hemos llegado.

—¿Dónde quieres que nos pongamos? —le pregunto.

—¿Hay alguien? —pregunta entrando con la escayola apretada contra el pecho.

—Mi madre durmiendo.

—Creo que vamos a estar mejor en el patio. Tráetelo todo aquí fuera.

Cargo con el pequeño alijo en los brazos sin hacer ruido. Estoy a punto de pegarme un lote mental con esta niña. No sé de qué tipo será. Me saca un año y medio, tiene dos hermanos, es de Barbie, lleva un brazo escayolado y rechaza rotundamente los Nenucos. Estas señales salvajes no defraudan. Elige a la rubia. Agarra con la otra mano al chico y sin más dilación pasa a refregarles las cabezas. No le importan los argumentos ni la ropa, lo único que le interesa es aplastar un plástico contra otro. No había visto jugar con esta violencia ni a los niños de la guardería. Parece casi un poco enfadada y el yeso no le impide ejercer una fuerza innecesaria por gusto. Las muñecas no hablan ni se visten ni van a ninguna parte. Si trato de recomponer alguna, me bombardea. La escayola no supone ningún freno. Las está violando.

—Oye, Inma, espérate.

—Qué.

—Que me las estás despeinando mucho.

—Pero si están mejor despeinadas.

—No, no creo que estén mejor despeinadas.

—Cómo que no.

—Que te estoy diciendo que no.

—Me voy ya, ¡el sábado mi cumple a las seis en el bar! ¡Adiós!

—Vale, ¡adiós!

Se va corriendo como una leona joven y dorada, incapaz de controlar su propia energía. Los niños nos comunicamos a veces de las formas más inesperadas. Esta extraña despedida no me molesta en absoluto. Ha sido práctica y oportuna dentro de lo que cabe. Sentada en el suelo caliente, peino a las muñecas y les pongo sombreros, el mejor remedio para un flequillo maltratado. Mi madre aparece en bañador en la puerta del bungalow.

—Hola, Marina.

—Hola, mamá.

—¿Ha venido Inma a jugar contigo?

—Sí.

—¿Y cómo ha ido?

—Bueno.

—¿Bueno qué es?

—Que bueno, que regular.

—¿Por qué?

—Porque me ha tratado fatal las muñecas.

—Qué poquito te gusta eso a ti, ¿eh? —se ríe de mí. Recién despertada suele gastar un encanto impertinente contra el que es difícil rebelarse.

—No, mamá, eso no me gusta a mí nada.

—Ni *mijita*, ¿eh?

—Ni *mijita*.

—Jesús bendito, cómo habré tenido una niña tan repipi.

—Pues esto es lo que hay.

—No pasa nada, hija, está muy bien que cuides tus cosas, lo que no entiendo es cómo luego eres tan desastre por otro lado.

—Déjame ya.

—¿Y a su cumple vas a querer ir?

—Creo que solo me dice que vaya para que haga bulto.

—¿Y eso qué significa?

—Bueno, vale, quiero ir.

No ha sido un desencuentro importante pero no puedo evitar sentirme algo chafada y melancólica. Traigo el libro de la piedra pirata y coloco a las muñecas con los sombreros encasquetados junto a mí en el suelo. Esta realidad está llena de giros bruscos de mal gusto. Me marcho a la otra, en la que cada noche echo raíces más profundas, y encuentro alivio inmediato. No me despego del libro ni para ir a cenar en el patio el pescado que mi abuela acaba de freír.

Es sábado. Hace poco que llegué al bar. Donde yo esperaba una pandilla de unos diez o doce amigables púberes hay como cuarenta personas entre hombres grandes y brutos, adolescentes grandes y brutos y madres con bebés llorando encima. He venido sola en condición de fantasma. Casi nadie me conoce, nadie me habla, nadie me ve, pero mi alma está atrapada aquí hasta que la ceremonia termine. Me siento en esta silla, me apoyo en esta esquina, pido un refresco, me lo tomo en esta otra silla, lo termino en la misma esquina de antes. Nos sentamos alrededor de una gran

mesa contra los ventanales. Preside Inma y la gente le canta en su lugar favorito. Yo también canto agitando un globo en la mano. Su familia se vuelve de color miel con la luz del atardecer sobre el mar mientras un atronador cumpleaños feliz hace vibrar las cristaleras. Su padre saca una cámara enorme para retratarla soplando las velas y yo le sonrío a la lente, posando como una estatua para no fastidiar la foto. Inma sopla levantando la escayola en el aire como una heroína. Entonces me doy cuenta de que es una cámara de vídeo y de que cuando lo vean en casa se darán cuenta de que parezco retrasada. Nunca había visto una cámara de vídeo en mi vida, ¿cómo iba a saber reconocerla? En cualquier caso, me alegro de haber venido aunque esté deseando que acabe. Me dan curiosidad las familias normales, la forma en que son capaces de mezclarse y de comportarse en confianza, con alta frecuencia y poca profundidad. ¿Son siempre tan frívolos o es que hoy es un día particularmente alegre? Creo que tanta satisfacción concentrada no debe ser muy frecuente, que esta gente recordará el día con una tierna melancolía. Están de vacaciones en un sitio que les gusta, uno de sus cachorros se recupera con éxito de una lesión, la brisa refresca, el cielo está precioso. No me quejo de formar parte de este recuerdo. Estoy tranquila. He venido con el masaje dado y un intenso bronceado que me hace parecer sana y fiable, aunque no haya tocado mi trozo de tarta. Preferiría morir ahogada a meterme en la boca una cucharada de natillas. Seguro que lo entienden cuando vean el vídeo. Los fantasmas retrasados no comen natillas.

Como no las tenía todas conmigo a la hora de asistir a la fiesta, dejé dicho en el bungalow que alguien viniera a buscarme sobre las ocho por si acaso. A veces los otros padres no te dejan marchar a menos que un responsable oficial te recoja. Hoy no era el caso. Sacaron la tarta a las siete y llevo media hora esperando en los alrededores, mirando cómo el sol se esconde bajo el mar. Reconozco a Domingo acercándose. Es el característico andar de sus caminatas de fuego.

—¿Qué tal, socia?

—Bien, pero mucho ruido y un poco de agobio porque no me gustaba la tarta.

—¿Era repugnante?

—Sí, bastante repugnante.

—¿En qué sentido?

—En el sentido viscoso de lo repugnante.

—Me hago cargo.

—Me estás volviendo loca, cuanto más hablo contigo más rara piensa que soy la gente.

—Qué le vamos a hacer, es que la gente también tiene muy poco aguante.

—Ya, eso es verdad. ¿Y a vosotros cómo os ha ido?

—Bien, sin novedad, el único altibajo ha sido que tu abuela me ha echado la bronca por cogerle un libro de la mesita de noche.

—Ya, normal.

—Joder, normal tampoco, ya se podía estirar más la vieja.

—Pero si se estira, lo que pasa es que luego le destrozas los libros o se los pierdes.

Domingo se ríe.

—Sí, algo de razón tiene.

—No entiendo por qué la haces tanto rabiar, si a ella le gusta prestártelos, solo quiere que los cuides y se los devuelvas.

—No sé, creo que nos da vidilla a los dos.

—¿Vidilla?

—Sí, ¿no? Tiene gracia escucharla enfadarse, seguro que es bueno para su salud, revitalizante.

—Anda ya. Si ni siquiera te gustan sus libros.

—Casi todos son una auténtica basura, eso es lo que los hace tan atractivos.

—Te ríes leyendo, ¿no?

—Muchísimo.

—Normal que se enfade.

—Pero tú algo me entiendes, ¿no?

—Sí, y a ella también la entiendo.

—Pues nada, haya paz.

Volvemos caminando a ritmo marcial. Le digo a la gente que Domingo es como mi padre, que no me falta de nada, pero no es verdad. Es por hacerme la fuerte, para que mi familia no parezca extraña, para que dé la sensación de que mi madre ha tenido éxito, de que todo está en orden. Aun así, soy consciente de que Domingo, aunque no sea en absoluto como un padre para mí, es mejor que la mayoría de padres que veo por ahí, empezando por el mío. ¿Tal vez si hubiera pasado más tiempo con mi padre y nos conociéramos hubiera sido distinto? ¿Tal vez a los demás les compensa que sus padres no sean del todo perfectos con tal de sentir que pertenecen a un núcleo, a un regazo de confianza? Domingo y yo somos ya todo lo cercanos que podíamos ser, ambos nos hemos esforzado por ser amigos de alguna forma, pero algo nos divide, hay un tope. Aunque jugamos en el mismo equipo, competimos por la atención de la entrenadora, que es mi madre. Noto que a él le gustaría vivir solo con ella, que yo soy un inconveniente interesante que venía con la mujer que le gustó, y viceversa. Soy ingenua al pensar que en otros hogares esto no puede pasar, lo he visto con mis propios ojos. Progenitores que se odian, que se fujan, distancias abismales entre padres e hijos, castigos, exigencias absurdas, incomprensión total. Pero cuando una fantasea lo hace con la mejor posibilidad, de eso van las fantasías. Ver familias en las películas me pone triste, sobre todo en lo referente a padres, hermanos y abuelos. Es algo que nunca tendré y me resulta difícil de aceptar, vivo con esa frustración atragantada. Supongo que todo el mundo tiene cosas que asimilar a lo largo de la vida. En muchas casas por ejemplo no dejan entrar animales, y si entran a veces no se pueden subir al sofá ni a la cama ni les puedes dar besos y si rompen algo les pegan una paliza. Habrá niños que vean en la tele escenas tiernas con perros y se pudran de envidia, cosa que a mí no me pasa. Cuando yo veo padres, hermanos o abuelos, pero sobre todo padres, un gran vacío se me abre de repente en el estómago, como un precipicio de hambre que no se puede aplacar por muchos helados que te comas. También me pasa a menor escala con la nieve. Ver una cena navideña en la tele, la familia abrigada, las luces, los muñecos con zanahoria por nariz, oh, parece perfecto, y a veces será bonito, pero Domingo tiene razón en que no hay que embelesarse tanto con esas películas, que solo nos venden sueños baratos. La nieve tiene su gracia, me dice Domingo, pero al rato te das cuenta de que está fría y sucia y de que te corta las manos. Yo nunca me he sentado en las rodillas de un padre como nunca he tocado la nieve, pero sé que la gente del norte fantasea con el verano sureño como si fuera un oasis de palmeras y alegría cuando para mí acaba siendo poco más que una charca seca en la que las pobres ranas se mueren de sed.

Cuando llegamos, Abelina hace su maleta sobre la cama. No quiero que nos separemos. Me acerco y se lo digo, depositando toda la tensión de la tarde sobre la vaporosa tela de su vestido. Ella emite un quejido cantarín y me aprieta la cara contra su barriga. Mi abuela está en el baño hablando a gritos sobre el siamés tan gracioso que ronda la casa. Reconozco el olor del producto

que se está aplicando y el sonido de sus manos deslizándose en las zonas necesitadas, incidiendo bajo las tetas, los sobacos y las ingles. Yo traigo el peto de Minnie y el pelo suelto. Mi madre está recién duchada y lleva un vestido blanco. Me coge de la mano y nos volvemos a ir.

—Seguro que no te ha gustado la tarta y estás muerta de hambre.

—Sí.

—Vamos a comernos un helado, anda.

—Vale.

En el bolso lleva la cámara de fotos y propone ir después a los columpios, que suelen estar poco transitados. Lo celebro, hasta ahora solo me había hecho fotos la abuela y cada una muestra a una niña distinta. La que ve mi madre es mucho más recomendable. Me vendrá muy bien esta sesión si se acaba muriendo para recordar quién era yo. Poso para ella sonriendo con la paleta rota y la boca manchada de chocolate, dentro de la casita de madera, montada en el columpio, encima de un tobogán. Mi sonrisa tiene algo de sórdido, de cómico y patético. El año pasado se me rompió la paleta izquierda jugando a pollito inglés en el salón de Tamara, la vecina de abajo. Vi que le iba a ganar al hermano pequeño, menudo triunfo, y no supe manejar el éxito. Cuando Tamara, que se estaba encargando de contar hasta tres, plana y mansa como cualquier otro mamífero cansado ya de la vida, se dio la vuelta por última vez, me abalancé hacia delante con tal ímpetu que resbalé y vi el suelo venir. El pedazo se partió en dos trozos distintos que rebotaron contra las losetas varias veces, cubiertos de sangre. El hermano de Tamara los recogió y corrimos al baño para examinar el estropicio frente al espejo. Es extraño que sangre un diente, ninguno de los tres entendía bien el percal. Me encogí de hombros resignada y me acompañaron a la puerta. Antes de salir, Alberto me tendió el par de pedacitos limpios en la mano.

—Toma, tengo los trozos, por si te los pueden pegar.

—Gracias, Alberto.

Los abuelos de Tamara y Alberto ni siquiera se enteraron del accidente. Subí la escalera despacio hasta el tercero. Era un sábado por la mañana y mi madre abrió la puerta. En cuanto me vio se tragó un suspiro.

—Pero Marina, hija mía, ¿cómo te puedes haber vuelto a partir la boca?

—Yo qué sé, mamá, me he emocionado jugando al pollito inglés.

—¿Pero qué ha pasado, por qué no pones las manitas?

—¡Que no lo sé, que no me sale!

—A ver, enséñamelo.

Abrí al máximo las mandíbulas y miré al techo.

—Jesús, ¿te sigue doliendo?

—Un poco.

—Voy a llamar al dentista.

Poner las manos antes de caer para salvarme la cara nunca fue mi fuerte. Me sentí especialmente desgraciada ese día en que me partí un diente porque la boca es una cosa que no gusta ver rota y para mí ya iban dos sustos. Me había jodido los dientes de leche y ahora me acababa de romper uno de los definitivos más importantes. La primera vez tenía cinco años, eran las nueve y cuarto de la mañana y llegaba tarde al colegio. Ya no quedaba ningún niño en el patio y yo corría que me las pelaba hacia mi clase. A la espalda llevaba una mochila, en la mano izquierda un donut de chocolate y en la derecha un dibujo que quería enseñarle a mi maestra. Para

llegar hasta mi clase había que subir dos escalones, solo dos, lo justo para que tropezara en el primero y me abriera las encías contra el cemento afilado del segundo. Recuerdo calibrar cosas durante la caída, recuerdo mis manos en el aire, decidir no espachurrar el desayuno incluso a sabiendas de que esa marca de donuts tenía sabor a plastilina, no estropear la obra de arte, sacrificar mi carita en su lugar, en gran medida por considerar que nada valía menos en este mundo que mi cara. En secreto, una minúscula pero poderosa porción de pensamiento se inclinaba hacia la curiosidad de no intervenir en el transcurso de las circunstancias y aceptarlas con pasividad. Me empujaba hacia la herida, hacia el sufrimiento, y no solo me basaba en un interés malsano, había un gran ansia de conocimiento, de experiencia. Ocurrió muy rápido. No había espejo, solo mucha sangre y la conciencia de un dolor que llegaba poco a poco y se expandía sin cesar. El miedo a que el dolor no dejara de crecer me asustó y me puse de pie con mis objetos preciados manchados de sangre. Todavía en el patio, sola, caminé con entereza chorreando rojo hacia la clase. Atravesé el pasillo, abrí la puerta y entré sin decir nada. Traté de hablar, pero la boca no funcionaba. Los niños se levantaron y se acercaron a mí con los ojos desencajados, extendiendo los brazos como ante un espectro inofensivo. La maestra entró en pánico y me condujo hasta el grifo que teníamos en clase para lavarnos las manos y hacer manualidades, repitiendo una y otra vez que no me tragara la sangre, que la escupiera, tratando de alejar a los pequeños compañeros de la escena. Llamaron a mi madre por teléfono al trabajo y me dejaron escupiendo sangre sin parar mientras la clase daba comienzo en máxima tensión, con todos los niños pendientes de mi espalda encorvada sobre el grifo, escondiendo el calvario, y la voz de la maestra temblando como un flan. Cuando mi madre apareció cuarenta minutos después y me vio puso el grito en el cielo y me sacó del colegio maldiciendo a todos los responsables por no haber llamado a una ambulancia. Me pregunto qué aspecto tendría en aquel momento, nadie me permitió comprobarlo. Los médicos tampoco. Solo me empecé a hacer a la idea cuando me enseñaron unas radiografías en el hospital. El personal trató el asunto de la mejor manera y se rieron de que la encía superior rajada dejara ver dos hileras de dientes, los de leche colgando y los definitivos asomando a través de la carne abierta. Dijeron que parecía un tiburón y a mí se me pasó el miedo porque si me mostraba valiente ellos parecían orgullosos de mí. Nada me hace sentir mejor que eso. Me gustan los médicos, me gustan tanto que cuando me examinan y me curan siento que todo el dolor está compensado por esta atención llena de delicadeza y consuelo. Detesto este mundo lo bastante como para no querer vivir en él, como para que el plan de enfermar y pasar el tiempo que me quede en el entorno frío y duro del hospital, extremadamente desagradable para cualquier niña rota, resulte atractivo. El dolor físico es el único que cuenta, así que cuando me hago daño una parte de mí siempre se alegra porque el mundo me ha herido y a alguien que conoce todos los trucos posibles sobre anatomía le van a pagar por consolarme, por aliviar la desdicha que me corroe. Nunca finjo malestar físico, ni siquiera los domingos por la noche, y trato de mantener oculta la pena para parecer fuerte. La sonrisa se cierra al ritmo de la eternidad y en las fotos siempre se me ve una extraña porción de rosa fucsia surcada de cicatrices tirantes y abultadas. Para resolver lo de la paleta me llevaron al dentista, pero el empaste solo duró unos meses, hasta que mordí una patata frita muy crujiente y se cayó. Como con la ausencia de mi padre, no consigo que este hueco me importe del todo, pero tampoco que me deje de importar.

En los columpios trato de resultar dulce y complaciente, aunque socialmente no esté bien visto satisfacer a una madre así. Da igual, hay poca gente mirando, estamos a punto de marcharnos de

aquí y nos consume a las dos una ansiedad romántica difícil de abordar con palabras. Nos separaremos mañana y no sé bien lo que van a hacerle ni dónde va a estar, pero van a intentar curarla otra vez y no quiere que yo lo vea. No quiere que la vea mala ni que visite hospitales. Ojalá ella entendiera que el hospital no me da ningún miedo, pero esto es como cuando otras madres dicen que sus hijos en la tele no pueden ver ni un beso con lengua. No hay nada que hacer. Lo que pasa es que un beso con lengua lo puedes ver en otras partes, mientras que yo no voy a ir al hospital porque nadie me va a llevar y punto.

El carrete de fotos se termina con el anochecer y salimos a cenar fuera. Pasamos por el bungaló, blando y romo, para recoger al resto de la pandilla, y el sitio me parece más bonito que nunca. Los niños del fútbol han cambiado varias veces, pero son todos igual de malos y sé que me están señalando como la persona más ridícula que han visto jamás. Es lógico, esta mañana me vieron leyendo en la playa, ahora me ven leyendo durante la cena y encima no paro de darle besos a mi madre en la cara. Odiadme más, me afecta lo mismo. Ahora solo tengo dos metas. La primera es acabar el libro antes de volver a Sevilla. La segunda es encontrar el momento correcto mañana para dar el último masaje, que no se vaya con seis en vez de siete. No creo que cambie nada, pero prefiero que sea así. Los niños pasan cerca de la mesa y me dedican miradas de burla y desprecio a espaldas de los mayores. ¿Cuál es vuestro problema, chicos duros? ¿Demasiado tarde para el peto de Minnie Mouse?

De Marbella volvemos no cinco sino seis en coche, mi madre y Domingo delante y nosotras tres detrás, con la inesperada compañía del siamés solitario sobre mi regazo. En un arrebató de última hora mi abuela ha decidido quedárselo. Por el camino paramos en el pueblo en el que mi madre nació. Siempre me hace ilusión venir, pero luego el paisaje no cumple las expectativas. He oído demasiadas historias y he idealizado el escenario hasta el punto de que no queda espacio para la realidad. Aquí vivieron mis abuelos sin váter, aquí criaron a una gata llamada Noni que vivió veinte años y rieron y lloraron. Me gustaría poder venir y que fuera 1950. Los mayores piden un café y unos dulces pastosos. Yo ya sé que no te puedes fiar de los Cola Caos de los bares y suelo pedir zumos. Voy variando los sabores y les he cogido asco tantas veces que ya no me da asco ninguno. Acompañado del Phoskitos este extracto denso y calentorro de melocotón sabe a gloria. Viajar con mi madre al volante es lento y aburrido. De algún modo también agradable. No parece tener nunca prisa. Eso nos desespera. El viaje se frena constantemente. Necesita parar muy a menudo. Para refrescarse, para fumar, para tomarse otro café, para ir al baño, para mirar de cerca los girasoles. Lo paso bastante bien durante el viaje, a menos que los del asiento delantero se pongan a discutir. Entonces las de atrás nos miramos con cara de sentirnos a años luz de esa clase de problemas. Hoy no presenciamos demasiadas rencillas. Frente al hueco entre la zapatería y la frutería, mi madre promete traer pronto más juguetes y buenas noticias sobre su salud. No le he podido dar el último masaje, sacarle los últimos bichos. Tiene la carne tensa y pocas arrugas. Está gastadísima, obsesionada con sacarme adelante. No sé cuándo volveré a verla. La sensación vacacional de ver el coche partir me atropella. Los quince días en Marbella junto a las fieles ancianas no son el verdadero verano. Aquí empiezan el retiro a la sombra, las aventuras calientes, ver el futuro venir desde la guarida. Mi madre considera por experiencia propia que criarse con mi abuela conduce a cierta perdición, y sabe que este es mi vicio, que si ella muriera preferiría quedarme aquí encerrada hasta el fin de los tiempos, por eso prefiere dejarme en manos de cierta disciplina. Abelina ya no está. Lo que más voy a echar de menos de estos quince días es la dulzura sedante de su voz y el crujir de sus vestidos de lunares. Con el libro estoy un poco enfadada. Lo terminé como a las cuatro de la madrugada y toda la satisfacción de la labor cumplida quedó ahogada en una pena inesperada, como si acabara de perder un montón de amigos de golpe, como si hubiera sido abandonada por un gran amor. Ni siquiera me apetece ver la portada. Solo quiero mirar la tele y mojar patatas en huevo sin pensar en nada, pero durante la cena los protagonistas de la película que estamos viendo empiezan a hablar de la muerte. Aún no comprendo del todo que no siempre voy a estar atrapada en esta cárcel llamada infancia, que en algún momento creceré y tendré que afrontar problemas peores. Me siento quisquillosa y plana como una pizarra en blanco, desprecio sin parar la angustia de los personajes y mi abuela frunce el ceño. Parece indignada.

—Oye, niña, menos pitorreo que este asunto es muy serio.

—¿Qué asunto, el de la muerte?

—El de la muerte, claro.

—Todo el mundo se tiene que morir, ¿no?

—¿Y si es todo el mundo ya da igual?

—No sé.

—Es que con nueve años se cree una que no se va a tener que morir nunca.

—Pero abuela, yo pensaba que a ti no te daba miedo morirte.

—Una cosa es que me lo quiera pasar bien y otra que me dé igual, ¿sabes, lista? Eso no le da igual ni a los que se suicidan. Y a la gente de alrededor, ¿qué?

Me quedo callada. No esperaba un rapapolvo, aunque no me sorprende. Nadie está libre de este terror. Un día comprenderé la problemática vital en toda su dimensión. Lo más natural será que a esta mujer tarde o temprano la vea muerta. Ella lo sabe. Es muy fácil asumir desde mi posición que todos los mayores que conozco tendrán que morir. Pero qué pasa con los niños recién nacidos que había en el cumpleaños de Inma. A esos les tocará en principio ver morir a los míos, a mis compañeros de colegio, viejos y agotados, esparcidos por el mundo. Habrá más bebés naciendo tras los de ayer, año tras año. Con algunos solo coincidiré unos meses. Conocerán una porción de futuro para la que ni siquiera estoy preparada. ¿Llegaré a ser abuela yo? ¿Me verá alguien morir? No soy capaz de imaginarme criando niños y permitiendo que me vean agonizar. ¿Quién dice que morir en soledad no es mejor? ¿Cuánta gente forma una familia como seguro de vida? ¿Por qué todo el mundo está obsesionado con no morir solo? En la tele no paran de hablar del golfo Pérsico y aunque no entiendo bien la situación por más que traten de explicármela, no puedo evitar pensar en las películas de guerra que he visto, en la bomba atómica, en el tren del terror que me arrolla y trae el sabor de todos los posibles desgarros a los que me enfrente en caso de una invasión bárbara. Formar parte de la última hornada de niños no implica ninguna inmunidad, aunque nuestra vida está siendo tan tranquila en cuanto a sufrimiento físico que se nos considera la mayor esperanza de la humanidad, como si no haber pasado hambre y haber ido al colegio obligados nos fuera a convertir en superhéroes. Ese adiestramiento barato no supone ningún privilegio, todos los niños lo odiamos, no te salva que se te dé bien ni que se te dé mal, es la misma mierda. Tratamos de llevarlo con humor porque no nos queda otra, y entendemos cuáles son los beneficios, pero en serio, no es la manera correcta. Sentimos que nos están robando ese tiempo tan valioso, que nos está colonizando el cerebro una panda de mediocres. Por eso albergo tanta afinidad hacia los niños rebeldes, aunque a veces la tomen conmigo. Los comprendo en el fondo, estoy de su lado. Que saque las mejores notas de la clase solo significa que soy la más intoxicada, la que más ganas tiene de prenderle fuego al edificio. Cuesta resistirse porque nos arrancan las cosas buenas que teníamos y rellenan los huecos de basura inservible. Nos anulan las defensas. Tengo miedo de quedarme sin espacio. Casi nunca nos enseñan cosas útiles, que nos ayuden a resolver la vida, a comprendernos, a tratarnos. En este sentido se limitan a intervenir cuando hay una pelea para preguntar quién ha empezado. Yo también me quiero ir del sistema, solo estoy disimulando porque sé que al otro lado no hay casi nada. Mi madre ha estado ahí y ha vuelto para contarme lo duro que es, la forma en que te abandonan, te persiguen y te castigan. Ya me doy cuenta de que los profesores a veces dicen tonterías, que no saben tanto, aunque su intención sea buena y nos traten con cariño y esmero. La información a menudo es arbitraria y

confusa, nada fiable. Hago todo lo que ellos piden porque creo que la única forma exitosa de escapar es desde dentro. No parecen muy preparados y es fácil seguir las instrucciones, aprender a complacer sus manías. Obedezco, pero no olvido lo que sabía antes. Cuando me empiece a quedar sin espacio me veré en problemas.

La película se pone cada vez más espesita y tampoco hace falta, así que cambiamos de canal. Empieza un programa de debate, de esos en los que hay dos bandos marcados y echan el rato diciendo cosas, discutiendo. Pero hoy hablan de amor y eso siempre está entretenido. Mi abuela y yo también levantamos la voz y opinamos, como si estuviéramos sentadas a la mesa, dos tertulianas más.

—¡Eso no es así, no se puede ser tan mierda! —grita ella. Unas veces estamos de acuerdo, otras no. Somos firmes, pero siempre nos escuchamos y es posible que hasta cambiemos de opinión. A raíz de asuntos como la pasión, los cuernos y las artes amatorias el debate empieza a llenarse de contenido sexual. Estando con ella no importa nada, vivimos tan distanciadas del mundo de la carne que eso nos hace inmunes.

—Abuela, ¿tú crees que eras buena amante? —pregunto tras reflexionar unos instantes.

—Hija mía, yo qué sé, eso una no lo sabe, lo tendrían que decir los que se han acostado conmigo.

—Ya, pero a ellos no se lo puedo preguntar.

—Verdad, hija, qué lástima. Le hubiera gustado a tu abuelo conocerte.

—¿Sí, tú crees?

—Claro que sí, niña, con el talento que tú tienes.

—¿Pero por qué?

—Bueno, porque se hubiera puesto contento de ver que eres tan espabilada y tan buena chiquilla, pero tienes también esa cosa que él tenía.

—¿El qué?

—No sé cómo decirte, que piensas mucho. No como él, que tenía tanto tormento, de otra manera, tú tienes una chispa de listura que no creo que él tuviera nunca, un darte cuenta de las cosas. Y en las manos me recuerdas a él en algo y no sé muy bien qué es.

—¿En las manos?

—Sí, así finas y bonitas, en cómo las mueves cuando estás nerviosa, creo que se van a parecer cuando seas mayor, pero no me hagas mucho caso.

—¿Y pensaba mucho?

—Sí, a saber, igual por lo malo que estaba de la cabeza el pobre. Se le fue notando en la cara. Siempre fue guapo, pero cuando tenía veinte años se le veía un muchacho mono, sereno, y luego se le fue notando lo otro, lo oscuro.

—Ya.

—Pobre tico tu abuelo, hija mía, lo malo que estaba y lo que pasamos todos por él. Ahora son otros tiempos, ¿sabes? Me imagino que de haber tenido él hoy veinte o treinta años habría sido la cosa diferente. Ya ves tú en los cuarenta y los cincuenta lo que se sabía de la cabeza. No se sabía nada.

—Ahora se saben muchas cosas, ¿no?

—Claro, hija, y más que se van a saber. Curar la cabeza entonces era un misterio, no se sabía nada. Estaban los que te mandaban al cura para que te quitara al demonio de dentro y los que te

mandaban al manicomio a que te dieran el *electrochó* y su puñetera madre.

—¿*Electrochó* qué es?

—Una cosa muy mala que te hacían si estabas malo de la cabeza entonces. Una perrería que te dejaba peor de lo que estabas. Qué pena, niña, pero tú tranquila que eso ya casi no se hace y si se hace es de otra manera mejor. Además, que eso es muy raro que te pase.

—Bueno.

—Angelito, con los médicos que hay ahora seguramente habría sido otra cosa. Estaba muy malo y acabó muy malamente pero no era malo, es que estaba hecho un lío, ¿sabes lo que te digo?

—Sí.

—Me decía que cantaba como Joselito, que parecía un jilguero, y un día que éramos los dos muy jovencillos, cuando íbamos a cumplir el primer año de casados, me estaba yo haciendo un vestido de gitana para la feria del pueblo. Muy bonito el vestido porque yo todo lo he hecho siempre bonito, eso está claro, pero con el cuello a la caja, así muy cerrado, y color café. Tú sabes que a mí siempre me han gustado los colores vivos, pero estaba entonces muy modosita y pensé que siendo ya mujer casada lo decente era ir discreta.

—¿Por qué?

—Pues porque era muy inocente y estaba atontada, no quería que fueran a hablar mal de mí por lo que fuera. Y un día llega tu abuelo y me ve cosiendo ese vestido tan soso y me mira así y me dice: «Marina, ¿y ese vestido de gitana para quién es?», «para mí», le contesto yo con la boquita de piñón. Y me pregunta: «¿Y cómo es que te ha dado por hacértelo tan sobrio?», y le digo yo, «ay, yo qué sé, hijo, pensaba que estando casada era lo propio».

—¿Y qué te dijo?

—Pues me contestó: «Mira, Marina, si a ti el vestido te gusta así pues bueno, pero si es por lo que diga la gente a ti qué te importa. A ver, dime una cosa, si no nos hubiéramos casado, ¿cómo te lo estarías haciendo?». Y le contesté rápidamente, sin pensarlo siquiera: «¿Yo? *Colorao* y con buen escote».

Todas las abuelas dicen *colorao* en vez de rojo. Me río. A ella le palpita la tripa con flojera.

—Entonces pesaba cincuenta kilos, pero siempre me ha gustado lo mismo.

—Ya, ¿y qué pasó?

—Pues que me hice un vestido *colorao* con lunares blancos y el escote hasta aquí, me lo puse con un mantón verde espera que me prestó mi prima Pepita y poco contentos que íbamos los dos por la feria. ¿Y con la tela color café sabes lo que hice?

—No.

—Pues me hice una falda ceñida a la cadera y tableada por el bajo que me la ponía con una blusa amarilla de flores estando yo morenita y me quedaba la mar de mona.

Miro a la tele sin enfocar la pantalla mientras ella se enciende un cigarro satisfecha por el final de la historia. Trato de asomarme a los años cuarenta para verlos a los dos paseando por la feria cogidos del brazo, mi abuela con la cintura estrecha y los mofletes plenos, el pelo negro rizado a la altura del cuello, habiéndose repuesto a los problemas de la infancia, todavía sin hijos, pero con muchos parientes, encargándose de varios animales. Apenas quedan un par de fotos de aquel tiempo ambiguo. Para ella los recuerdos están en color, pero no los puedo ver por mucho que me lo explique. Cuando ella piensa en esto sabe exactamente cómo era la feria, cómo era el vestido, cómo era mi abuelo antes de ponerse malo de la cabeza. Mi abuela me mira mientras

apaga el cigarro. Está pensando en añadir algo.

—Ahora, te digo una cosa. Cuando me quedé viuda estaba yo bien hermosa. Mira, levántate un momento y tráete el monedero que lo tengo ahí en la mesita al lado del sofá.

Quiere enseñarme una foto que lleva en un compartimento. La he visto muchas veces, pero me levanto y se la doy. Saca la foto, se pone las gafas del cerca para verla mejor y la acaricia.

—Mira, niña, es que es normal que me salieran pretendientes, ¿tú qué dices?

La miro. Tiene el pelo cardado y las cejas pintadas como una villana. Su sonrisa sutil tiene un aire complacido y pícaro, un poco como la Mona Lisa. Ahora es cuando me habla de Manuel, su segundo marido.

—Por esta época fue cuando conocí a Manuel, que estuvo loco conmigo nada más verme en una parada de autobús, que iba yo a coser a una casa y nos pusimos a hablar por echar el rato. Y llegó un momento en que me dijo: «Marina, mire usted, yo estoy pensando una cosa, que aquí estamos los dos viudos y le digo la verdad, que a mí no me gusta estar solo». Cuando me dijo eso ya lo vi venir, fijate lo pronto que era, que me hablaba todavía de usted, pero como había salido ya el tema de que era muy triste estar viudos, pues no quiso esperar más.

—Ya, es muy loco.

—Pues me dice: «Que estando solo la vida no tiene chiste, lo que me gustaría sería pasar lo que me queda con una mujer graciosa como usted. A mí lo que más me gusta es coger el coche para ir al campo y tengo cinco perros, ¿a usted qué le parece?».»

—Te conquistó con lo de los cinco perros.

—Era muy sencillo y un poco bruto, pero cuando me propuso lo del campo con los perros y viendo que bebía los vientos por mí pensé que me hacía gracia el plan. Allí mismo me dijo que si iba bien la cosa podíamos ver si nos casábamos y todo, y yo le dije que me parecía bien. ¿Y sabes lo que te digo?

—¿Qué?

—Que haber conocido dos maridos es mejor que haber conocido uno. A los dos los llevo aquí siempre conmigo.

Me señala el dedo anular de la mano derecha, donde lleva dos anillos de oro casi iguales, uno por cada marido, y les estampa un beso a los dos a la vez. Se quita las gafas del cerca y vuelve a mirarme a mí.

—Pero bueno, niña, el caso es que yo buena amante no sé si fui, pero quejas tampoco tuve por parte de ninguno.

—Pero porque tampoco hablabais nunca de eso, ¿no?

—No mucho que yo recuerde, pero bueno, siempre lo hice con ganas, ¿sabes lo que te digo?

—Sí, sí.

—Aunque ya se me han pasado, ahora a esta edad solo tengo ganas de estar a lo mío.

De repente, tiene un momento de clarividencia, da una palmada en el aire y exclama:

—¡Ya sé cómo le vamos a poner al gato!

—¿Cómo?

—¡Felipe!

Seguro que es porque al hablar de follar ha pensado en Felipe González. Para el señor presidente nunca se está demasiado vieja.

He pasado muy mala noche imaginando lo que podría hacer con un colegio entero una pandilla de golfos pérsicos, delirando entre la radio puesta y el calor sofocante, apretada contra el gato. Procuero centrarme en la emoción de reunirnos con Canica, que lleva más de quince días en otro sitio sin tener ni idea de lo que está pasando. Estamos en la sala de espera de la Protectora de Animales, que ofrece servicio de residencia para animales y de peluquería. La tienen en un piso superior donde están terminando de pelarla. Después de quince días de secuestro, encima a la pobre la bañan y la rapan. ¿Estará asustada? Sus patas empiezan a sonar histéricas contra el suelo. Mi abuela se ríe porque sabe que la perra está suelta y extasiada de escuchar su voz. Baja entusiasmada las escaleras y se acerca ladrando y saltando, dando vueltas en círculos con el culo y las orejas bajas. Nos da lametones en la cara.

—Ay, *pobretica, pobretica* la Canica, ay, *pobretica* —la consuela mi abuela mientras le acaricia la cabeza. Estar recién rapada le da un aire patético a su alegría. Todavía no la reconozco del todo. Le ponemos la correa y salimos a la calle. No puede creer su suerte. Por el camino compramos churros y dos sacos de pienso, uno para perros y otro para gatos. Solo nos cruzamos con gente mayor. A esta hora ni siquiera han empezado los mejores dibujos, incluso voy a poder ver algunos que me suelo perder. Madrugar en el barrio es muy bonito. Ojalá fuera capaz de hacerlo todos los días de buen humor.

Son más de las tres de la tarde, no tengo muy claro si es jueves o viernes. ¿Igual es lunes? ¿Cómo he podido perder la cuenta tan rápido? La perra y el gato se llevan bien desde el primer momento y se pasan el día durmiendo enroscados. El calor más duro se ha instalado en los hogares y proporciona una atmósfera muy tranquila. Tener prisa es peligroso e incómodo. El reloj avanza despacio. La comida está recién puesta en la mesa, las persianas bajadas, la salita oscura, el ventilador encima de una silla. Lllaman a la puerta. Mi abuela se levanta y abre. Hay una mujer contando una historia larga, no me entero bien con el sonido de la tele. Tiene que haber venido a cobrar la comunidad o el agua o el último libro del Círculo de Lectores. Mi abuela le pide que espere un momento y acude a la cocina. La mujer se adentra en la casa con sigilo. Se mueve sin hacer ruido, flexiona las rodillas y estira un brazo hasta la mesa baja del salón. De repente se da cuenta de que yo estoy aquí sentada y clava sus pupilas en las mías. Esboza una sonrisa llena de sentimiento. ¿Tal vez me conoció siendo un bebé? Eso pasa a menudo. Su conducta es sospechosa. Mientras me mantiene inmovilizada con cierta fuerza que le emana de los ojos y la sonrisa, su brazo, largo y tenso, alcanza un objeto de la mesa. En cuanto cierra la mano su expresión cambia. Ahora tiene prisa. Vuelve hasta la puerta caminando hacia atrás con la espalda encorvada. Me mira dulcemente por última vez y sale a la calle sin decir nada. La veo irse como un rayo a través de la ventana. Mi abuela aparece en el salón con un vaso de agua.

—¿Y la mujer que había aquí?

—No sé, se ha ido.

—¿No ha dicho nada?

—No, ¿quién era?

—No sé, venía pidiendo dinero y me ha dicho que tenía mucho calor y que si ¡ay, el monedero!
¡Se ha llevado el monedero que estaba en la mesa!

Nos miramos aterradas. Ha entrado una ladrona y me ha mirado a la puta cara sin pestañear. Todavía está la puerta abierta. Mi abuela se apresura a cerrarla.

—¿Y cuánto dinero había?

—Nada, solo me da pena por la foto que te enseñé de cuando tenía cincuenta años, de cuando estaba yo tan guapita.

Tras cinco minutos de impacto no parece que quede demasiado que decir y nos ponemos a comer. El tema no vuelve a salir hasta las siete de la tarde, momento en que mi abuela se va con el abanico a la peluquería. Se quiere ver bien para echarse fotos y renovar el carné de identidad. Disfruta teniendo excusas para ir de paseo, resolviendo papeleos. Solo la he visto mostrar pereza ante la idea de hacer la cama o recoger la cocina. Aprovecho el rato para hacer caca y añoro mirar la etiqueta del bote de suavizante que se ha llevado del baño para que no le cobren por los productos. Es el mismo que usaba cuando todavía vivíamos aquí. De hecho, queda un montón, puede que esté yo follando antes de que se gaste. Es una eternidad. Ya no se ven etiquetas así. Le tengo a la vez cariño y manía. Seguro que no folio hasta el milenio que viene. En el 2000 tendré dieciséis años. Los siglos son un asunto importante. Te afecta mucho que te toque uno u otro. Mi vida se va a desarrollar en su mayor parte en el siglo XXI por muy raro que suene. Esto es solo un capítulo intermedio, el último para los viejos de ahora, un prólogo oscuro para los niños que acaban de nacer. Me repiten que el tiempo pasa más despacio al principio de la vida y que luego empieza a correr como loco. ¿Será verdad? ¿Es más largo ser niño que ser viejo? ¿No podría ser al revés? Resultaría más relajado.

Acabo de limpiarme el culo cuando aporrean la ventana del salón. O alguien se quiere meter conmigo sabiendo que estoy sola o es Lucía. Es Lucía. Por fin Lucía.

—¡Corre, entra!

—¡No, Marina, salte tú! —Se esfuma riendo sin esperar mi respuesta, seguida de un rastro de niños de varias edades. ¿De qué dependerá ser popular?

Mientras me pongo el peto de Minnie y salgo por la puerta, me pregunto con qué refinada excentricidad nos deleitará hoy. Con ella nunca sabes lo que va a pasar. La placita está muy viva, llena de madres con sus camadas. Todos parecen libres y animados, así que supongo que es viernes. Lucía está de pie en medio de un corro cantando una canción. Tiene once años y se lleva poniendo ese pichi azul desde los seis. Está alta y delgada y le queda la falda más corta que nunca. Tiene la piel muy morena y los labios bastante rojos.

—¿Te has pintado los labios? —pregunto, y todos se ríen de mí.

—¡Otra! —exclama Lucía con pereza.

—¿Qué pasa?

—Que mi madre me ha dado un beso en la boca y me está preguntando todo el mundo lo mismo.

Su aire de diva es tan convincente que nadie se atreve a llevarle la contraria, a cortar su fascinante flujo. Acepto la información con humildad y trato de ponerme al día. Mis habilidades sociales no están en su mejor momento precisamente. Su madre le ha dado un beso en la boca. A mí todavía no me han dado un beso en la boca. Nadie. Creo que no soy la única que se siente así en este corro. Sus historias tienen tintes perversos y la suciedad va en aumento. Si se queda un buen rato a veces tengo suerte y acabamos solas en un portal. Cuando llega todos le hacen fiestas, pero luego sus propuestas se van retorciendo y empieza a haber bajas. A veces ha sido demasiado para mí y yo también he huido de su tensa intimidad. Siempre volvemos y ella lo sabe. La hacemos sentir una especie de hechicera del placer.

—¿Quieres que te enseñe las bragas, Marina?

—¿Qué? ¡No sé, vale! —contesto.

—¡Que no lleva bragas! —gritan doblándose de risa otra vez. Lucía se cae de culo de la gracia que le hace y me lo explica desde el suelo.

—Es que hoy no tenía bragas limpias y me he puesto un bodi de mi madre.

Lo enseña abriéndose los botones de la camisa. Es azul marino, de encaje. Le hace juego con el pichi. Nunca sabes si lo que está contando es verdad o si son fantasías para satisfacer a su público. Admiro su estilo, pero a menudo hace sentir mal a los demás. Cuando éramos pequeñas pensaba que tal vez nos pareceríamos al crecer. No ha sido así. A estas alturas me trata como a un bebé la mayor parte del tiempo. Prefiero mil veces los modales de Natalia. Las dos están lejos ya. Pero si Lucía se viene arriba puede llegar a montar un conejo de la suerte épico, y aunque luego me achante no quiero perderme cómo surge. El problema es que la intimidad con ella es cálida e imaginativa, pero cuando tiene mucha atención se emborracha de fama y se vuelve insoportable. No nos veíamos desde noviembre y su capacidad para decir mentiras se está descontrolando. Nos refriega la infancia cuando ella solo tiene once años. Me gustaría contar con alguien de confianza a quien ver a menudo para hablar con tranquilidad. Los encuentros se me hacen dispersos y atropellados.

Ahora está sentada en un banco soltando trolas no sé con qué fin. Los niños más pequeños la miran con la boca abierta. Dice que los extraterrestres le concedieron poderes, que ella no nació en este planeta, que es superdotada, que no es capaz de sentir frío ni calor. Tal vez algunas cosas sean ciertas. De lo que no hay duda es de que ya lleva auestas algunas experiencias carnales, no creo que verdaderamente relevantes en términos de virginidad, pero sí muy muy guarras, más que follar normal. Qué sentido tiene la virginidad, en cualquier caso, es solo un fetiche barato. He tenido pocas ocasiones de probarme a mí misma en ese terreno, pero siempre he fallado. Me moría de ganas de seguir, pero algo me frenaba y me obligaba a negarme, una timidez paralizante incapaz de expresarse a sí misma. Cuando alguien se saca la colita no puedo evitar echarme a reír, el resto de sentimientos quedan capados. ¿Están censurados? ¿Alguien me ha programado para reaccionar así? ¿O es que mi ritmo no ha sido compatible con el de los compañeros de juego que se me han ofrecido? ¿Funcionaría mi cuerpo si me abordaran de una forma que me resultara más afín? La primera vez él tenía nueve años y yo cuatro; la segunda, ella seis y yo cinco. Pasé un par de temporadas en racha y desde entonces estoy a dos velas. Siempre muerta de hambre y, cuando surgen oportunidades, me escondo. Tengo la sensación de gustarle a un montón de niños, pero la realidad es que ninguno se acerca y que cuando me acerco yo tampoco ocurre nada, así que puede que todo sea una interpretación errónea basada en fantasías y ganas. A veces también me pregunto si entregarle suspiros tan profundos a los cómics me deja seca. Son un verdadero alivio para mi frustración social pero no sé si me están metiendo en un círculo vicioso. En general los cómics y las revistas de tetas son inofensivos y me siento afortunada de tenerlos alrededor, pero paso las páginas con mucho miedo porque a menudo si esas escenas crueles son feas me abrasan los ojos, los derriten y al caer líquidos se quedan pegados a las imágenes para siempre. Sin embargo, cuando son bonitas, el cuerpo me cortocircuita, se me acelera el corazón, acaricio las viñetas, las huelo, las chupo, las miro de cerca y de lejos y siento que estoy cerca de correrme. Sé lo que significa correrse y no me imagino muy bien cómo será en realidad, pero creo que eso se tiene que parecer un poco. Mi generación parece dividirse entre bobos aburridos y cerdos maquiavélicos.

No sé dónde ubicarme. Supongo que pertenezco a las habitaciones silenciosas, que habrá muchos otros como yo conteniendo la respiración en solitario sin que nadie lo sepa.

Mi abuela aparece en la puerta de la calle con un montón de laca en el pelo y los brazos en jarras.

—Anda, que estás aquí. Voy a comprar caramelos, ¿te vienes?

Me levanto y voy corriendo. Cuando la alcanzo pregunta si he visto lo guapa que está. Contesto que sí y en la semillería compramos caramelos de naranja, de limón, de menta y del vampiro. Mi abuela lo echa todo en la bolsa de plástico en la que transporta el acondicionador de los ochenta.

—El suavizante lo llevo porque si no en la peluquería me quieren poner uno de allí que me cobran doscientas pesetas por una gota así, ¿sabes? Ni *mijita*.

—Ya, ya.

—Te lo he contado, ¿no?

—Muchas veces.

—Ea, pues ahí llevas otra, para tu colección.

Después de cenar estoy la primera en la calle, apoyada en un tanque de agua que hay a un lado de la placita con dos muñecas morenas bien vestidas en las manos. Creo que es el sitio favorito de la calle de todos los niños. Tiene la altura perfecta para que a nosotros nos sirva de escenario. Jugar a las tiendas, a los bares y colocar cualquier cosa encima es un placer inusual. Además, por la noche está muy oscuro. Ojalá pudiera alejarme lo bastante como para dejar de oír a las vecinas, pero no me dejan. Peino y coloco a las muñecas alrededor del candado metálico mientras las escucho hablar de asuntos aburridísimos.

—¿A ti te gusta la plancha?

—Sí, a mí sí.

—¡Qué suerte! —exclaman varias a la vez.

—Sí, la verdad es que es una suerte, porque es una cosa que a todo el mundo le da mucho coraje, ¿no? Y a mí es lo que más me gusta hacer de la casa. La cocina, por ejemplo, no me gusta a mí.

Las amantes de la cocina ríen ahora con orgullo. Mi abuela forma parte del equipo de las cocineras fanfarronas. A cambio no es muy ordenada, cosa que agradezco. Salimos las dos ganando en ambas direcciones. A ella tampoco le molesta que yo sea desorganizada y perezosa. Nunca nos peleamos. Lucía se acerca en la oscuridad y salta sobre el alambre que rodea el tanque de agua.

—Al final te has bajado temprano —le digo.

—Sí, he bajado con mis titos, que se han ido a cenar.

Los señala con el dedo y sacude las tablas del pichi. Se mueve con rapidez, destreza, encanto. Acerca la cara a las muñecas y las mira.

—Qué guapas las tienes.

—¿Te gustan?

—Un montón.

Viene de buen humor. Estamos solas. No puedo creer mi suerte. Reúno valor para decir en voz

alta lo más atrevido que soy capaz de pronunciar sin atragantarme.

—¿Quieres jugar conmigo antes de que lleguen los demás?

Pone cara de pillina, una cara que algunos no han visto nunca y otros han visto más que yo. ¿Qué nivel alcanzarán sus travesuras en plenitud? Daría lo que fuera por verlo a través de una rendija. En unos minutos las muñecas se están frotando despacio. En este plano mis instintos han encontrado un desahogo fundamental gracias a ella a lo largo de la vida. Lucía está ya bastante aburrida de los juguetes y tiene otro tipo de hambre, pero a la hora de coger las muñecas nos vemos al mismo nivel y nuestras fantasías se despliegan juntas como los colores de un arco iris. Se nota que esto es importante para mí, que lo estoy saboreando a conciencia. Así que se luce, me regala un manchurrón en las bragas y alimenta su enorme vanidad en un solo gesto.

Para cuando empiezan a llegar más niños tenemos la respiración acelerada y hay que cortar en seco para entablar un escondite, el único juego que somos capaces de disfrutar cuando en el grupo hay rangos de edad muy diferentes. Aprovechando que me acabo de esconder agachada cerca del ruido de las vecinas, aprieto el culo para empujar un pedo que me llevo aguantando desde que estábamos en el tanque de agua. Pero no es aire lo que atraviesa el agujero, es algo material, caliente, líquido. Palpo la tela del peto a la altura del culo. Está húmedo. Me he cagado un poco, lo que faltaba. Por suerte es de noche y la fiesta se está disolviendo. Lucía todavía juega, pero con desgana. Los pequeños se ponen tristes porque se sienten abandonados en la ingenuidad de la infancia. Mañana se marcha y no sé cuándo la volveré a ver. Es un verdadero fastidio no tener nunca planificadas las cosas. No puedo decir que me caiga del todo bien, pero madre mía, cómo la echo de menos cuando no está.

Hay tiendas que no me interesa nada visitar y otras a las que siempre quiero ir. La panadería está muy bien en varios sentidos, pero en general solo es cuestión de si la mercancía me interesa, como en la mercería, y de cómo me suele tratar la gente que trabaje en cada sitio. Me vuelvo adicta a cualquier persona que sea capaz de provocarme un ataque de cosquillas. Hay que aprender a generar una predisposición. Ciertas personas disfrutan brindando a los niños algo que yo interpreto como consuelo por haber nacido. Cuando lo siento venir suavemente trato de desencajar los huesos de la nuca de alguna forma para dejar pasar esa extraña brisa. Con el canal abierto se extiende hacia arriba y desde ahí chorrea por todas partes. El flujo de la corriente es el mejor lugar para estar, pero nunca sabes dónde va a aparecer. Esa gente es como un rayo de luz que te atraviesa. Presto mucha atención a la forma en que se ejecuta el hechizo, a los patrones comunes que contiene. He observado que puede venir como entrevista, pero también como tutorial. El adulto te descubre y muestra un sincero interés por el acontecimiento que supones. Trata de conocerte de corazón, sin teatro barato, y de darte lo mejor de sí mismo. Pasa mucho en el médico, por eso me gusta tanto enfermar. No solo tienes permiso para no ir al colegio, esa prisión cubierta de cartulina de colores y manitas blancas de niños secuestrados, sino que te llevan a la consulta del experto, el que se encarga de examinarte con cuidado, de indicarte el remedio, de ayudarte a seguir viviendo. También puede ocurrir en la panadería o en casa de una vecina, el único requisito es que venga de una persona delicada y no del todo familiar. La primera vez que alguien me hipnotizó de esta forma fue en la placita de la abuela, frente al bloque cinco. Yo estaba sentada sola en el suelo cuando la hija de una vecina mayor con muy mala hostia salió del portal distraída y se fijó en mí. Tenía el pelo liso y rubio, flequillo, unos veinte años, llevaba vaqueros, chaqueta de cuero y botas. Me habló como si llevara enamorada de mí meses y aquel día por fin me hubiera encontrado a tiro:

—Oye, hola.

—Hola.

—Tú te llamas Marina, ¿verdad? Como tu madre.

—Sí.

—¿Qué estás haciendo?

—Nada, mirando unos palitos.

—Mirando unos palitos, ¿eh?

—Sí.

—¿Y qué haces con ellos?

—Los ordeno del más chico al más grande.

—Ah, claro. Seguro que te está quedando muy bien.

—Creo que sí.

—¿Sabes cómo me llamo yo?

—Sí —contesté.

—¿Ah, sí? A ver, cómo me llamo yo.

—Tú te llamas Amor.

Lo sabía porque me lo habían dicho, porque cuando la veía pasar me fijaba en ella y cuando su madre contaba historias en los corritos de verano siempre atendía hasta que la terminaba mencionando. En la plaza siempre ha habido dos chicas jóvenes capaces de arrancarme esta sensación de bienestar del espinazo, aunque casi nunca nos encontramos. Son Amor y María de la O. Llevo varias temporadas tomando nota de sus protocolos de magia blanca por si me sirven para brindar sosiego a los niños necesitados cuando crezca. ¿Heredaré yo el poder de convertirme en un hada madrina?

Amor me sonrió, segura del poder de su encantamiento, y siguió haciéndome preguntas sencillas mientras ajustaba los engranajes de su vieja motocicleta azul. Recuerdo su pelo brillando a la luz del mediodía en plena primavera y los movimientos precisos de sus manos como si me estuviera ajustando a mí las vértebras. A medida que ascendía el hormigueo, las preguntas se hacían más personales sin perder nunca la elegancia. Qué tipo de juguetes prefieres, qué se te da mejor en el colegio, cuál es tu color favorito, tu olor favorito, tu comida preferida. ¿Sabes montar en bici? ¿Te gustan los churros? ¿Nesquik o Cola Cao? Yo contestaba mansa y dócil, sumida en un bienestar completamente nuevo y refrescante, pestañeando despacio, degustando el crujir de cada milímetro de hueso acariciado por su voz confiada. Estar a su lado me contagiaba aquella seguridad y me hacía sentir tan perfecta como ella. No tenía prisa por separarse de mí, tocaba las tuercas con parsimonia, girándose a menudo, agitando el flequillo con suavidad para seguir mirándome. Sus susurros atravesaban los varios metros que nos separaban y me llegaban nítidos. No quería que aquel momento acabara nunca, pero al cabo de unos minutos se puso de pie, se despidió de mí con otra sonrisa y se fue arrastrando la motocicleta hasta la entrada de la plaza, donde arrancó y se incorporó a la calzada. El tiempo había pasado lentamente. Cerré los ojos y me concentré en el recuerdo de su imagen y sus palabras, tratando de retener las cosquillas. Sabía que si alguien aparecía y me hablaba se rompería el embrujo, pero seguía sola, sentada en el suelo bañado por el sol. Quedé extasiada, llena de gratitud. Me acosté junto a la colección de palitos como un gato hasta que mi abuela se asomó a la ventana y me llamó para comer. Cuando estoy nerviosa a veces pienso en ella y repaso este recuerdo desde el principio. La moto suele estar en el mismo sitio, seca y medio abandonada. Suena el teléfono y corro a cogerlo.

—¿Cómo lo llevas, Marina?

—Hola, mamá. Bien.

En las noticias siguen hablando de la guerra, pero la sequía empieza a ganar espacio. A mi estómago le va más o menos igual. La semana pasada todos los buzones amanecieron llenos de pegatinas de grifos con gotas gordas colgando y *stops* rojos. De repente el verano ha perdido la gracia que le quedaba. El tiempo se hace más largo de lo normal y eso alarga mi espera. Tarda mucho en derretirse el día. La única ventaja es que la calle está desierta hasta la noche, lo que genera una sensación de privacidad que disfruto, aunque la estampa aburre pronto. La tranquilidad no compensa porque quema. Me cambio el teléfono de una oreja a otra cada pocos minutos y en el camino le soplo al plástico sudado y caliente. Mi madre llama desde el hospital. Está ingresada.

Se supone que no debo preocuparme, que todo transcurre según lo programado.

—Mamá, ¿cuándo tú eras pequeña hacía tanto calor?

—Pues no lo tengo claro, hacía mucho, pero esto es como otra cosa.

—Tengo la sensación de estar hirviendo.

—Sí, yo también lo pienso.

—¿Sí?

—Sí, antes no me importaba tanto. Ahora estoy todo el día bebiendo agua.

—Ya, es que hace mucha sed.

—Me acuerdo de un verano que lo pasé yo muy mal también siendo un poco más chica que tú, ¿sabes la foto en la que salgo con mi amiga Nati en el parque de María Luisa?

—Sí, con las palomas.

—Llevábamos las dos unos vestidos muy cortos que me cago en mi puta madre, y hacía un solano que notábamos la cabeza ardiendo y los bracitos picando de quemarse.

—La he visto muchas veces, estáis con los ojos encogidos.

—Me acuerdo de mirar a la cámara, de tener aquel tamaño, de estar asomada a aquel cuerpecito. Tú entiendes lo que te digo, ¿no? Que yo no he sido siempre mayor.

—Sí, pero a veces se me olvida, es como si aquel tiempo no hubiera existido nunca, me cuesta mucho imaginármelo, ¿no te pasa a ti con las historias de antes de que nacieras?

—No lo sé, un poco, no lo había pensado así.

—El tiempo de antes no cuenta, no sé por qué, igual que no cuenta el de después de morirse. Para mí es el mismo sitio. Pienso en los sesenta y hay algo que no puedo entender, como si me cuentan cosas del año 3000.

—Ya. La cuestión es que cuando creces sí que te acuerdas de ti misma. Sabes más cosas y eres más grande, pero lo demás es más o menos igual.

—¿Qué pasa con esto, mamá, cómo hay tanta gente que parece que no se acuerda de nada, en qué momento se olvidan?

—Yo tampoco lo sé, me lo pregunto mucho.

—Esa gente es un rollo.

—No lo sabes tú bien. Y no solo son un rollo, un montón de ellos también son unos cabrones.

—Yo creo que dicen que no se acuerdan porque fueron niños malos y prefieren hacer como si no hubiera pasado.

—¿Tú crees?

—Sí, y que lo deciden de antes, para así tener barra libre y luego decir ah, yo qué sabía, y a los niños se les perdona siempre, las madres se tragan todas las caritas de Bart Simpson.

Mi madre se aleja del teléfono para hablarle a Domingo, que está en la habitación con ella. Me imagino la habitación, blanca y desnuda, con cacharros metálicos y vistas poco impresionantes al otro lado del ventanal. En ese hospital nací yo y así creo que tiene que ser, pero nadie me ha dejado volver para comprobarlo. Me han dicho que mientras mi madre estaba de parto mi padre no paraba de contar chistes, que era muy gracioso. Ella se acuerda de algunos, pero nunca los he escuchado de primera mano. Soy consciente de que en parte esos chistes me los he perdido por voluntad propia. No es solo que mi padre haya desaparecido por desastre, es que ya nadie le invita porque se dieron cuenta de que su compañía no me sentaba bien, de que me dejaba triste, ligeramente rabiosa y desequilibrada. La última vez que lo vi traté de esconder la contrariedad,

pero se me tuvo que notar un montón porque a los pocos días oí a mi abuela y mi madre hablando sobre el tema en la cocina. Supongo que es normal porque siempre aparecía de improviso, era aficionado a las promesas que jamás se cumplían y aunque me hiciera ilusión estar a su lado el conjunto me ponía muy nerviosa. A veces me siento culpable por no haber sido capaz de disimular. No es que lo eche de menos, pero no consigo acostumbrarme al vacío.

—Domingo, no veas la movida que me está contando la niña —murmura mi madre.

—¡Ten cuidado con la niña que es una sierva de Satán! —contesta él desde un lado. Ella vuelve a mí.

—A ti esto te suena a chino porque tú también eras una niña mandona, de las que siempre se está metiendo con la gente y peleándose.

—Qué rabia me da cuando te pones mojigata, hija, no tienes ni idea de lo bien que se pasa en una bronca. Además, yo he procurado pelearme solo con gente que fuera también *brincosa*.

—¿Y el vecino de cuando eras chica, que salías todas las tardes a pegarle patadas a sus trenes y acababais fatal?

—Pero ahí nos lo pasábamos bien los dos.

—¿Cómo lo sabes, si él nunca empezaba?

—Era una cosa intensa nuestra.

—Solo te lo pasabas bien tú, mamá, que eras la que ganaba. Imagínate que me gusta jugar en la calle y siempre viene un niño a pegarle patadas a mis cosas.

—Me cago en sus muertos y te mando a partirle la cara.

—¿Ves?

—¿El qué?

—Que si lo miras desde el otro lado no gusta.

—Pero hija, es que la vida va de quién se caga en los muertos del otro primero, no sé qué va a ser de ti si no entiendes que funciona así. Hay que pelear por el territorio, conseguir que se haga lo que a ti te dé la gana.

—Pues yo prefiero esperar a que surja de verdad, a llevarme bien con alguien y nos gusten las mismas cosas, que no sea por haberle obligado, eso no tiene gracia.

—Ya. Lo respeto, lo respeto. Pero no te enfades.

—Bueno.

A mi madre le gustaría que yo fuera una versión con menos contraste de sí misma, porque ella tiene el pelo más oscuro y la piel más blanca. Yo he salido más bien melosa y es la única diferencia que está dispuesta a aceptar. Por otro lado, siento que su interés por mí es sincero, que quiere conocerme y aprender de nuestras contradicciones, pero no me cabe duda de que es una relación basada en la vanidad. Es así en todas las casas, los padres nos quieren porque nos parecemos a ellos, le encuentran un sentido místico. Que estemos aquí no es más que un accidente, pero no dejan de poner ojos de milagro repitiendo hasta la saciedad que no somos capaces de entenderlo. No necesito que Domingo se ponga aguafiestas para darme cuenta de esto sola. Me pregunto si tienen ellos también su parte de razón. Imaginar la procreación es raro y prefiero no pensarlo mucho. Niños con mi cara correteando por ahí, y yo adulta y gastada absorta en la magia de la descendencia. Un parto, un bebé abriéndome las carnes, todo lleno de sangre, llorando, colgando de un cordón que le unía a mi barriga. ¿Por qué tienen que ser tan feos, por qué dan tanto asco? Los demás mamíferos no son así. Esta repugnancia no está bien vista, se considera una

especie de ofensa a la especie, ningún ser humano parece preparado para oír que su criatura es desagradable. ¿Cómo hacen para querernos tanto? Algunos niños son un puto amasijo de maldad, auténticos sujetos peligrosos. ¿Se puede evitar esto a través de la educación? ¿Los niños malos salen malos porque sus padres también lo son y se lo transmiten sin darse cuenta? No quiero ser madre por si acaso encuentro a mis hijos jugando a reventar caracoles con diez años. Que no me vengan con el cuento de que no saben lo que están haciendo. Son perfectamente conscientes, eso es justo lo que les divierte. Toda mi vida recuerdo niños aplastando caracoles, desde el primer otoño que tuve la memoria lista para guardar cosas y se empezaron a cargar los vagones del tren del terror. Era muy pequeña, regordeta y torpe con el pelito cobrizo y ensortijado. Me quedaba absorta ante los horrores del mundo con los ojos desquiciados, sin dar crédito. A veces, cuando había llovido, salía al patio de atrás y de repente escuchaba un crujido bajo el zapato. Gimoteaba de ansiedad y no quería moverme para no trastear con los restos del cadáver, para no tener que ver aquel destrozo viscoso todo clavado de finos trozos de caparazón. Cuelgo el teléfono, voy a buscar la foto de mi madre en el parque de María Luisa y la llevo hasta la mesa.

—Abuela, ¿esta foto la hiciste tú?

—¿A ver? Espérate que llevo las gafas del cerca.

Se asoma por encima de los cristales estirando la boca hacia abajo y la mira.

—Sí que la hice yo.

—¿Te acuerdas de haberla hecho?

—Hombre, claro.

—¿Y también hiciste el vestido que lleva mi madre?

—Sí, míralo qué mono es, lo saqué de un retalito.

—¿Cuando tú eras pequeña te gustaba llevar vestidos así de cortos?

—Uh, me encantaba, eran los años veinte y se llevaban muy cortitos, las niñas nos los poníamos que se nos veía casi el culo, era muy gracioso pero también tenía su malaje, ¿sabes? Había que tener cuidado con dónde te sentabas. ¿Te he contado la historia de cuando me peí?

—Creo que no.

—¿No? Pues sería un poquito más chica que tú y habían venido mis tías de visita, estaba la mar de contenta. Habíamos merendado mostachones y yo llevaba un rato sentada en una silla de estas sevillanas de mimbre. Bueno, pues cuando me levanté se me había quedado todo el culillo pegado y se distinguía perfectamente la marca del trenzado. Me fui a poner en pompa para enseñárselo a la gente y se me escapó un pedo, así largo y finito, *piiiiiiiiiiiiiiiii*, y todo el mundo riéndose de mí.

—¿Se rieron mucho?

—Se mondaban, y yo con los mofletes coloraos muerta de vergüenza.

—Es que es gracioso.

—Ya, pero imagínate desde donde yo estaba, me quería morir.

—A mí también me daría vergüenza.

—Hay que ver qué lástima la niña tan alegre que yo era y cómo me quedé cuando se murió mi madre.

—¿Cuántos años tenías?

—Nueve, como tú.

—¿Y de qué se murió?

—Decían que del hígado. Pero lo peor no fue que se muriera mi madre, lo peor fue que a partir de entonces me quedé a cargo de mi casa entera. La cocina, la ropa, los suelos, todo.

—Pero si eras la pequeña, ¿no podía encargarse nadie más?

—No, porque yo era la única mocita que quedaba en la casa, mis hermanas se habían ido ya todas y solo quedaban mi padre y dos hermanos.

—Todos eran mayores que tú, ¿no?

—Sí.

—¿Y ellos no podían hacer de comer y limpiar?

—No, hija, eso no iba así entonces. Había muchos niños trabajando de lo que fuera y muchas niñas llevando la casa, era lo que tocaba.

—Qué asco.

—Y luego llegó la guerra, que para qué queremos más. ¿Tú sabes lo que más coraje me dio de la guerra y del tiempo de Franco?

—¿El qué?

—Los curas. Me pongo mala de pensarlo. Me parece muy bien que cada uno tenga la religión que quiera, pero con los curas no trago. Eran los peores bichos, unos ladrones y unos chivatos. Cómo les temía.

Saca la lengua de pura repugnancia y le recorre un escalofrío.

—¿Sabes a quién le gustaban mucho los curas y la misa y estaba en contra del PSOE hace muchos años?

—¿A quién?

—A la Tata, pero cuando entró mi Felipe y nos pusieron las pensiones bien poco tardó en cambiar de opinión.

—¿Y mi madre cómo era?

—¿Tu madre? ¿Cuándo? Porque un montón de años no ha sido ni para llamar por teléfono.

—Antes, de chica.

—Pues de chiquitita era muy fea porque nació antes de tiempo, se reía la gente de lo fea que era, pero luego se volvió monísima. Era muy espabilada y muy contestona, siempre ha sido una sinvergüenza, como cuando dice que va a llegar a las once y aparece a la una. Mira hoy, que te dijo que iba a llamar por la tarde y al final habéis hablado después de cenar.

Aprieta la mandíbula en un gesto que reconozco de las tres. Uno de mis primeros recuerdos es de ellas discutiendo a gritos en esta misma estancia. Mi abuela dándole una bofetada a mi madre, mi madre devolviéndosela, agarrándome del brazo y sacándome a trompicones a la calle, a coger el autobús para pasar la noche en casa de alguna amiga. Luego hacían las paces y volvíamos. Al llegar mi abuela me apretaba contra su pecho tan fuerte que parecía que quería que el abrazo me traspasara y le llegara también a mi madre. De alguna forma funcionaba, porque quererme a mí era quererla a ella a través de un conducto. Antes de que yo naciera se detestaban. A medida que la enfermedad avanzaba y que crecía yo, sus armas quedaban aparcadas bajo capas y capas de tierra. La tensión aún se masca, pero a mi alrededor reina un acuerdo de paz que rara vez se rompe. El fenómeno que supongo las une estrechamente.

—Lo que ha tenido tu madre siempre es muy mal genio y mucho poderío, pero contigo se porta bien, ¿a que sí?

—Sí.

—Hay que ver, que cuando se quedó preñada nadie daba un duro por ella y mira.

—¿Mira qué?

—Que se lo toma muy en serio, para algunas cosas es muy seria, muy mandona.

—Ya, abuela, lo que pasa es que casi siempre tiene razón.

—Pues eso es lo que te digo, que nadie se lo esperaba, pero nadie, nadie, nadie.

—Porque no la conocíais bien.

—Eso será. ¿Nos vamos a la cama y ponemos la radio?

—Vale.

—¿Quieres un corte de helado antes? Así finito.

—¡Oh, sí, sí!

Aplaudo. Un poco de helado siempre ayuda a mantener el espíritu en orden. Aprovechando el sabor a chocolate fresco, me acuno suavemente en la cama junto al ovillo multicolor que han formado Canica y Felipe, pienso en la canción triste de Diana Ross, la de la película de los dinosaurios perdidos que a veces consigo recordar, y me duermo.

—Niña.

—Qué.

—Niña, voy al banco, ¿te vienes?

—¿Qué hora es?

—Las diez y media.

Escondo la cabeza bajo la almohada.

—No.

—¿No tienes ganas?

—No, me muero de aburrimiento y de calor.

—Bueno.

Me vuelvo a dormir.

—Niña.

—Qué.

—Te he traído unos Donettes.

—¿De tres o de seis?

—De seis.

Eso cambia la cosa. Me incorporo.

—¿Qué hora es?

—Las doce y mierda.

Siempre me río cuando hace ese chiste. Nadie pronuncia mejor la palabra *mierda*. No tardes, Señor, en permitir que me apodere de la parte prohibida del diccionario. Consiente, querido Señor, que esta sierva se esté ensuciando pronto la boca.

Mientras mastico en la cama, intento echar la cuenta de cuántos días llevo sin salir. Profundizamos en julio. Los pantanos se están secando y cada día corre menos agua en los grifos. Me pregunto si dentro de mí está pasando lo mismo. El tipo de calor de junio aparece en mi cabeza amarillo, la primera mitad de julio es naranja, la segunda roja y agosto morado. No es mal panorama siempre que nadie te obligue a salir a las horas jodidas. No creo que en Sevilla se

pueda llevar una vida normal durante el verano, pero la gente normal no tiene tres meses de vacaciones como los niños. Tengo miedo de ser mayor y que me obliguen a salir a la calle a cumplir un horario absurdo para esta tierra. Hay actividades que temo. Ir al banco, por ejemplo. Por muy temprano que sea siempre se forma una cola terrible de jubilados. Cuando salimos es tarde y estamos lejos. Ir al banco es muy morado. Ojalá hubiera un poco de verde oscuro, pero mi madre está muy débil estos días y no quiere ni que la escuche. Solo puedo estar aquí esperando noticias telefónicas de Domingo, que siempre llama a tiempo para informar y me cuenta las novedades como si se tratara de un trabajo militar rutinario. Este rollo empieza a ponerse un poco irreal y quisiera hablar con ella, pero al parecer todavía no puede ser. Mi madre está pachucha y nerviosa, pero él confía en que mejorará pronto. Es curiosa la forma en que elige lo que contar. Lo hace por mi bien, pero muchas veces se equivoca. Él es una especie de robot al que le gusta dar y recibir así los datos, y su condición de robot incluye no concebir otras maneras de actuar. No es capaz de recordar nada que le interese a otra persona. Me regala paquetes y paquetes de pasas porque le encantan las pasas. No conozco ningún niño al que le gusten las pasas. Los almaceno en la mesita de noche con compasión porque me da pena seguir diciéndole paquete tras paquete que se ha equivocado. Luego, cuando tiene un ataque de hambre, viene a preguntarme si quedan pasitas, y le invito de buena gana.

—¿Quién es, Domingo? —pregunta mi abuela desde la silla de plástico frente a la tele.

—¡Sí! —contesto.

—¡Pues dile que tiene cuatro libros míos que me tiene que devolver, que no se crea que me voy a olvidar que lo tengo apuntado en un papel! —grita con una rabia muy digna mientras enciende un cigarro y lo estrena con una profunda calada.

—Vale, se lo digo.

—Díselo, ¿eh?

—Que sí. Do, dice mi abuela que le tienes que devolver cuatro libros, que no se le olvida.

—¡Dile que lo tengo apuntado en un papel!

—Que dice que lo tiene apuntado en un papel.

Domingo se ríe.

—Dice que sí, abuela, que te los trae sin falta la próxima vez que venga.

—¡Pues a ver si es verdad!

Le hago un gesto a mi abuela para que se calle y corto a Domingo en seco:

—Bueno, ya vale de tonterías, que me tenéis loca, ¿cuándo crees que podré ver a mi madre?

—Estima un mínimo de dos semanillas.

—¿Tanto?

—Me temo que sí.

—Bueno, vale.

—Aguanta, socia, verás como salimos de esta. A tu madre le han hecho esta mañana una serie de perrerías varios médicos de esos que te gustan vestidos de verde y ahora está atontada, pero parece que ha salido todo bien.

—¿Sí?

—Así parece, sí.

—¿Iban de verde de verdad?

—En efecto.

—¿Y la han anestesiado?

—Sí, por eso está tan atontada todavía.

—¿Y había médicas vestidas de verde también?

—Alguna había, sí.

—Ay, eso es lo que quiero ser yo de mayor.

—Hay que ver lo que te gusta ese rollo con la grima que da.

—Sí, cuéntame más, ¿cómo es la habitación?

—Pues es una porquería, pero cumple su función.

—¿Porquería cómo?

—Muy cutre.

—¿De qué color es la pared?

—Blanca.

—¿Y las sábanas?

—Blancas también, pero la cama tiene un mecanismo que se puede levantar y se pone tu madre derecha.

—¿Ah, sí?

—Sí, eso está muy bien, no me importaría tener una cama así en casa, que aprietas un botón y se mueve sola.

—Qué guay. ¿Y la comida cómo es?

—La comida es una auténtica bazofia, pero tu madre no tiene queja, como le gustan las cosas un poco sosas le va bien, es una mujer de gran disciplina.

Al escuchar cómo le gusta la comida a mi madre me conmuevo. A mí también me gusta su comida sosa, me sienta bien. Aquí habrá muchos filetes empanados y muchas croquetas, pero por nada del mundo quisiera dejar de comer su arroz con pollo, sus patatas hervidas, sus lentejas.

—Ojalá fuera ya mayor y tuviera todas las carreras que hacen falta, me encantaría estar allí en el hospital y curar a mi madre anestesiada y decirle hola después —le digo con determinación y cierta angustia. Domingo se ríe.

—Esa idea es muy buena, socia, se la comunicaré de tu parte. —Vale.

—Mientras tanto, paciencia.

—Ya, a ver.

—Cuando acabe todo esto a lo mejor hasta te cae algún regalillo.

—¿Ah, sí?

—Sí, ya veremos. Con la abuela te va bien, ¿no?

—Sí, sí, claro.

—A mí me das hasta envidia, allí todo el día sin hacer nada, sin que nadie te diga que te tienes que duchar y con delicias constantes saliendo de la cocina.

—Sí, esa parte está bien.

—¿Cuánto hace que no te lavas los dientes?

—Buf, yo qué sé.

Domingo se echa a reír otra vez como un diablillo travieso.

—Pues nada, concéntrate en eso que tiene su gracia.

Es un buen consejo. Me muestro entera y dispuesta a mantener la compostura a lo largo de la nueva espera que acaba de empezar. Puedo hacerlo sin pensar en nada, si me lo propongo soy

capaz de colocar la mente en un estado de letargo fácil de asumir. Pierdo finura, atención y me acomodo a la situación como me acomodé en el agujero junto al dóberman. Son tantas casas ya, tantas veces que desaparece enferma, tantos pequeños baches, que no sé si alegrarme de que todavía resista o preocuparme por si ya no resiste más. Habrá muchos días así. El primero no es el peor, aunque lo parezca. Debo reservar paciencia, desmayar transitoriamente los sentidos, no enseñar nervios a base de no albergarlos. Y a lo mejor al final me regalan algo. Espero que no se encargue Domingo de elegirlo porque lo llevo claro.

La abuela y yo nos entregamos a una existencia rutinaria de la mano de Antena 3. Nos tragamos la programación de la tarde con apetito y me dejó embaucar por su hilo protector de anciana. Hacemos planes. Esta noche iremos a cenar al bar Toro. Mañana madrugaremos para ver los sanfermines. Miramos los mismos anuncios una y otra vez y solo me suelen molestar los de detergente y los que en lugar de música tienen a una persona hablando. A ella le pasa lo mismo y cuando sale un anuncio malo cerramos los ojos con rabia para no verlo. Me obsesiono con esas monsergas y pienso en locutores hablando así ante micrófonos. Cuando sale uno nuevo le presto toda mi atención. Es algo que me concierne, lo voy a ver muy a menudo, más vale que esté bien. Mis preferidos suelen ser los de vaqueros. ¿Cómo se sentirán esos modelos encarnando la perfección a la que todo el mundo aspira, sabiendo que los pantalones están hechos a su medida porque su medida es la que se considera mejor?

Me esfuerzo en no mirar el reloj porque tengo la sensación de que cuanto más lo miro menos se mueve. Cambiamos de cadena. Hacemos un puzle. El calor amaina. Vemos *Los vigilantes de la playa*. Esa noche nos vamos a la cama a las once. Hay que madrugar para los sanfermines. No ponemos la radio ni la tele, cantamos «1 de enero, 2 de febrero, 3 de marzo, 4 de abril» cinco o seis veces seguidas agitando el colchón y tras la última mi abuela consigue colar el pedo perfecto para cerrar la canción. Después me cuenta «Caperucita», «Blancanieves», «Los siete cabritillos», «El medio pollo», «Garbancito» y «El gato con botas». Se los pido en ese orden como quien encarga primero entrantes y luego platos fuertes, dependiendo de lo difícil que me resulta digerir cada uno.

Todavía no es de día y ya estamos otra vez con la tele a toda pastilla. Lo de San Fermín no es más que otra fiesta pasada de rosca en la que un montón de animales sufren para el extraño placer de miles de borrachos. Este es el año en que aborrezco esta clase de festejos. La Feria, el Rocío, todo me parece la misma calaña. Tampoco quiero volver a la Semana Santa. Los niños se desviven alrededor de los nazarenos suplicando gotas de cera. ¿En qué momento les empieza a hacer eso ilusión? ¿Es la clásica competición por ver quién consigue la bola más grande? ¿La conservan como un recuerdo de valor religioso? Un día estaba muerta de sed en la calle Imagen cuando un nazareno se empeñó en ofrecerme cera. Supongo que era para él un gesto de justicia porque tenía cuatro demonios suplicando alrededor. Él me señaló con el dedo indicando que elegía entregarme su cera en plan «mi cera es para las niñas buenas». Me dio pena, pero no me levanté. Ni siquiera entiendo cómo se le pudo pasar por la cabeza quemarme la mano con esa pinta. Por otro lado, es cierto que de alguna manera me cala tamaña celebración del sufrimiento, que a mí también me sobrecoge. Tal vez me convendría mantener más contacto con el dolor, pero siento que ya llevo procesiones de sobra por dentro.

—¿Cuánto falta? —pregunto.

—¡Ya mismo!

La espera es larga y aburrida, en la tele no pasa nada. Ella está acelerada, nerviosa, doblando las uñas largas y frágiles contra el cristal redondo que cubre la mesa de camilla que ahora lleva enaguas de verano. Los toros salen y empieza el frenesí. Mi abuela vive el encierro intensamente, le grita a los toros que tengan cuidado, a los corredores con pañuelo rojo que tengan cuidado, su voz es aguda y urgente, se agarra a la silla con las dos manos y eleva un poco el culo como si estuviera a punto de salir corriendo. No aguanto ni el minuto que dura el encierro antes de volver a la cama. La escucho gritar un poco más y luego reír a carcajadas.

—¡Marina! ¿Te has vuelto a acostar?

—Sí.

—A las diez traigo churritos, ¿te despierto?

—¡Sí!

—¿De cuáles quieres que traiga?

—¡De los dos!

No llego a dormir del todo, pero descanso como un ángel oyéndola ver la tele mientras se hace de día. Pronto viene a la habitación y se viste. Huele a Gloria Vanderbilt. Cierro los ojos. Me despierta un delicioso aroma a recién frito. Doy un salto de la cama. Siempre trae churros de sobra, pero nos los terminamos de todas formas.

—He visto a Reyes y me ha dicho que a lo mejor viene Lucía esta tarde.

Información de primera. El corazón me da un vuelco. Me pongo a diseñar una nota de bienvenida que la avise de que estoy aquí. Hace tiempo que Domingo trajo una libreta de *post-its* del trabajo y me da rabia no tener oportunidades para colocarlos de verdad. Es emocionante tener un mensaje que dejar pegado en un sitio para otra persona. El mensaje es el siguiente:

«HOLA, LUCÍA, ESTOY EN CASA DE MI ABUELA TODO EL VERANO.
LLÁMAME».

Tras malgastar tres papeles asumo que no voy a ir al infierno si no queda el texto centrado. No soy capaz de conseguirlo. Tengo letra de retrasada. En las esquinas superiores dibujo un lazo y una flor. En las inferiores, un sol y un helado de cucurucho con dos bolas. Firmo con mi nombre y dibujo una flecha. Salgo de casa sin cerrar la puerta y recorro los diez metros de fuego que separan los dos portales. Me pongo de puntillas y pego el papel sobre la zona más despejada del telefonillo de aluminio. Ahora la flecha que dibujé señala hacia la casa de mi abuela. Soplo para comprobar que resiste la brisa y vuelvo al salón a vigilar el portal desde la ventana. A los cinco minutos aparece el hijo de una vecina, que vive en el tercero de ese bloque, con un casco de moto colgado del brazo y malas pulgas. Se queda mirando el *post-it* amarillo. Lo despega, lo coge, lo observa asqueado, lo arruga en la mano y lo tira al suelo. ¿Cuántos años tiene ese engendro con gafas de sol y pelo engominado? A Lucía y a mí nos conoces desde que nacimos, ¿por qué tanto desprecio, tanta antipatía? Abre la puerta y entra en el edificio. Su cabeza grasienta asoma tres veces antes de llegar al tercero. Atraviesa el salón hasta su habitación y baja la persiana. ¿De dónde vienes con tan mala hostia, colega? ¿De trabajar? ¿De fiesta? ¿Qué tienes en contra de que las niñas se comuniquen y se envíen lazos?

Salgo inmediatamente para recoger el *post-it* maltratado del suelo, rehago uno con mayor destreza y lo coloco de nuevo en el sitio que le asigné, pero mejor será que no lo vigile más o me acabaré tomando el asunto demasiado a pecho. Mi abuela está en la cocina. En la tele anuncian un juguete veraniego detrás de otro. Han pasado quince minutos. Me propuse no volver a mirar por la ventana en media hora, pero no puedo evitarlo. Desde aquí no veo ningún papel en el telefonillo ni en el suelo. Salgo a inspeccionar los alrededores. Lo encuentro arrugado en una papelera medio vacía. ¿Quién habrá sido esta vez? ¿Por qué nadie puede tolerar una nota amistosa en una pared? Lo que está claro es que he vuelto a caer en el viejo error del mensaje ansioso de pésima calidad. Parezco tonta, cuando viene se monta un escándalo a su alrededor, es difícil no enterarse. A partir de las cuatro considero que la tarde ha empezado y rondo la ventana sin parar. Soy consciente de que en el pasado he oído decir que Lucía vendría muchas veces y que no siempre apareció. Hubo un día en que compartimos dos escenarios distintos. Su madre nos llevó al cine y se quedó esperando en un bar mientras veíamos *Solo en casa 2*. Durante la película se rio tanto que no paró de pegarme golpes en las piernas. Dejó de tener gracia muy rápido y se pasó toda la película así. Estaba deseando salir. Luego fuimos a su casa y descubrí que muchas de las cosas que me había contado no eran ciertas, pero sí era verdad que tenía un casete con la canción de *Beverly Hills 90210*». Fue una tarde agrídulce de invierno.

Sobre las siete, cuando ya estoy harta de intentar entablar conversación con Felipe y con Canica, llama mi madre, que de repente se siente con fuerzas y dice echarme mucho de menos. Recibo su voz canallesca y cansada como el mejor pasatiempo. Solo quiere charlar. Podemos hablar de lo que sea, pero si me pongo impertinente no me pasa ni una. La mayoría de las veces no necesita pronunciar ninguna palabra, con afilar la mirada un segundo ya me siento advertida. Su paciencia se agota. Es mi madre, pero también más cosas. No las conozco todas, aunque cada vez asoman más por el rabillo negro que suele llevar pintado en el párpado. Disfruto pensando en sus caras. La de virgen con melena, la de gitana, la de macarra, la de Terminator de estas vacaciones, con el ceño apretado y las gafas de sol. Es un día Schwarzenegger para ella. No puedo verla por teléfono, pero solo con oírla respirar detecto su estado de ánimo. Tiene la cara hinchada, es la que se pincha inyecciones en el sofá mientras veo los dibujos, la que se atiborra a pastillas antes de cenar y las engulle pegando con el puño a la mesa. Su forma de rezar no es rogarle al destino que nos trate bien. «Me voy a cagar en todos tus muertos, futuro, no te atrevas a jodernos», viene a decir la oración de mi madre. No suplica. Exige, amenaza. Me gustaría pasar más tiempo con ella. A veces se encuentra con gente que la mira con sorna. Claramente miran a una persona no solo que yo no conozco, sino que no creo que exista. Ese tipo de sorna me enfada y me vuelve contestona. Hablamos de asuntos mansos. Ropa, dibujos animados, comida. El sillón es el lugar idóneo para esperar noticias mientras entretengo a mi madre por teléfono. Meriendo aquí como ante una pantalla de cine hasta que Lucía y su madre entran en plano. Me las como con los ojos. Ahora celebro no haber pegado ningún cartelito. Seguro que les hubiera parecido excéntrico y habría tenido que presenciar cómo se reían de mí.

Salgo a la calle. El ambiente en la plaza está quizá demasiado animado para mi gusto, hay muchos mayores mezclados. La clave reside en que anda suelta Luisa, la alcohólica oficial del vecindario, y tiene ganas de fiesta. Esto lleva años pasando de vez en cuando. Es una situación embarazosa. A los niños nos dicen que si se pone pesada no le hagamos caso, pero no siempre es tan fácil quitársela de encima. Odio rechazarla, cuando no está tan borracha es amable, pero hace

tiempo que la vemos dando tumbos a cualquier hora con los mofletes rojos. Tiene la espalda encorvada y las tetas escurridas. De vez en cuando le da por cantar y pegar voces. El marido también bebe, pero suele hacerlo en el bar. Los cuatro hijos jóvenes se han buscado la vida a la velocidad de la luz y ya no queda ninguno en el nido. Cuando vienen a visitarla se sientan en un banco antes y después de entrar en la casa. Echan unos minutos suspirando y fumando cigarros. Son dulces con nosotros, como si se disculparan por las molestias que ocasiona su madre. La hija mayor es la que viene más a menudo. Tiene la piel morena, la nariz grande como Lola Flores y mucha gracia al andar. Diría que es ella la que más peso soporta en la familia, la más consciente de todas las aristas de la situación. Quería ser peluquera, pero no le salió. Ahora es camarera, aunque de vez en cuando trae el secador y los cepillos redondos y saca algo de dinero peinando a las vecinas. La he visto fumar muchos cigarros desplomada sobre diferentes bancos. Hoy resulta imposible centrarse. Estoy quietecita en mi refugio junto al tanque de agua, tratando de pasar desapercibida. Si Luisa te atrapa se pone agobiante a la mínima, saca temas escabrosos, le empiezan a rodar lagrimones sobre las mejillas estalladas, acerca mucho la cara y te diagnostica una intoxicación, te echa el aliento, y como se dé cuenta de que tienes miedo grita mirando al cielo. Es jodido lidiar con ella, pero nadie se enfada. Nos da pena, a todos nos da pena. Mi madre dice que lo ha tenido feo y que cuando lo tienes feo es fácil sucumbir al vicio. Seguro que se levanta muy triste, con la cabeza dolorida, y como a su alrededor todo es un desastre lo único que se le ocurre es ponerse a beber. El alcohol me aterra. Ni siquiera he querido probar el cava en Nochevieja. Las vecinas más próximas a Luisa entran con ella en casa y escuchamos cómo la calman a través de la ventana.

Casi es hora de irse. Los pocos que quedamos nos sentamos sin formar escándalo mientras el resto de las vecinas discute sobre lo sucedido. Formamos un corrito Macarena, su hermano pequeño, Lucía y yo. La calle en verano solo tiene sentido de noche. Ojalá nos pudiéramos quedar hasta el amanecer. Apenas hemos aprovechado el tiempo.

—¿A ti te gusta el nombre de Luisa? —pregunta Lucía.

—Depende —responde Macarena—, para una mujer joven no, para una mayor sí.

Coincidimos.

—¿Y Antonia?

Nos reímos porque Antonia nos parece horrible. Lucía, Marina e Ignacio están bien. Sobre el correcto envejecimiento de Macarena surgen dudas.

—Cuando tengamos niños no nos podemos olvidar de pensar nombres que estén bien para toda la vida. Por ejemplo, Daniel no vale, es un nombre muy bueno de niño, pero luego qué.

—Pues a mí me gusta Daniel para nombre de padre y de abuelo —replica Ignacio.

—Tú eres muy chico y no lo entiendes —discutirle algo a Lucía es durísimo, a la primera oportunidad te aplasta. Me pregunto si alguna vez se junta con mayores y se siente aplastada, cuántas veces me habré yo sentado sobre los más pequeños sin darme cuenta para seguir convencida de que me porto bien con los demás. El tío de Lucía acaba de entrar en la calle con los ricitos grises pringosos en la nuca y un cigarro en la mano. Hay cierta clase de hombre que muestra un profundo desprecio hacia el ambiente que se forma alrededor de mujeres y niños, como si fuéramos el mayor coñazo de todos los tiempos, lo contrario a todo lo divertido e interesante que el mundo tiene para ofrecer. Esos hombres prefieren echar las horas en bares de mala muerte jugando a las máquinas tragaperras antes que sentarse un rato junto a las mujeres y los niños de su

entorno. Nos detestan. Somos la carga más pesada, el aburrimiento, la represión. No hay problema, el sentimiento es mutuo. En todos los vecindarios descubro hombres así y procuro evitar su compañía. Uno de los más despreciables es el tío de Lucía. Viene encorvado y esboza un gesto de amargo despotismo. No nos mira. No saluda. Nunca lo hace. La tita Reyes le sigue a muchos metros de distancia. Él abre el portal, entra y cierra sin esperarla. Ella tiene problemas de piernas y anda más despacio. No entiendo del todo cuál es la negrura de la situación, pero sin duda ese capullo desprende una actitud humillante y está tratando de dejarla de lado de algún modo. Haciendo como si no existiera, supongo. ¿Qué puede doler más que eso?

—Buenas noches —dice Reyes con mansedumbre. Le hace una indicación a Lucía con la cabeza, algo que viene a decir que se dé prisa. La tensión se masca y el vecindario entero se disuelve. A mi abuela no le hace ni pizca de gracia. Se desahoga en susurros en cuanto entramos en casa.

—¿Has visto cómo llega el tío mierda, dejándola atrás como si no la conociera de nada?

—Sí.

—Andando sola a todo lo largo de la calle. Siempre con malos modos, haciéndole el vacío a su mujer. ¿Qué pasa, esa chulería por qué es? ¿Por qué no se puede esperar? ¿Porque ella tiene malas las piernas y no puede andar tan rápido? ¿Porque han discutido en un bar y no es capaz de arreglarse? Jesús, qué gordo me cae.

—Es tonto, nunca dice hola y mira mal.

—No tiene perdón. Me cae gordo. ¿Qué hora es?

—Las doce y media.

—Vámonos a dormir que mañana suena el despertador.

A lo mejor mañana puedo levantarme temprano para ir a ver a Lucía un rato. Repito estas palabras dieciséis veces seguidas antes de quedarme dormida con la abuela todavía despierta y la radio sonando.

Son las once y sigo en la cama. ¿Estará Lucía todavía por aquí? Por ella sí soy capaz de levantarme y vestirme. Salgo a la calle y recorro los metros que separan su bloque del mío. Odio llamar a las casas. Me pone nerviosa. Nadie contesta. Me siento en un banco al sol y disfruto de la luz de la mañana, la que todavía no quema. Lucía aparece en el balcón. No la distingo bien, pero sé que me está mirando. Hace un gesto con la mano, indicando que suba. Lleva un pijama de verano y el pelo liso, grueso, revuelto. Enfoco y mastico la imagen mientras me acerco de nuevo al portal. Abre desde arriba y empiezo a subir. Esta escalera concreta es una de mis cosas favoritas del mundo. Hace meses que no paso por aquí. Barandilla de yeso, estrechura, un Cristo aquí y otro allá. Me fijo en quién tiene felpudo, en los colores mil veces desconchados, cubiertos de gotas de pintura seca. La puerta del piso al que voy es marrón oscuro y está abierta. No hay nadie en el salón.

—¿Estás sola?

—¡Sí! —responde Lucía desde el baño.

—¿Dónde estás?

—¡Ven!

Se escucha un fuerte chorro.

—¿Estás haciendo pipí?

—Sí, ven.

La encuentro sentada en el váter con las rodillas apretadas. Los pantalones del pijama y las bragas se fruncen alrededor de sus tobillos. Creo que tiene menos pelos que yo en el chocho y de alguna forma eso me sorprende. Ella todavía no me ha mirado. Mantiene la vista fija en la bañera.

—El otro día me vino la regla.

No sé qué hacer ante el anuncio. No para de decir mentiras, pero no puedo arriesgarme a defraudarla por si esta vez va en serio. Le haría daño. Lucía sabe jugar bien con esos elementos para conseguir que le hagan caso. Me agacho y apoyo las manos en sus rodillas.

—¿En serio? ¿Ya?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Fue en la bañera de mi casa.

—¿Pero cuándo?

—La semana pasada.

—¿Y cómo fue? ¿Te dolió?

—Sí, me dolió mucho la barriga, como si estuviera de parto.

Pestañeo alarmada y la invito a seguir.

—Estaba en la bañera de mi casa con un montón de jabón, haciendo pompas, poniéndome pelucas de espuma.

—Bueno, y qué pasó.

—Que cuando empezó a bajar la espuma me di cuenta de que el agua estaba toda roja y de que la bañera iba a rebosar.

—¿Cómo?

—Que iba a rebosar la bañera de la sangre que me estaba saliendo.

—No sé si eso puede ser.

—Cómo que no, me pasó la semana pasada.

—Creo que eso no va así, Lucía, que no se sangra tanto.

Aparta los ojos de la bañera y se gira para mirarme desde arriba por primera vez. Me quita las gafas bruscamente y se las queda en la mano.

—¡Oye, no me las vayas a romper!

—Saca la lengua.

—Qué.

—Que saques la lengua.

La saco.

—Y ahora mírame.

No soy capaz. No contesto. Me mantengo tensa, con los párpados bajados.

—Mírame, Marina.

—No puedo mirarte.

—¿Por qué no?

—Porque eso no puedo.

Abre la boca y se acerca unos milímetros hasta que su lengua toca la mía. Estoy clavada en el sitio, temblando como dentro de un coche que se tambalea sobre un precipicio, preguntándome sin

parar si saldré ilesa del percance. La respuesta es no. Le arranco las gafas de la mano, salgo corriendo y atravieso varias puertas y escaleras hasta estar en el patio de atrás de mi abuela. Respiro hondo, me inclino sobre una silla, adopto la postura exacta de un minuto atrás frente a una Lucía invisible y la beso. Le chupo la boca, la cara, los dientes, la mandíbula, le acaricio el pelo. Al parecer solo soy capaz de entenderme con los fantasmas. Me siento en la silla y aprieto la cara contra los muslos. Es como si necesitara que alguien se tomara la molestia de forzar una cerradura. ¿Qué me pasa, Señor? ¿Cómo se cura esto? ¿Por qué veo truncada mi voluntad? Tú sabes que lo deseaba, que llevaba años esperando la oportunidad de mezclarme con sus fluidos, pero a la hora de la verdad se desencadena un bloqueo inesperado extremadamente duro, irrompible. Cuando alguien se acerca a mí, en cuestión de un segundo me vuelvo inválida. Se cortan todas las conexiones eléctricas con mi cerebro, los miembros dejan de funcionar y solo puedo pensar en huir cuanto antes. Acabo de hacer un examen y he sacado un puto cero. Lo he entregado en blanco, he salido corriendo. Qué asco haber sido tan cobarde, pasarme la vida estudiando para esto. Pude tenerlo todo, acceder al club de los privilegios carnales, ganarme su confianza, ver en el espejo cómo mi cara se afila, cómo todo el mundo se da cuenta de que he dejado de tener miedo. No ha ocurrido, he perdido la oportunidad. Lo deseaba con todo mi corazón y no he sido capaz. La he perdido. Lo he vuelto a hacer. Ella no lo intentará de nuevo. Yo tampoco me atreveré porque nunca me atrevo a nada. Este momento no habrá existido. Freddy Krueger y Don Pimpón, los crueles amigos que me acompañan en el patio, me rodean cálidamente. Esto tiene que ser más o menos lo que le pase a todos los niños miedosos, a ninguno le da la sensación de estar implicado en el juego. ¿Es de verdad una tendencia incontrolable y por eso siento que no es mi culpa? ¿Es eso estar un poco loca? ¿No tener control total sobre los pensamientos, sobre las acciones? Estoy harta del chantaje vital que implica haber nacido. Añoro la fresca oscuridad de no existir. A lo mejor es porque tenían que haberme abortado. Otros vivos sintieron lo mismo antes que yo, antes de renunciar. Soy capaz de trazar la línea de puntos que les llevó a mandar a la mierda el contrato. Identifico la idea que se acerca desde la cuna como un tren y no recuerdo ningún éxito de las Supremes para protegerme. Al principio el tren venía con forma de simpático dibujo animado. A estas alturas tiene pinta de juguete embrujado. Tal vez un día se convierta en un tren de verdad. Tal vez me arrolle. Lo engullo con templanza. Me miro las manos temblorosas y veo los huesos de mi abuelo transparentarse a través de la carne. Mi abuelo abandonando la infancia en algún patio trasero, empezando a olisquear el pastel, atisbando cosas en las esquinas oscuras por el rabillo del ojo. ¿Dónde estás, abuelo mío? ¿Estás acaso aquí mismo, palpitando dentro de mí, comprendiendo la forma en que mis miembros se agarrotan? Nunca hemos hablado. Nunca hablaremos. Pero siento que te conozco, que te conocen mi sangre y mi estómago y mis gestos. Te conocen mis manos, mis dedos flacos, mis uñas. ¿Estará mala esta cabeza, habrá cura, sufrirá mi gente? Ay, abuelo, qué será de mí. Me quedo en el patio de atrás hasta que se hace de noche, sudando miedo y vergüenza junto a los amigos del tren del terror, que parecen hoy comprenderme mejor que nunca. No hay suficientes pechugas de pollo en la provincia para calmar esta angustia, pero casi puedo sentir cómo una mano grande y tierna capaz de caligrafiar una letra llena de gracia y sentimiento, esa mano con la que llevo soñando desde la primera pregunta que hice, se posa sobre mi cabeza gacha.

Mientras me sumo en un martirio mental que no me deja dormir, mi abuela madruga para ver los encierros un día tras otro. Por las mañanas, insomne y cansada, me limito a dar vueltas en la

cama hasta las diez lidiando con sus gritos. Al rato me visto y la acompaño a comprar churros, paseo que me brinda un profundo consuelo. Esta dinámica consigue que las mañanas comiencen con un aire alegre y mantengamos buen ánimo durante varias jornadas, pero en cuanto terminan los sanfermines pierdo la costumbre. Esa y todas las demás.

Estoy tirada en el sofá en bragas y camiseta pendiente de un libro de colorear. Solo tengo cinco años así que las manualidades todavía no se me dan muy bien y la falta de destreza resulta frustrante. Le quise aplicar un acabado satinado a los adornos de un vestido rosa restregando un bálsamo labial por la página y el resultado no ha sido el que esperaba. Trato de arreglar el estropicio pintando por encima con una cera normal pero ahora el resto de los colores resbala y no hay forma de remediarlo. Bueno, no pasa nada, tenía que intentarlo.

Mi madre se ha puesto guapa esta tarde y la veo nerviosa. Mi abuela cose sentada frente a la máquina con la oreja puesta en la tele. A veces se reclina hacia atrás, gime por el dolor de espalda, se asoma a la pantalla y comenta con sorpresa las imágenes porque se las imaginaba de otra manera.

—¡Anda, fíjate tú la buena melena que tiene esta muchacha con lo feita que me la imaginaba yo por la voz!

Suelto el libro de colorear y miro a mi madre dando vueltas entre la ventana que da a la calle y el cuarto de baño, retocándose el pelo y los labios pintados de morado a juego con la blusa. Al pasar cerca de mí, me habla casi sin verme.

—Marina.

—Qué.

—Vístete que vamos a tener visita.

—¿Qué visita?

—¿Te acuerdas que te he hablado de Domingo?

Lleva quedando con él unos meses. Me ha contado que es gracioso y torpe, que sabe muchas cosas y se ríe con él. Ella no me presenta ningún novio si no llevan ya viéndose un tiempo y cada vez pasa más entre uno y otro. Supongo que va a venir a saludar esta tarde. Entiendo ahora que esté tensa, para ella mi opinión es muy importante, de lo que a mí me parezca dependerá en gran parte el futuro de la relación.

—Sí, me acuerdo.

—Pues va a venir ahora en un rato a decirte hola, si te parece bien.

—Sí, por qué no.

Me siento erguida en el sofá y miro yo también con inquietud hacia la ventana. Me pregunto qué clase de tío pasará por ahí dentro de un rato. Voy a mi habitación y abro el armario.

—¡Mamá! ¿Qué me pongo?

Sus pasos se acercan.

—Espera, que te ayudo. A veces se me olvida lo pequeña que eres, ¿sabes?

—Ya.

—Mira, este pichi te lo pones por encima de la camiseta y ya estás presentable.

Lo saca de la percha, levanto los brazos y me lo pasa sobre la cabeza. Me doy la vuelta para ofrecerle los botones traseros y los abrocha.

—¿Cómo tengo los pelos? —pregunto. Me da la vuelta y me mira.

—Uh, de loca, vente al cuarto de baño. ¿Te has lavado hoy los dientes?

—Esta mañana.

—De eso hace mucho.

Me rehace la coleta mientras yo me cepillo los dientes. Escupo y me vuelve a escudriñar.

—Ahora sí tienes pinta de ser de buena familia. Venga, sigue a lo tuyo, tranquila.

—Vale.

Vuelvo al sofá y coloreo un conejo gigante sin pensar lo que estoy haciendo, eligiendo diferentes ceras con el piloto automático. El sonido de la máquina de coser me calma hasta que suena el timbre. Absorta en el conejo me he perdido a Domingo pasando por delante de la ventana. Ahora su estampa me va a coger totalmente por sorpresa.

—¡Ya está ahí! —murmura mi madre y se acerca a abrir. Él le dice guapa, le da un beso en la mejilla y entra dando grandes zancadas con una sonrisa nerviosa. Es colorado y cabezón. Mi abuela se levanta y acude con gesto inquisidor. Domingo se acerca a ella, la saluda y le da la mano.

—¿Cómo está usted, señora?

—Muy bien, gracias, hijo, con la espalda partida de tanto coser.

—Vaya por Dios —responde con gesto comprensivo y la voz alta y temblorosa. Se ha quedado enganchado en la letra p unos segundos. Es la primera persona tartamuda que conozco y no me lo esperaba en absoluto. Se gira hacia mí. Finge sorpresa.

—Anda, y tú tienes que ser Marina.

—Sí.

Me tiende la mano, se la estrecho y la agita en el aire. Cuesta un poco entender lo que dice, pero es simpático.

—Yo soy Domingo, encantado de conocerte.

—Lo mismo digo.

—Mira, te he traído esto.

Se saca del bolsillo una especie de pelota hueca con muchos colorines y un cascabel dentro. Creo que es un juguete para gatos y parece muy usado.

—Me lo he encontrado en el suelo por el camino y he pensado que te podía gustar.

Cojo la pelota y hago ruido con el cascabel. Su honestidad me agrada. No es un regalo ostentoso, de hecho es una mierda de regalo, pero tiene bonitos colores y hablarme de su procedencia es una forma de confesar que por el camino venía pensando en mí, que le preocupaba caerme bien, que no le importa un carajo lo que yo piense. Levanto los ojos hacia él, sonrío y pronuncio mi veredicto:

—Sí, me gusta, está bien.

Tercera parte

No he vivido lo bastante del siglo XX como para que signifique algo para mí. La primera mitad ni siquiera está en color, y el principio es la Prehistoria, está tan oscuro que es un poco azul. De 1900 para abajo lo único que percibo es un amasijo de plastilina mezclada sin ningún cariño, todo amarronado y sucio. Venimos de las sombras. Este milenio acaba en un naranja tostado, cálido y melancólico. La gente está adoptando una especie de actitud triunfal, como si hubieran vencido a un monstruo muy largo. Los noventa son lo último antes de lo próximo. Los mayores transmiten la sensación de cargar con un pasado lleno de sufrimiento. Nos tratan con condescendencia, las facilidades con las que contamos los niños de hoy les parecen una chuchería. No lo tenemos tan sencillo como ellos creen, pero nos gusta confirmarles que sí, que todo va a ir bien, por si acaso se van pronto que se vayan tranquilos, con la sensación de que la historia ha tenido un final feliz. Nosotros no tendremos esa suerte. Si echo cuentas, empezaremos a morirnos en masa a partir del 2040. Nos quedaremos en la mitad de la historia. Seremos testigos del desconcierto. ¿Qué cambio determinará un giro brusco para el futuro? Domingo dice que siempre hay algo. En algún momento seremos los últimos en llevar la mecha de este tiempo, cuando ese algo se lo haya comido todo. ¿Serán los extraterrestres? ¿Los viajes en el tiempo? ¿El teletransporte? ¿La inmortalidad? Mi madre lleva un rato hablando al teléfono y no la estoy escuchando. Pego la oreja al cacharro y trato de seguir la conversación.

—Si lo piensas dos mil años no son tantos.

—Por Dios, mamá.

—Qué.

—Que son un montón.

—Mira, echa la cuenta. Dos mil años son más o menos ochenta vidas de persona.

—¿Ochenta vidas?

—Sí, ¿no?

—Esa cuenta no está bien hecha.

—No, espérate, son cuarenta.

—¿Qué?

—Cuarenta vidas son, hija mía.

—No puede ser, es demasiado poco.

—Ya.

Por alguna razón esta cifra nos ha puesto tristes. Hablamos mucho por teléfono y no siempre tenemos cosas que contarnos, nos dedicamos a darnos cháchara. No suelo atreverme a sacar temas escabrosos y ella parece preferir la charla distendida y ligera. Rompo el silencio pidiendo que se ponga Domingo. Mi madre le pasa el teléfono.

—Do.

—Dime, so.

—Te voy a preguntar una cosa, ¿vale?

—Venga.

—¿Tú crees que el futuro va a estar bien?

—¿Bien en qué sentido?

—En el sentido de si va a ser muy raro.

—Dame más datos.

—A ver, por ejemplo, ¿por qué las películas del futuro dan tanto miedo?

—No todas dan miedo.

—Dime una que no dé.

Su garganta emite un sonido peculiar cuando se concentra para pensar o realizar alguna actividad compleja, como si crujiera algo por dentro.

—*Desafío total* no da miedo ninguno.

—¿Cómo que no? ¡No me la recuerdes!

—Pero si es muy divertida.

—Es que una cosa no quita la otra.

—Mira, socia, el ser humano se ha imaginado siempre el futuro muy negro, pero por el momento parece que no estamos yendo a peor sino a mejor.

—¿En serio?

—Por el momento así parece.

—No sé, es como que en las películas está siempre oscuro.

—Porque así es más barato.

—Y porque estamos cagados.

—Anda ya, socia, si las películas de miedo te encantan.

—Algunas son bonitas, pero lo paso fatal.

—Pero si estás enamorada de Freddy Krueger.

—No me hables de Freddy, ¿para qué me dejasteis verla?

—Pero qué me estás contando, si te dijimos que te iba a dar mucho miedo y te quisiste asomar al pasillo de todas formas.

—¡Y vosotros os dabais cuenta y no dijisteis nada!

—Es que un poco de terror no tiene nada de malo, además parecías empeñada.

—Pues me arrepiento.

—Qué te vas a arrepentir, Freddy es simpatiquísimo, hacéis muy buena pareja.

—¡No digas eso! De todas formas, yo no decía las películas de miedo, decía las del futuro.

—Pues anda que no te lo pasas bien con *Robocop*.

—¡*Robocop* da un montón de asco!

—Qué exagerada.

—¿Exagerada? Me pones a veces unas películas que me vuelven mucho más loca de lo que estoy.

—¿Loca en qué sentido?

—Pues que algunas veces se me juntan todas las cosas raras que he visto y no me las puedo quitar de la cabeza.

—Comprendo la situación, pero no temas, esas cosas raras no te harán daño.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque esas cosas raras van de frente, te perturban como la vida misma, que es una cosa muy rara.

—Ya.

—Sin embargo, esas peliculillas blandengues que te gustan tanto son mucho más peligrosas, aunque parezca lo contrario.

—¿Por qué? *La Sirenita* nunca me ha provocado un pensamiento feo.

—No de forma consciente, pero se te meten mensajes nocivos dentro, como virus.

—No sé, y si todo es raro o malo, ¿cómo me escapo? Entre una cosa y otra voy a acabar fatal.

—Pero bueno, ¿tan loca te parece que estás?

—No sé, algunas veces no y otras sí, bastante.

—¿Pues sabes lo que te digo?

—¿Qué?

—Que eso es buen síntoma.

—¿El qué?

—Que digas que te ves loca. Los locos de verdad siempre están con el rollo de ¡yo no estoy loco, yo no estoy loco, suéltense! Eso sí que da miedo, la gente que dice que está perfecta, que es totalmente normal, que lo tiene todo controlado. De esa gente no te fíes un pelo.

—¿Pero entonces qué pasa, todo el mundo está un poco loco?

—En efecto, y el que diga lo contrario es un necio o un estafador o un enfermo.

—Pero yo tengo mucho miedo de estar loca.

—Bueno, eso es normal, la mente es una cosa muy compleja. Mira tu madre, siempre diciendo que está zumbada y es la mujer más sensata que he conocido.

Me quedo pensando un momento y de repente irrumpe en la salita una de mis sintonías preferidas. Hay que cortar en seco.

—Domingo, te dejo que están empezando *Los vigilantes de la playa*.

—Por el amor de Dios, qué horror, ¿y eso no te da miedo?

—Me da igual, quiero ver los bikinis. ¡Adiós!

—Hija de mi vida, cómo te puede la estética.

—Sí, sí, sí, sí, ¡hasta luego!

—Venga, hasta luego.

No me gusta perderme la cabecera. Nunca sabes lo que va a pasar durante el capítulo, los hay con más carne y con menos, pero la cabecera está hasta arriba. En mi casa gozo de bastante permisividad, pero es curioso cómo a tantos mayores les resulta gracioso el terror y nos dejan enfrentarnos a violencias reales y ficticias mientras están radicalmente en contra de exponernos al erotismo. Yo no tengo nada en contra de ninguna de las dos cosas, ambas me atraen, pero noto que el sexo me sienta mejor y me da rabia que esté peor visto. Mi abuela tiene un criterio muy justo y todo le puede interesar. De hecho, si en un canal hay tripas y en otro tetas, prefiere las tetas, tanto si estoy yo delante como si no, mientras que Domingo se decantaría sin dudar por las tripas. Esta serie no es muy buena en ningún sentido, pero a ella también le encanta. Cada una tiene sus motivos.

—Niña, tráete los pistachos.

—¿Has comprado pistachos?

—Sí, esta tarde. Corre que ya está ahí Mitch Buchannon, mira qué guapito es.

—A mí no me gusta.

—¿No?

—No.

—Entonces quién te gusta a ti.

—A mí de aquí no me gusta ningún vigilante, me gustan las vigilantas.

—Ah, bueno, ¿y te gustan todas o una?

—Mi favorita es Shauni.

—Ah, la más rubita que tiene la cara así cuadrada.

—Sí.

—Muy mona la muchacha.

La charla de esta tarde ha sido positiva. Mi madre ha salido del hospital y hablaba desde casa. Me la imagino en el sofá durmiendo todo el día de costado mientras las heridas se cierran. Los hospitales me parecen bonitos, adoro a los médicos y hubiera preferido que me dejaran ir de visita, pero mi madre les tiene pánico y sin duda es una buena noticia que haya salido de ahí. Me siento mejor. Empezamos con los frutos secos y no paramos. Durante los anuncios aparece el hermano pequeño de Macarena en la ventana de la salita. Dice que si me bajo. Salir es un lío, mejor me quedo aquí y cuando termine el episodio dibujo los bañadores que más me hayan gustado. Al final me animo y pinto una playa toda llena de amigas. ¿Cómo acabará siendo mi cuerpo en su momento de plenitud? ¿Seré alta? ¿Qué tipo de tetas me saldrán? Cada vez me da más rabia no haber nacido en un cuerpo de niño. ¿Será igual de raro para ellos? No sé, no creo. Lo de cambiar de voz y perder el pelo tiene que dar corte, pero esto es raro a otro nivel. No quiero quedarme embarazada y parir, no quiero que se me considere débil por sufrir más cuando precisamente es al contrario. Siempre me han gustado los vestidos y los lazos, pero a medida que esa disconformidad crece aumenta en mi interior la idea de convertirme en un niño de algún modo. No me veo como una chica del todo y creo que tampoco podría ocurrir al contrario. No soy ninguna de las dos cosas. Pero si me obligan a elegir, a lo mejor en algunos momentos voy a preferir comportarme como un tío.

La verdad es que me quejo sin saber. Apenas conozco a los hombres. Echo de menos familiarizarme con sus formas. Me interesa ver cómo Domingo se afeita, cómo se queda calvo. Cuando estoy cerca de mis primos me los como con los ojos, pero no ocurre muy a menudo. A los tres años estaba sentada en la calle con mi madre y por primera vez escuché pasar al afilador. Ella me explicó el oficio y la superstición que lo acompaña. Si oyes pasar al afilador tocando la flauta, tienes que ponerte cualquier tipo de tejido blanco sobre la cabeza y pedir un deseo. Aquel día iba yo con un delantalito cosido por mi abuela, parte de un disfraz que me había puesto sobre la falda, y las dos lo usamos para desear cosas en silencio con los ojos cerrados.

«Quiero ser una princesa», pensé, y me arrepentí de inmediato. No tenía ni idea de lo que las princesas hacían de verdad, su estética no tiene mucho que ver conmigo y a estas alturas me parece un trabajo duro y aburrido. Le pedí al destino que me permitiera rectificar y volví a intentarlo. «Quiero tener un padre, un abuelo o un hermano». Me valían las tres cosas, y si podían ser todas a la vez mejor. Me han contado historias sobre padres ausentes y abuelos muertos, pero las historias no huelen ni tienen voz, no puedes mirar cómo envejece la piel de los dedos de cerca.

Lo que añoraba era sentir confianza plena hacia alguno de esos bichos más grandes y rudos que se hacen llamar hombres, igual que la siento hacia algunas mujeres de mi alrededor. Quiero saber cómo son por dentro, pero si te aproximas un poco te arriesgas a que te tachen de zorrита o de marimacho. Resulta bastante incómodo porque no veo qué hay de malo en ser una zorrита o un marimacho. «Los niños con los niños y las niñas con las niñas». Se repite esa monserga sin parar y se finge una especie de asco y profundo desprecio hacia el equipo contrario. Faltan la mezcla, el interés. He visto que ellos tienen ganas de acercarse a nuestras muñecas y que las miran con curiosidad. Pero les puede el temor a ser insultados y mutilan su sensibilidad hacia el color rosa. Entiendo la situación. Me dan pena. Muchos tienen tanto miedo y tantas ganas de conocernos que solo se les ocurre venir a fastidiar. A levantarnos la falda, a estropearnos las muñecas. Lo de la falda puede ser repugnante o tener gracia. A mí me suele hacer gracia porque estoy muy salada y deseando ser tocada de cualquier forma, pero me molesta que tenga que ser así. Lo de boicotear nuestros juegos es terrorismo barato. «Los que se pelean se desean». Este protocolo tiene más sentido, pero tampoco lo apruebo. Estamos tan lejos que el único recurso a mano es tirarnos de los pelos. No estoy dispuesta a aceptar el fastidio como cortejo. Soy poco sociable, pero considero que tengo un montón de motivos justos para repudiar el panorama.

No alcanzo a comprender lo que significa Domingo. Sostiene por ejemplo que los hombres no lloran, y se toma bastantes molestias para ridiculizar esa imagen si por cualquier motivo sale a relucir. Es una risa de niño malo. Falsa, cruel, aprendida. No podéis pedirme que me fíe de un niño malo.

Con un amigo me bastaría para saciar esta inquietud. Estar sentada en clase junto a Juan Carlos era una gran fortuna. Nos llevábamos bastante bien, pero partiendo de tan lejos se necesita mucho tiempo para construir una amistad sólida, y justo cuando estoy a punto de conseguirlo me vuelven a cambiar de sitio. No tengo ganas de empezar otra vez. Estoy cansada. La última escena con Lucía me atormenta. Perdí todos los puntos que me quedaban. Solo quiero quedarme en la cama aferrada a mis objetos preferidos. Estos pequeños objetos son fáciles de controlar. Cada vez albergo más apego hacia los juguetes, los dibujos, los rotuladores, las estampitas de «Bola de Dragón».

A lo mejor es que en este mundo no es posible que ninguna cosa te guste del todo, y menos todo el tiempo. La estabilidad está en los placeres sencillos. Los básicos no fallan. Una fuente de filetes empanados, un helado de limón, una muñeca bien peinada, que alguien te enseñe sus estampitas repetidas y encontrar en mitad del fajo una que a ti te falta. Esas cosas me las tomo tan en serio porque son las únicas que no me quitarían si todo se fuese a la mierda. ¿Cómo de mal tendría queirme como para no poder comerme un polo de vez en cuando?

—Abuela.

—Qué —contesta sin levantar la vista del cuadrado blanco de *crochet*.

—¿En los colegios de monjas ponen filetes empanados?

—Ay, hija, eso no lo sé yo.

—¿Y a la plancha?

—Eso seguro.

—A la plancha también me gustan.

Me mira por encima de las gafas sin dejar de tejer.

—¿Los quieres para cenar? ¿Con un poquito de limón?

—Ay, sí.

—¿Con berenjenas fritas?

—Sí, sí, sí.

Acompaño a mi abuela a la cocina y observo cómo pela las berenjenas y las pone a remojar. Se enciende un cigarro y salimos al patio a regar. Cuando volvemos, le pregunto si las puedo enharinar yo.

—Bueno, pero tienes que menear las berenjenas al ritmo *del baión* porque así es como quedan crujientes.

—Vale.

Las escurrimos y las metemos en un recipiente cerrado con harina de freír. Lo sujeto en las manos esperando la señal.

—¿Preparada?

—Sí.

—Pues venga.

Empieza a cantar mientras yo agito las berenjenas para que se mezclen con la harina:

Tengo ganas de bailar el nuevo compás,

dicen todos cuando me ven pasar

¿Chica, dónde vas?

¡Me voy a bailar, el *baión*!

Ya viene el negro zumbón

bailando alegre el *baión*,

Repica la zambomba

y llama a la mujer.

Repite las dos estrofas chasqueando los dedos y ya están listas para freír. A mi abuela no se le da bien solucionar problemas grandes, se pone muy nerviosa ante las encrucijadas de la vida, pero los pequeños son su especialidad. No te salva el culo, te aplica la mejor pomada. También es importante, también ayuda. Mi madre sin embargo es un guerrero de los que echan a correr gritando en primera fila, de los que se llevan la hostia en la cara y siguen corriendo hasta que no tienen fuerzas, de los que son capaces de emplear el último aliento en acuchillar al enemigo sin haberse parado a pensar si les escuece el culito de cagarse encima en la trinchera. Aquí estamos, la niña y la vieja, poniendo la mesa con parsimonia mientras ella combate. A veces pienso que la mayor virtud de la abuela reside en ser esa clase de actriz magistral con talento suficiente como para fingir que es mala actriz, para que los demás se confíen por no creerla capaz de llevar a cabo un engaño. Es consciente de las cosas que pasan, pero se concentra plenamente en el presente, en la alegría básica de seguir existiendo.

—Abuela —le pregunto en cuanto está la comida en la mesa.

—¿Qué?

—¿Tú sabrías hacerme ropa para las muñecas?

—Y tanto que sí.

—¿De verdad?

—Claro, ¿qué quieres que te haga?

—Muchas cosas, pero lo primero, un traje de enfermera y otro de cirujana.

—Uno verde y otro blanco, ¿no?

—Claro.

—¿Y de princesa no quieres? Que también te puedo hacer.

Pienso en el catálogo de Chabel Cenicienta y los modelos que me interesan son claramente los de la versión pobre, antes de que aparezca el hada madrina.

—Sí, bueno, alguno estaría bien, pero primero prefiero de campesina.

—Pues mira, ahora cuando nos terminemos esto, vete al armario y mira en la bolsa donde están todos los retales, que algo tiene que haber, te traes también unos corchetes y vas a ver.

Me acabo la fuente de berenjenas con pasión y corro a sumergirme en ese abismo de trocitos de tela. Un cálido sentimiento de esperanza me flamea en el esternón. Si ves que se te acaba el aire olvídate de la guerra, mamá. Emplea tu último aliento en venir a verme a mí, por mucha vergüenza que te dé enseñar las heridas.

Las horas se arrastran a lo largo de nuestras tibias actividades. Coger jazmines. Ver cómo se abren. Olerlos. Regar las plantas. Hacer croquetas. Dibujar. Coser. Cambiar a las muñecas de ropa. Peinarlas. Pintarles heridas para curarlas después. Ver la tele. Escuchar la radio. Ir al supermercado. Saludar al carnicero. Hablar por teléfono. Pasar lentamente las páginas de las revistas de patrones de hace veinte y treinta años que mi abuela guarda en un mueble. Señalar con una equis todos los vestidos de niña que me gustaría tener sabiendo que apenas me queda tiempo para llevarlos entre que me estoy empezando a hacer mayor y casi no salgo a la calle. Macarena y su hermano en la ventana del salón. Yo diciendo que no con el dedo. Que no y que no.

El verano es una charca caliente de cuatro meses, pero entre el veinte de julio y el diez de agosto tiene lugar una especie de inmersión más profunda, como si el sol pegara tan fuerte que los bichos de la charca cavaran hacia abajo buscando cobijo. Las casas se convierten en cuevas oscuras. Si salgo a la calle suele ser acompañada o a las cuatro de la tarde, cuando no hay nadie, y merodeo alrededor de la moto de Amor y de las ventanas que más me inquietan. Hay algunos bajos y primeros pisos en los que vive gente que jamás sube la persiana. Supongo que desean preservar su privacidad a toda costa. Algunos son viejos huraños. Otros son adultos esquivos. A estos últimos me los imagino follando todo el día con la casa en penumbra, y espero ver algún día a través de una rendija inesperada un zapato levantado en el aire o algo así.

Mi abuela colocó el año pasado un aparato de aire acondicionado en la salita que nos pega en toda la cara cuando estamos mirando la tele. Nuestra calidad de vida ha mejorado mucho. En el piso que compartimos con Domingo se pasa peor. Allí a menudo me parece estar flotando en ácido. Aquí, en el bajo izquierda, sombrío y atrincherado hasta las ocho y media de la tarde, me siento dentro de una barriga calmada. Cuando estoy nerviosa me duele el estómago. Para evitarlo procuro mantenerlo entretenido con abundante alimento y temas de conversación lo bastante intensos como para distraer la boca escocida que me habla desde dentro del esternón. Dibujo luchas encarnizadas entre criaturas del averno. Dejo bien claro que la proporción es gigantesca y le doy fuerte al rojo. Que haya sangre, garra, dientes enormes, encías al aire. Cuanto más grandes mejor, cuanta más sangre mejor. Se me va la cabeza. Retuerzo unos miembros contra otros hasta un

nivel absurdo y como me mata la limitación técnica, cojo un cuaderno de rayas patrocinado por Renault Clio y, apretando mucho el lápiz, empiezo a describir la forma en que moriría devorada por un tiburón blanco. Cómo vería que se aproxima, emergiendo, abriéndose paso a través de un agua cristalina que me permitiría conocer la noticia bastantes segundos antes de que me mordiera la primera pierna y se tiñera todo de rojo como la bañera de Lucía. ¿Por qué tuve que contradecirla cuando me contaba lo de la regla? La historia era buena. ¿Por qué no pude dejar que me chupara un poco la lengua? No tenía nada de malo. ¿Me pasará esto siempre, con las ganas que tengo?

—Abuela, ¿en Marbella hay tiburones?

—Pues no sé, yo creo que sí.

—¿De verdad?

—Seguro que hay, ¿no ves lo hondo que está el mar?

Su razonamiento tiene tanto sentido que lo doy por válido. Nos hemos bañado juntos. Los imagino nadando bajo mis pies, rondándome como un montón de pretendientes alrededor de una ventana con reja. A ellos me podría entregar fácilmente porque no tendría escapatoria. Son las doce de la noche. En la tele está nuestro programa favorito de este verano, uno de misterio llamado *En los límites de la realidad*. Ocurre lo de siempre, que no me lo quiero perder por nada del mundo, pero luego paso unas noches terribles. No es que dé mucho miedo, hay momentos que incluso hacen gracia, pero el tono del programa me empuja a cuestionar todo lo que tengo entendido. Sale mucha gente ahí contando cosas que luego es como si no existieran. ¿Qué pasa con esto? Mi abuela cree en los fenómenos paranormales y asegura haber tenido dos incidentes inexplicables relacionados con ovnis. No uno, dos. Ha narrado estos episodios hasta la saciedad. La primera vez fue aquí mismo, desde la misma ventana a la que me asomo yo. Extrañada ante los cambios bruscos de color del cielo, salió a la plaza en plena noche. Bajo una luz purpúrea, una especie de botellín de Cruzcampo gigante se desplazaba como un zepelín. La vez siguiente iba en el coche por el campo con Manuel, el segundo marido, y ambos se vieron deslumbrados por un foco cegador que se aproximó a ellos a toda pastilla. Cuando estaba a punto de alcanzarlos y se abrazaron para recibir el impacto, el foco despegó y se esfumó volando en el aire. Estas historias son para ella tan ciertas como el aire que respira, y si alguien discute su testimonio se ofende profundamente. Siempre que visitamos nuevos lugares estamos pendientes de posibles avistamientos de ovnis. Me señala un montón de falsas alarmas y no sé si es que ella está loca de fantasía o si es que quiere volverme loca a mí o las dos cosas. Yo lo intento, pero no consigo creer en los extraterrestres. Me ayudaría mucho, pero no consigo creer en nada.

¿Cuántas posibles versiones de la realidad hay? ¿Por qué la oficial es tan sospechosa? ¿Por qué ninguna resulta verosímil? ¿Cuándo coño podré ver a mi madre?

Ha llegado el momento de ir a comprar el bote anual de Gloria Vanderbilt. Ya es agosto, así que la ciudad está desierta y carbonizada. Mi abuela me hace una coleta sucia, tirante y mojada, y antes de salir a la calle nos ponemos crema solar en la nariz y en los hombros. Ella lleva los labios pintados de rosa, un vestido lila de corte japonés y unos pendientes dorados. Emprendemos el camino sobre las seis de la tarde. No nos importa demasiado el calor, pero a veces nos dan ataques de sed y hay tortas por la botella de agua que lleva en el bolso. Lo que sí me preocupa es

ir con ella en el autobús. Le encanta hablar con la gente que tiene alrededor y yo con la gente no suelo querer nada. Es una pena porque los trayectos podrían ser bonitos y siempre se arruinan. Hoy estoy de suerte, dentro de esta cafetera caliente no hay nadie más y el conductor se ha mostrado reactivo a las simpatías. Así que lo único que suena durante el viaje es su voz leyendo los carteles que le van llamando la atención. También me señala las casas que le parecen bonitas, los jardines, los animales.

—*Adilas ed orrocos* —pronuncia de repente. Es salida de socorro con las palabras leídas al revés, tal como aparece escrito en el ventanal que tenemos delante. Nos reímos con poca energía. He querido venir con las cangrejas de playa pensando que sería una solución fresca y tengo las suelas tan encharcadas que me da miedo resbalar dentro de mi propio calzado. Cuando llegamos a la última parada y nos ponemos de pie me doy cuenta de que el enemigo final son dos rozaduras como dos demonios en los tendones de Aquiles. Es asombrosa la facilidad con la que se nos rompe la piel a los niños. Supongo que eso significa que si me cocinaran saldría jugosa. He visto un montón de historietas sobre bebés horneados como lechones, normalmente servidos en banquetes repletos de tíos en traje. Esas historietas no me dan ganas de comer bebés. Me indican con gracia y estilo que los tíos trajeados no son de fiar. Al entrar en El Corte Inglés noto que es verdad, que donde abundan los trajes el ambiente no es relajado, aunque al principio parezca que sí. La sección de perfumería es abrumadora. El frasco en forma de cisne es despachado en segundos. Trato de identificar el bote de colonia de mi madre en los mostradores, pero es muy rebuscado y no lo encuentro. Mientras la abuela paga, acudo a otra dependienta y le pregunto a toda prisa por esa marca. Me mira extrañada.

—¿Y tú con quién estás?

—Con mi abuela —contesto señalándola. Mi abuela se está riendo frente a una caja registradora, hablando de potajes de chícharos. ¿Cómo conseguirá llegar con esa facilidad al tema de los potajes?

—Vale, vente conmigo.

La dependienta uniformada me conduce a un mostrador apartado y saca una caja rectangular de un cajón. Leo la etiqueta.

—¡Sí, sí, esta es! ¿La puedo oler?

—Pues no tengo muestras, pero si quieres puedes acercar la nariz al bote.

—Sí, por favor.

Una muestra gratuita de este olor solucionaría algunos de mis problemas a corto plazo, pero menos es nada. Esnifo el difusor dorado con todas mis fuerzas y mi abuela me coge del brazo.

—Niña, no te vayas sin decirme nada que no veas el susto.

—No pasa nada, estaba aquí al lado.

La dependienta sonrío haciendo ver que estaba al tanto de todo.

—¿Qué haces, oler la colonia de tu madre?

—Sí.

—Ay, Jesús, vaya por Dios.

Suspira con comprensión sin indagar más en el tema y se despide de las chicas del departamento de belleza. Nuestro próximo cometido es el mejor: elegir un pequeño regalo para cada una. Ella encuentra en la sección de decoración una pareja de búhos pardos de cerámica, uno bailando y el otro cantando, y los visualiza en el mueble de la tele. Yo, adaptándome al

presupuesto limitado de mil pesetas, renunció al bote de colonia sin pesar y me derrito frente a un estuche rosa de Helio Kitty en el que la goma y el sacapuntas salen expulsados cuando aprietas ciertos botones.

Esperando el autobús de vuelta, me asomo al interior de la bolsa verde, blanca y negra y repaso el contenido.

—Oye, abuela.

—Qué.

—¿Y los búhos?

—¡Anda, coño!

Abre el bolso y los saca. Los guardó ahí de camino a la sección de papelería porque estaba harta de cargarlos en la mano y se le iban a caer. Me pidió que le recordara que estaban ahí antes de pasar por caja, pero se me olvidó.

—¿Los hemos robado?

—Pues ha sido sin querer, pero sí.

—¿Cuánto costaban?

Cojo uno y miro la etiqueta que lleva pegada bajo los pies. Quinientas noventa y cinco pesetas. Eso por dos. Nos meamos de risa en el autobús que vuelve a ir vacío. El ambiente del mes de agosto es lo mejor que hay. El vecindario permanece tranquilo hasta la noche. Riego las plantas del patio acechada por todo tipo de criaturas terrestres y marinas y le doy vueltas al estuche de Helio Kitty sobre la mesa, maravillándome en la belleza de sus detalles. Los jazmines se han abierto en las dos mesitas de noche. Acabamos de cenar. Nos estamos cambiando en el dormitorio. Mientras ella se pone el camisón blanco con lunares, yo corro hasta la tele pequeña y pulso los botones de los canales a toda prisa en busca de algo nuevo e interesante.

—A las once empezaba una película buena.

Lo más frecuente es que no estemos demasiado de acuerdo en lo que significa una película buena, pero algunas veces resulta muy evidente. La he encontrado. Es de una época que suele darme asco, pero aquí todo resulta bonito, encantador, tremendamente inquietante. Nos tomamos la trama muy en serio. La protagonista es una chica que se llama Carrie y su belleza monjil mantiene un nudo apretado en mi estómago que se retuerce sin parar. Acaba muerto este pobre ángel que nadie está dispuesto a encarnar. Yo tampoco quiero ser la Carrie del barrio. A mi abuela le indigna que la traten así siendo igual de guapa que las demás y sabiendo hacerse su propia ropa. A mí me duele darme cuenta de que incluso la parte fantástica de esta historia es más realista que *Salvados por la campana*. *Salvados por la campana* describe el futuro que deseo para mí, me gustaría ser algo parecido a Jessica. También me duele no tener poderes mentales. Mover cosas solo con pensarlo resultaría útil. Por lo menos podría atreverme a cantar y bailar en público. Con el susto del final chillamos y nos reímos y es como si la tensión se hubiera disipado. Mi abuela se duerme. Yo me levanto y voy de puntillas al salón. Miro las vitrinas de la librería, las dos llenas de vasos exóticos. Mis favoritos son unos de tubo muy coloridos. Intento moverlos a base de mirarlos fijamente. Nada sucede. Me hubiera gustado usarlos en algún cumpleaños, pero casi nunca deja que los coja nadie, les tiene mucho aprecio y no quiere que se rompan. Supongo que para ella significa mantener cierto tiempo bueno presente. El tiempo que pasó con el segundo marido, con el que al parecer nunca se peleó. Mi madre sin embargo sí recuerda unas cuantas broncas, y habla de ellas con la misma saña con la que menciona a los grises, esos rancios

peligrosos que le pegaron cuando se manifestaba tratando de reclamar un mundo más divertido, un mundo que no fuese un tostón. Acudo al cuarto de baño, abro las puertas de la repisa, saco todos los productos cosméticos y los esparzo sobre el lavabo. Los voy mezclando todos dentro del tapón del suavizante inagotable tratando de buscar una fórmula concreta pero lo único que conozco yo de la química es que los científicos suelen adoptar una actitud concentrada. Así, muy seria, rebujo quitaesmaltes con el crecepelo de Manuel, aquí guardado durante años, añado unas gotas de colonia para bebé y otras de Gloria Vanderbilt. Acerco la nariz esperando olfatear la remota esencia de mi madre y quedo decepcionada. Un ronquido fuerte me coge por sorpresa, imagino a Carrie derritiendo los barrotes de la ventana y entrando en el salón como si nada. Recojo a toda prisa los restos del experimento fallido y vuelvo a la cama muerta de miedo. Me aprieto contra el camisón de lunares.

Tengo un montón de papeletas y ningún talento para la telequinesis. Por favor, Señor, no me dejes acabar como ella.

Por la mañana amezco sola en la cama de matrimonio. No hay nadie en casa. Enciendo la tele. Resulta muy deprimente que sea tan tarde, me he perdido todos los dibujos. Como es domingo, están reponiendo la gala de anoche. Rocío Jurado y Raphael cantan «Como yo te amo» a grito pelado. Se me saltan las lágrimas inmediatamente. Sigo mirando la pantalla con las mejillas chorreando hasta que mi abuela pasa por delante de la ventana y me limpio contra los brazos sofocando el puchero.

—¡Hombre, pero si hay aquí una loca en pijama! —exclama.

—¡Hola!

—Me han dicho por ahí que para desayunar te vas a poner fina de alitas de pollo.

—Uf, qué suerte.

Me recuesto en la silla y expulso el aire que estaba reteniendo en el pecho sin darme cuenta. La abuela me ha vuelto a salvar. Levanta el dedo para indicar un estado de alerta y se acerca hasta la tele a toda prisa con la bolsa de la carnicería en la mano.

—Mira, niña, qué guapa está Rocío Jurado con sus buenas pechugas.

—Sí.

—Hay que ver qué melena, está monísima. ¿Ha cantado «Señora»?

—Que yo sepa no.

—«Señora» es la que más me gusta a mí, pero esta también está bonita. Mira, se me ponen los pelos de punta.

—A mí también.

—Pues yo pensaba que tú eras más como tu madre, que le gusta el *rock and roll*.

—Es que a mi madre le gustan muchas cosas. También le gusta Rocío Jurado. Y Marifé de Triana.

—Yo qué sé lo que le gusta a tu madre, no tiene vergüenza ni para pegar un sello.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Nada, hija, no pasa nada, tu madre tiene mucho talento y te quiere con locura, a ver si llama.

Me da un beso en la cabeza. El agujero en el pecho se me vuelve a abrir, pero pronto me afano en llenarlo de alitas de pollo. Después de comer suena el teléfono. Mi abuela me mira levantando

las cejas con ilusión, dándome a entender que seguramente sea para mí. Lo cojo. Es mi madre.

—¡Marina!

—Hola, mamá, ¿cómo estás hoy?

—¡Tengo una noticia buena!

—Cuál.

—Vengo de recoger unos análisis del hospital y dicen que estoy mejor.

—¿En serio?

—Sí, hija, ole todos los muertos de mi médico y el chocho de su puta madre.

—Ole, ole.

—Y nos vamos a mudar a otro barrio.

—¿Cómo?

—Como te lo digo.

—¿A qué barrio?

—A uno con muchas piscinas.

—¿En serio? ¿Vamos a tener piscina?

—Sí.

—¿Y luego? ¿A qué colegio voy a ir?

—Hay uno cerca, acabo de llamar y me han dicho cuándo tengo que entregar los papeles.

—Ah.

—Mañana te recojo y te llevo a verlo, ¿te parece bien?

—¡Claro! Pero mamá.

—Qué.

—No sé, cuéntame más cosas.

—¿Qué quieres que te cuente?

—No sé, más cosas, qué va a pasar y eso.

—Pero si te lo estoy contando en cuanto me he enterado.

—Pero yo digo que si el tratamiento te va a curar.

—Ay, hija, lo mío no tiene cura, pero mientras no reviente el cuerpo vamos a mudarnos a un sitio con piscina comunitaria, ¿tú qué dices?

Mi risa reúne tantos sentimientos a la vez que es más bien un graznido entrecortado.

—¿Comunitaria es como la de los hoteles?

—Sí, entran los vecinos con un carnet.

—¿Y tendremos carnets?

—Claro.

—¿Con foto?

—Sí.

—Seguro que no les llegamos a poner las fotos nunca, pero yo también prefiero que te mueras en una casa con piscina.

Ahora es ella la que se ríe en una especie de gruñido amargo, negro y alegre.

—¿Y las monjas?

—No te preocupes, me han dicho que la comunión la puedes hacer sobre la marcha si hace falta.

—Bueno, vale. ¿Y bautizarme no podía ser también sobre la marcha?

—Tú es que no entiendes lo serio que es lo del bautizo para esa gente.

—Qué asco la vergüenza que pasé.

—Pero si fue un momento.

—No quiero hacer la comunión, ¿eh, mamá?

—Ya lo sé, ya lo sé.

—Le dan vino a los niños, mamá.

—Hay que ver el miedo que te da el vino.

—Bueno, ¿vienes mañana?

—Sí.

—¿Sobre qué hora?

—No sé, yo te aviso.

Me despido desconcertada y contenta. Cuelgo el auricular. ¿No se dan cuenta los mayores de los giros bruscos que nos pegan como si nada? Dejo caer el culo a lo largo del brazo del viejo sillón verde y aterrizo en el asiento. Cojo a Canica en brazos y respiramos bajo el sol de la tarde. Felipe está tumbado junto al teléfono y mira al canario que no deja de cantar. Mi abuela cada día cuelga la jaula más cerca del techo. Contemplo el balcón de la abuela de Cristina. Aquí estaban los regalos cuando mi padre entró disfrazado de Baltasar con sus colegas. Mi madre parecía una chiquilla entonces. A las diez de la noche vuelve a llamar. Dice que mañana al mediodía viene a por mí. Prefiero no hacerme a la idea, por si acaso. Prefiero dormir sin contar con ello.

Como se supone que mi madre viene de camino, deseo saborear la veracidad de su llegada, recrearme en cada paso suyo recorriendo el trecho que nos separa, así que me siento en el portal. Quería ponerme el peto de Minnie, pero la mancha de caca líquida sigue ahí, así que he vuelto a apostar por la falda de palmeras y una camiseta en la que Goku y Vegeta posan juntos en otro planeta. Me he lavado los dientes y la cara. Llevo sentada sola en el portal un buen rato, apoyada en los barrotos de aluminio, abriendo y cerrando la compuerta que da paso a la llave del agua frente a los escaloncitos. En este agujero oscuro y grasiento introduje objetos de pequeña. Algunos los olvidé y los perdí. Otros se ensuciaron y me dio pena. Entonces podía levantar la compuerta con mi propio dedo. Ahora necesito un palito. El calor empieza a apretar otra vez. Un movimiento llama mi atención al otro lado de la calle. Es mi madre andando sola bajo la intensa luz naranja. Lleva una minifalda negra, un chaleco de flores, un bolsito, zapatos planos y gafas de sol. Cuando está cerca se quita las gafas. Me levanto, contengo un amasijo de sentimientos simultáneos y le doy un abrazo. No sé qué decir, así que dejo escapar un comentario frío y superficial.

—Hola, mamá, estás muy guapa.

—Hola, Marina, tú también. ¿Está ahí la abuela?

—Sí, en la cocina.

—La saludo y nos vamos de paseo, ¿vale?

—Vale.

Enfilamos hacia el coche cogidas de la mano. Ahora estamos esperando a que el semáforo cambie de color.

—Hace mucho que no me peleo con nadie —afirma como si nada.

—Pues que sea cuando no esté yo.

—Que no, tonta, que no me peleo.

—Anda que no.

Se ríe y mira desafiante al conductor de al lado. En parte me alegro porque significa que está recuperando fuerzas, pero lo que menos me apetece hoy es implicar desconocidos en una escena violenta.

—Mamá.

—Qué.

—Con lo de que tú estés mala qué pasa, dime más.

—Pues qué va a pasar.

—Eso digo yo.

—Bueno, pues que tengo más teclas que un piano, como siempre. Pero oye, el tiempo que dure, ese tiempo que duré. Mientras tanto vamos a intentar vivir normal, ¿no?

—Ya.

—¿O qué hacemos?

—Yo qué sé, eso.

—Pues claro. No va mal la cosa tampoco, ¿no?

—No, supongo que no.

—Tranquila que si se pone peor yo te aviso.

—Pero avísame, ¿eh?

—Que sí.

Sacando estas pequeñas dudas a la luz he conseguido extirpar sus ganas de bulla por un rato. Se ha evitado la típica escena en la que acaba gritándole a alguien que se caga en todos sus muertos mientras yo suspiro a un lado con pinta de modosita. Entiendo que su forma de canalizar los nervios es esa mientras que la mía es permanecer en formol, aguantando el chaparrón. En cualquier caso, no creo que esté dispuesta a darme ese disgusto por muy nerviosa que venga hoy. Emprendemos un camino que no había visto nunca, ancho y seco. Mi madre va hablando de las virtudes de la nueva localización, persuadiéndome para que esté tranquila y me anime. Pasamos por delante sin salir del coche. Se trata de un colorido y ardiente páramo, un oasis amarillo y naranja en medio de un desierto de solares adornados. Tiene buena pinta. Mi madre señala un contenedor de basura:

—Oye, niña, mira qué mesita de centro más buena.

Coincido con ella. La recogemos entre las dos, la metemos en el coche y volvemos a comer pimientos rellenos con la abuela. Reconozco que me encanta coger cosas de la basura con ella. En los semáforos me mira risueña desde el volante. ¿De verdad nos vamos a ir a vivir a ese sitio? Estoy tan contenta que me pregunto si todo ha sido una estrategia para que coja con ganas la mudanza. De tanto resistir los nervios me he vuelto mucho más oscura y ahora me da rabia que haya sido para nada, como si un mal final le hubiera dado más sentido a este verano a la sombra. Tampoco quiero hacerme demasiadas ilusiones, aquí los finales felices no son definitivos. Nunca sé cuánto tiempo van a durar las cosas y cuando nos fuimos a vivir con Domingo aprendí que lo que tú esperas no tiene que ser lo que luego ocurre. Solo tenía seis años y me había hecho a la idea de que Domingo era el novio de mi madre pero que quienes nos íbamos a vivir juntas éramos nosotras dos. No sé, supongo que sería una confusión, en esa época no te enteras muy bien de lo que está pasando, y cuando llegamos al nuevo piso y estaba él allí esperando fue como encontrarte

con un plato que no te gusta mucho al salir del colegio. Entendí la situación tarde, de golpe y ni siquiera me parecía mala o injusta. Para mi madre era mejor, así que para nosotras sería también mejor, y sin duda él es mi favorito de todos los hombres que me ha presentado. Los ha habido más guapos, con más dinero, incluso mi propio padre. Lo que hace a Domingo especial es que es el único que me ha tratado como a una persona. Me conoce, le caigo bien. Es un alivio.

—Marina, a ti te gusta estar a lo tuyo, todo el mundo dice que eres una miedosa y una redicha pero también que eres un encanto.

—¡Mamá!

—No te pongas rabiosa que lo que te voy a decir es bueno. La escucho.

—Lo que te quiero decir es que me doy cuenta de que no paro de meterte en movidas, que intento que no te salpiquen mucho, pero es imposible.

—Ya.

—Es que no puedo contártelo todo, ojalá pudiera, pero no puede ser.

—Ya, ya me imagino.

—Es un agobio ocultarte cosas, no te imaginas el cuidado que tengo que tener, hija, con lo pendiente que estás de todo.

—Que sí, que lo entiendo.

—Por ejemplo, tú entiendes que es mejor que la abuela no se entere de que tiene un sobrino en la cárcel, ¿verdad?

—Claro.

—Y yo me fío de ti, sé que nunca te chivarías. No serviría de nada, solo conseguiríamos darle un disgusto y alterar a la pobre mujer. No todo el mundo está preparado para las historias de cárceles. A ti se te dan bien las de cárceles, pero las de enfermedades todavía no. Y las enfermedades a la abuela se le dan muy bien. ¿A que la abuela no te ha puesto nerviosa durante el verano?

—No.

—¿Ves? ¿Qué habéis hecho?

—Pero si hemos hablado un montón de veces, no me hagas contarlo más.

—¿Os habéis acostado muy tarde?

—No.

—Seguro que habéis estado viendo la tele hasta las tres un montón de días.

—No, qué va, hasta las dos como mucho.

Su discurso es eficaz, no le discuto nada. Yo misma comprendo que ella, sin ir más lejos, no gana nada sabiendo cuántas noches he estado despierta hasta las cinco de la mañana en los últimos tiempos, cuántas veces he visto amanecer con el pecho encogido. Hay pocas personas capaces de digerir cualquier tipo de información. Todos necesitamos ciertas restricciones para que la máquina no se atasque.

Trato de asimilar el nuevo plan mientras cenamos cuando sale en la tele Mary Santpere, que se durmió el año pasado en un avión y no se despertó más. Mi abuela dice que le parece una magnífica forma de morir. Domingo cuenta a menudo que su abuela murió también con gracia, viendo la tele en una butaca. Cómo tiene que ser eso. Dormirte y que se acabe. De un negro a otro. Qué tranquilo, qué digno, qué íntimo.

La nueva casa es un primer piso y justo frente a la ventana de mi habitación brilla una farola que me ilumina durante toda la noche. Tras la farola hay una carretera, unos pinos, una vía de tren y un gran descampado que me permite contemplar mucho cielo. El balconcito del salón da a un trozo de césped y un edificio de ladrillo visto. La mezcla de verde y rojo oscuro resulta cálida y refrescante al mismo tiempo. Le queda poco al verano, así que el día dura menos y me gusta la forma en que se oscurecen los colores cuando atardece. Es como si nos hubiéramos venido a vivir a una pequeña ciudad en la que todo el año es vacaciones. Supongo que tengo esa impresión solo porque es verano, hace calor y todavía no hay que ir al colegio. En invierno será muy distinto.

Me agrada la idea de dormir junto a la vía. Tengo ganas de averiguar cada cuánto tiempo pasa el tren. Espero. El horizonte es llano, abierto, seco. Se ve muy polvoriento de día, pero por la noche resulta sórdido, negro y atractivo. Si mi madre se entera de que he cruzado la vía me mata, así que tengo que encontrar una forma de llegar hasta el otro lado dando un rodeo. Quiero ir a mirar si hay condones usados, estoy segura de que por la noche hay gente follando ahí delante. Dónde estarán. A partir de ahora creo que voy a preferir pasar los fines de semana aquí. No puedo desaprovechar la ocasión de espiar los pinos los viernes y los sábados. Me mantendré despierta por lo menos hasta las tres. Seguro que como mínimo pillo algunos adolescentes enrollándose. Quisiera bajarme a jugar precisamente ahora que soy pequeña, pero como víctima resulto demasiado débil aún. Ojalá me brinde el mundo una ocasión propicia para perderme en el bosque y ser asaltada por el lobo. No deseo ya que me obligue, sino que me coma. Soy un alimento de primera. Cuando se quede dormido le rajo la barriga desde dentro, se la lleno de piedras, la coso y me voy. Es mi especialidad. Hacer las cosas tarde y mal. Suspiro. Ya sé que no es tan fácil, que no se me da bien. Si no soy capaz de darle un beso a una niña sentada en un váter, ¿cómo voy a escaparme de casa?

Creo que se oye venir el tren. Salgo de la cama, me pongo las gafas y corro a asomarme a la ventana de puntillas. La luz del semáforo está en verde ahora. ¿Eso es que viene? Ahí viene. Tampoco trae pasajeros, solo carga. ¿Qué irá dentro de esos vagones de almacenaje? Son un montón. Viejos, verdes y rojizos. Mi nuevo compañero de cuarto se aleja.

A la mañana siguiente estoy en la habitación ordenando cosas cuando mi madre me llama a gritos.

—¡Marina, corre, ven!

—¿Qué pasa?

—¡Que está Diana Ross en la tele!

Corro con todas mis fuerzas al salón y encuentro a mi madre bailando frente a la tele. He pasado los últimos meses pensando que no la volvería a ver bailar nunca.

—¡Cómo me hubiera gustado ser una chica de coro! —exclama mientras gira sobre las puntas de los pies. Me acerco a la pantalla hasta casi tocarla y devoro la imagen de esta mujer alegre, sensible y juguetona disfrutando de su propio existir con un vestido rojo de sirena, con una peluca de Cleopatra, con guantes blancos, cantando una melodía encantadora de la que no necesito entender nada. Sé quién es Diana Ross porque hace varios años mi madre me llamó igual que hoy, una mañana de sábado, para que la viera. Era muy urgente, no me lo podía perder, ella sabía que me iba a interesar. Era verdad, me gusta tanto que algo muy dentro me escuece. Quiero formar parte de su mundo de luz y fantasía, pero mi realidad es muy diferente.

—¿Cómo se puede ser así, mamá?

—¿Cómo?

—Tan graciosa, tan guapa, hacerlo todo tan bien, no tener miedo de nada.

—Pero hija, que para eso solo hay que querer. Si no tienes miedo de que se rían de ti nadie se atreve a reírse de ti. Cualquiera puede ser una reina, no importa si eres gorda o flaca o blanca o negra. Si tú lo sientes así, nadie te lo puede quitar. Cuando esta tía empezó era una muchachita cualquiera.

—¿Tú sientes esas cosas?

—¿Yo? Yo sí, desde chica.

—Ay, yo no, pero tiene que ser muy bonito.

El vídeo termina y empieza otro de Alejandro Sanz que no me interesa nada. Huyo a mi cuarto para retener la energía y, pensando que cualquiera puede ser una estrella si se lo propone, salgo muy dispuesta de casa. La emoción del momento me ha llevado a combinar la blusa del bautizo con unos pantalones cortos blancos. Creo que voy vestida de tenista y eso me hacía mucha ilusión delante del espejo, pero en cuanto salgo del portal me empiezo a sentir cursi. Es tarde para arrepentirse. Los seis adolescentes que forman un corro en el suelo ya me han visto y se están aguantando la risa. Quiero volver a casa, pero sería más humillante aún si huyera para cambiarme de ropa y lo intentara otra vez con un conjunto más moderno, así que no me queda más remedio que seguir andando y esperar el salpición de mierda. Por mis venas no corre la magia de la purpurina, por mis venas corre un agua turbia y salada, como si me hubiera muerto de sed en un charco y me hubieran revivido ahí a finales del agosto más seco de la Historia. Soy incapaz de sostenerle la mirada a una amiga con las bragas bajadas, incapaz de bailar con mi madre, de decirle que la admiro, que la quiero. Esquivo estas piernas jóvenes y malignas con cuidado hasta que una amenaza con ponerme la zancadilla. Al final es la típica broma fea y el tonto quita el pie, pero ha conseguido desequilibrarme y la pandilla se dobla de risa viendo cómo trato de recuperar la compostura. Me traigo una relación desagradable e intensa con esta clase de capullos, está claro que de algún modo se sienten atraídos por mí. Me pregunto si alguno tendría suficiente fuerza como para obligarme a hacer algo bonito. Si no fueran tan estúpidos creo que podríamos llegar a un acuerdo saludable. Doblo la esquina, dejo de escuchar sus palmadas y carcajeos y busco el camino del pecado. Este verano he entendido que mi territorio no es el del brillo y la compañía. Mi territorio son los estanques solitarios de los que brotan monstruos que te comen. Cerca de una rotonda árida doy con dos condones y una jeringuilla. El corazón me da un vuelco. Le sostengo la mirada al peligro, para hablar con los objetos no tengo problema. No me agacharía a tocar esta mierda por nada del mundo. ¿Pero venir a mirarla? Eso sí. Se puede confiar en mí. Y nunca había tenido tantas ganas de pasear por un barrio. Es como haberme venido a vivir a una

Residencia de Tiempo Libre. Justo lo que yo quería. ¿Por qué entonces sigo tan triste? ¿Por qué estoy triste casi siempre? ¿Por qué tengo tanto miedo, por qué no me calan los sentimientos dulces? Hay cosas, como quedarme huérfana, para las que me siento perfectamente preparada y capaz. No me asustan tanto las dificultades de la vida como la gente. Los niños, los jóvenes, los mayores, los jugadores agresivos de fútbol que proliferan alrededor de las piscinas. Tal vez los viejos tengan menos peligro, como si para ellos ya no valiese la pena seguir en guerra. Aunque a muchos se les sigue notando que en su día fueron unos hijos de puta, estoy convencida de que nunca es mal momento para aprender a hacer una trenza de espiga.

Ver la ventana de mi habitación desde lejos resulta inquietante. Parece pequeña y oscura en medio de una enorme pared Usa. Este lado del edificio no es tan acogedor como el resto. No da a ninguna parte. Hace un rato que salí de casa y tengo sed. Vuelvo sobre mis pasos y desde la esquina más cercana compruebo que el portal está despejado antes de aparecer en escena como una suicida. No hay nadie. El sol pega fuerte. Corro hacia el telefonillo, me abren y mientras subo la escalera tengo que parar para apretar las rodillas varias veces. Cuanto más cerca estoy de casa, más me meo. Cruzando el umbral de la puerta se escapan las primeras gotas y a lo largo del pasillo un chorrillo continuo y débil me acompaña hasta el baño.

—¡Mamá, me he hecho un pipí en las bragas!

—Bueno, pues cámbiatelas. ¡Pero corre que voy a poner ya la comida!

—¡Pero que me he hecho mucho!

—Lávate ya y vente a la mesa, coño.

—¡Voy, voy!

Me quito la ropa mojada, la lavo a toda prisa en el bidet y me pongo unas bragas limpias por el pasillo. Al mezclarse con agua y jabón, de mis manos ha brotado una cantidad sorprendente de suciedad líquida. Ahora las siento más suaves. Me acaricio las cachas. En la mesa hay arroz y apenas tiene trocitos de verdura.

—Tengo un regalo para ti —me dice de repente.

—¿Ah, sí?

—Sí, lo tenía guardado para cuando nos mudáramos y acaba de aparecer en una caja.

—¿Y qué es?

—Es una cinta de casete.

—¡Oh! ¿De Michael Jackson?

—No, es de James Brown.

—Ah. ¿Y ese quién es?

—Tú pónelo que te va a gustar. La he dejado en tu cuarto.

Cuando acabamos de comer ella se duerme y voy corriendo a escuchar la cinta. Es verdad que me gusta y reconozco algunas canciones de los anuncios de la tele. Es divertido. Me hace sentir ligeramente curada de los espíritus extraños que me invadieron en el paseo mañanero. Recorro la casa una y otra vez saboreando la esperanza. Entro en las habitaciones, memorizo los bodegones de objetos, registro a fondo y los vuelvo a dejar como estaban. ¿Dónde se meten aquí los cómics?

Domingo llega de trabajar y nos vamos los tres a la piscina. Al entrar hay un bar con un techo de paja y bajo esa sombra se cobija un socorrista rubio muy mono con un bañador rojo. Así es más o menos como me imagino a James Brown. Tenemos unos carnets provisionales sin foto. Somos los nuevos otra vez. Mi madre otra vez preguntándole a todo el mundo cómo se llama y

adaptándose a contrarreloj a las costumbres. Domingo otra vez despertando miradas de desconcierto con esa actitud de empollón macarra tan difícil de clasificar, tartamudeando más que nunca por los nervios de tener que enfrentarse a desconocidos, siempre con algún huevo a punto de salirse del bañador. Yo otra vez sin hablar con nadie. Pero ahora en una piscina.

Nos instalamos bajo una sombrilla. Hay mucho ruido. Me meto en el agua por hacer algo, en la parte que no cubre, la de los niños chicos. Es una pena que se me esté pasando la edad para usar flotador dignamente. Hay un par de parejas de adolescentes besándose en lo hondo y el socorrista les llama la atención. Desde el agua veo cómo un corrito de niños señala el libro que Domingo ha traído para leer. No me extraña. En la portada hay un dibujo de una pelirroja en pelotas y encima cuando te acercas lees que el título es *La máquina de follar*. No sé qué pensar, si Domingo ha sido inoportuno o si esos niños son unos bobos. Por si acaso, le echo el ojo al libro y me voy pronto a casa para no ser vista en público demasiado tiempo sin hacer nada, pero la curiosidad por inspeccionar la zona me puede. Me pongo unos pantalones cortos encima del bañador todavía un poco mojado y salgo otra vez a la calle en busca de aventura. Elijo una dirección diferente y enfilo hacia los locales comerciales. Examino con profundo interés la oferta de productos que se pueden adquirir en la zona. Bares cubiertos de azulejos y aluminio de aspecto familiar en los que seguramente sirvan buenos platos combinados, un par de tiendas de chuches, una guardería con un enorme mural de Blancanieves a la que habrán ido casi todos los niños del barrio. Imagino a niños que aún no conozco criándose aquí con candor, perdiendo la dulzura poco a poco como siempre ocurre. Las guarderías suelen innovar decorando y Blancanieves no solo está rodeada de enanos sino también de pitufos y de varios personajes de *Bambi*. Mirando al conejito Tambor de repente siento que se me humedecen los ojos y huyo de la escena. Echar a correr cuando el alma se quiebra es un recurso infalible del que los pobres adultos ya no pueden disfrutar. Está claro que a la mayoría le hace falta una carrerita y me pregunto qué les impide pegarla. ¿La condición física, el pudor, los zapatos incómodos, el no querer estropearse el peinado, sudar la camisa? Freno delante de un local destartado sin ventanas que me llama la atención. Dentro hay un montón de niños jugando en la oscuridad a videojuegos y al fútbol. Algunos mayores le dan al billar con aires de superioridad. Alrededor de una de las máquinas recreativas se forma un corro que vive en tensión la partida de un pequeño vicioso del *Pang* a punto de batir el récord. Me acerco por un lateral y admiro su destreza en silencio.

—¡Quitádmela de ahí que me desconcentra! —grita el jugador mientras pulsa con brutalidad los botones. Me voy resoplando, preguntándome en qué momento se olvidaron de Blancanieves y fueron consumidos por esta violenta urgencia. Seguro que todos han hecho la comunión, o como mínimo están yendo a catequesis. ¿De verdad creen los padres que les están enseñando a ser buenos así? Supongo que cuando están en clase disimulan e incluso puede que se lo crean por un momento, pero en cuanto vuelven a la calle se entregan de nuevo a las leyes de Satán. El demonio en teoría es una especie de amigo mío, pero cuando sales de casa eso no funciona. El truco está en ser cristiano oficialmente y luego portarte mal. Te confiesas y fisto. Yo siento que camino de la mano del mal pero mi comportamiento es ejemplar y encima cargo con la culpa a palo seco. Lo estoy haciendo al revés.

Miro alrededor. Una panadería, una sucursal de la Caja San Fernando, un cartel de podólogo, otro de dentista, un videoclub. Conque un videoclub. Esta posibilidad me embriaga y camino hacia la puerta con pausada decisión, saboreando el acercamiento, tomando conciencia a cada paso de

los manjares que aguardan en el interior de ese establecimiento para una niña como yo. Me da la bienvenida un umbral de carteles de películas de acción y de terror que atravieso con calma religiosa. Dentro hay una pareja joven que se pasea indecisa y una pandilla de niños de mi edad rondando la sección porno. Las películas guarras están medio escondidas junto al mostrador, todas de canto y cubiertas de pegatinas para tapar las imágenes, pero algo se puede rascar. El dependiente pierde la paciencia, se levanta y les dice en voz baja que se vayan, que no se pueden pasar la tarde así, que si se creen que es tonto, que cualquier día se chiva a sus padres. La pandilla se marcha y el dependiente sacude la cabeza con condescendencia. Nunca se va a chivar. Es joven, fofo, manso, trabaja en un videoclub. Comprende la situación, se acuerda. Sonríe levemente y le digo hola con la mano. Se vuelve a sentar, agarra una revista y sigue leyendo por donde iba, relajado al fin. Contemplo la oferta de dibujos animados hasta que la pareja se decide por una comedia romántica con mala pinta. Mientras dura el trámite de su alquiler, me aproximo al porno y busco el momento para acariciar las pocas fotos diminutas que han escapado a la censura. A veces no necesito tanto ver como tocar. Levanto una mano, paso los dedos por encima de un coño abierto de dos milímetros y me esfumo hacia otra sección antes de que me descubran, conservando la chispa en los dedos, sintiendo cómo sube, cómo se multiplica a lo largo del brazo. El terror está en la esquina opuesta y, aunque algunas de las carátulas resultan muy inquietantes, mi presencia aquí es más o menos legal. La pareja se marcha. El dependiente me clava los ojos un instante, examina la estampa y decide no intervenir en mi paseo. Por si acaso, me dirijo hacia una zona menos problemática. No quiero darle guerra, le prefiero tranquilo y confiado. Desde un estante insospechado, aislado y a ras del suelo, una película me hace perder el dominio de los miembros. Me acerco hipnotizada, sin dar crédito. Esto lo tiene todo. Es terror, es porno, es espantoso, un auténtico desliz de la humanidad. Ante la preocupación he encontrado distracción y consuelo en la violencia y me empiezo a notar adicta. El tema me atrae. El sexo ejerce un efecto incluso mejor, pero está mucho más restringido y, en cualquier caso, los asuntos se mezclan de forma confusa tanto en la ficción como en mi cabeza. Restriego un muslo contra otro y el bañador mojado se me aprieta contra la carne también mojada. Le sostengo la mirada al cuerpo cubierto de sangre de esta mujer empalada en mitad de un poblado salvaje. El título es *Holocausto caníbal* y tratan de convencer al público anunciando que jamás el ojo humano contempló tanto horror. Desde este ángulo nadie me ve. Mantengo la carátula vacía entre las manitas y le doy la vuelta. Tiene una pinta fea de verdad, de cumplir lo que promete. No me apetece verla, pero la imagen me electrocuta y no puedo desprenderme de ella. Los empalamientos son reales, una actividad perfectamente posible que mis semejantes han llevado a cabo un montón de veces a lo largo de los siglos. Te meten un palo por el culo y empujan hasta que acaba saliendo por la boca. Cuando empiezan todavía estás gritando, pero por el camino te mueres. Luego te ponen a dar vueltas sobre un fuego como hacen con los jabalíes o clavan la estaca en el suelo para que los poblados de alrededor entiendan de qué pasta están hechos los que te han cazado. Habrá quien se haya partido de risa ante esta imagen real sucediendo en su vecindario. Nunca entendí el placer de reírse de las víctimas. Yo jamás sería capaz, pero seguro que les sabe rica esa sensación de superioridad, un desahogo de la crueldad tan fresco y desenfadado.

Por la noche viene a cenar Pablo, el hermano pequeño de Domingo. Sus visitas suelen acabar convirtiéndose en algunos de los mejores días del año. Es joven, tierno, dulce, siempre está de buen humor. Muestra mucho respeto hacia nosotras dos sin dejar de resultar cariñoso. Una vez

vino a comer y se ocupó de quitarle a mi plato todas las *mijitas* de azafrán. Mientras hacía aquel esfuerzo innecesario por mí experimenté un fuerte ataque de cosquillas por el cuello. Cuando terminamos de comer, trepé hasta su regazo sin decir nada y descansé plenamente de todos los terrores durante más de cinco minutos. Hoy cenamos pollo asado y después del postre a los hermanos les da la risa floja.

—Bueno, nosotros vamos a salir al balcón un momento a filmar —dice Domingo, y se queda enganchado a la altura de la ene.

—Pero si siempre fumáis aquí dentro.

—Ya, socia, pero es que hoy contamos con material de exportación, ese tabaco holandés que huele tan fuerte que me gusta a mí.

Está contento. Le encanta soltarme este rollo cada vez que se va a fumar un porro con alguien. A mí también me hace gracia. Sin dejar de reír, salen al balcón y cierran la puerta desde fuera. Están celebrando que la mili tiene los días contados. La mili, je, je, la puta mili, al carajo, je, je. Se parecen a Beavis y Butt-Head.

—Qué dos niñatos, hija mía —comenta mi madre, y me ofrece otro trozo de sandía. A los diez minutos entran frotándose las manos y los ojos.

—Había un paquete de chocolate, ¿verdad?

—Sí, tráetelo, anda.

Han alquilado *Conan el Bárbaro*, una película que nos gusta bastante a todos. Nos comemos la tableta entera mientras la vemos. Cuando termina, Domingo sale para acompañar a Pablo hasta su barrio y nos quedamos solas. Mi madre me mira fijamente.

—No me has dicho nada de James Brown, pero he oído que lo has escuchado unas cuantas veces.

—¡Sí, me encanta!

—¿Ves tú? Si te conozco.

—Sí, sí, me gusta mucho, me lo imagino muy guapo.

—No me digas, ¿cómo te lo imaginas?

—No sé, alto, rubio.

—Alto y rubio, ¿eh?

Mi madre se ríe.

—¿Por qué te ríes, cómo es de verdad?

—Es negro y bajito, hija.

—¿En serio?

—Muy en serio te lo digo.

—¿No te estás quedando conmigo?

—Claro que no, ¿por qué te iba a engañar?

—Qué raro se me hace ahora.

—Es negro y muy bailongo, graciosísimo. A ver si un día sale por la tele y lo ves.

—¿Y es joven o viejo?

—Es mayor, tendrá sesenta años.

—Ay, qué raro, yo le echaba como mucho treinta.

Me quedo mirando a la pared con los ojos desorbitados mientras mi madre se aguanta la risa. Asumo la noticia despacio. No consigo imaginármelo y la posibilidad de que aparezca por la tele

resulta muy remota. ¿Cómo será? A veces una se imagina que las cosas son de una forma que no tiene nada que ver con la realidad. Primero que Bud Spencer no ha ganado ningún Oscar. Ahora que James Brown es negro. ¿Y Diana Ross es negra o no? Porque la he visto pero a lo tonto me quedan dudas. ¿Será mulata? ¿Y Whitney Houston? Qué más da. Me encanta Whitney pero no se lo pienso decir a nadie, es demasiado blanda. No quiero que se intuya en mí un ápice de romanticismo. El romanticismo es debilidad, o eso repite Domingo, y todo el tiempo de crianza incierta que me quede lo pienso pasar como un auténtico John Wayne. Con el corazón podrido de angustia y el gesto inmutable. Odio a John Wayne, me parece aburridísimo, pero algo me dice que Domingo tiene razón, que si me entregara al devenir de los acontecimientos como Whitney y mi madre me pillara deshaciéndome por las esquinas la moral de este hogar caería en picado.

Domingo entra por la puerta con andares de vaquero y nos vamos a la cama. Me mantengo despierta jugando con las muñecas en la oscuridad hasta que escucho dos tipos de ronquidos simultáneos. Entonces me pongo las gafas, me levanto y camino con sigilo hasta la mesita de noche de Domingo. Cojo el libro con la portada guarra y lo llevo a mi cuarto. La luz anaranjada de la farola me alumbra y no necesito encender ninguna lámpara. Lo abro por una página cualquiera y empiezo a leer. Nada sobre una máquina de follar. Miro el índice. Hay muchos relatos y el que tiene que ver con la portada es el último. Empiezo a prestar atención cuando encuentro un nombre de chica.

El nombre es Tanya y tiene el brazo relleno de cables. Acaba de pasar el tren. Seguramente sean más de las cuatro. Devuelvo el libro a su lugar y antes de acostarme cojo unas cuantas muñecas del suelo. Las coloco en hilera a mi lado bajo las sábanas y me duermo suspirando por el destino funesto de la dulce Tanya. En el mercado echo en falta muñecas violentas, con ametralladoras de color pastel, vestidas de luchadoras como en los videojuegos. Articuladas, bonitas, resistentes. A partir de ahora mis muñecas van a aprender a pelear. Los Action Man no valen. Menuda pinta de gilipollas llevan.

Por la mañana, con la piscina soleada, todo es más inocente y tranquilo. Mi abuela ha venido de visita y su entusiasmo empapa el ambiente. Celebra el césped, las sombrillas, el agua, el bar, el cielo, el seto, las duchas, las madres, los bebés, los niños, la cervecita que se va a pedir en un rato, el helado que me va a comprar a mí, el sitio tan bueno que hemos cogido, lo guapito que es el socorrista, que no se parece en nada a James Brown. Empezamos jugando a las cartas. Ellas fuman cigarros y entablan conversación con otras mujeres de distintas edades. Mi madre se da un baño rápido y vuelve a casa. Nos quedamos solas metidas en la parte más bajita. A pocos metros una niña mansa con bañador verde se refresca sin hacer daño a nadie. No nos huye la mirada y pronto echa a nadar unos metros, torpe e infantil, acercándose a nosotras.

—Mira, Marina, esta niña es muy graciosa y tiene pinta de ser de tu edad o un poquito más mayor.

La niña sonrío y se pone de pie. Todavía no sabe que necesito gafas. Llevo el bañador bueno. Lo escudriña y lo aprueba. Disfruto de ofrecer esta falsa primera impresión de total normalidad mientras ella nos acepta de buen grado. Se llama Prado, tiene diez años, vive en el bloque ocho y su balcón se ve desde donde estamos en el agua. Son casi las dos. La piscina está caliente y tranquila. Durante el cuarto de hora que pasamos juntas antes de irnos a comer me enseña a pasar

por debajo de sus piernas buceando, algo a lo que jamás me hubiera atrevido sin cierta clase de alegre mandato. Tras veinte minutos de amistad, nos despedimos en el césped.

—¿Te bajas luego? —pregunto ansiosa.

—Sí, pero esta tarde tengo visita, a partir de las ocho me podré bajar.

—Vale, ¿te vas a poner vestido?

—¿Cómo?

—Que si te vas a poner un vestido luego.

—No sé, ¿por qué me lo preguntas?

—Porque yo me voy a poner uno.

Prado me mira raro. Estoy actuando raro. Los niños detectan lo distinto en un pestañeo, supongo que es un método de supervivencia para no salirse de la corriente principal de bienestar.

—Marina, a esta edad casi nadie se pone vestidos.

—Ya, es verdad.

—Bueno, tengo uno que se me está quedando chico, si quieres me lo pongo hoy por última vez para ver a mis titos y luego me bajo.

—Vale.

He conseguido terminar de negociar con ella de forma civilizada, pero con cierta preocupación. Ha dejado claro que es una concesión de bienvenida, la última vez que piensa salir a la calle vestida como una niña pequeña por voluntad propia. Lo hace como favor y solo aprovechando que le conviene para quedar bien con su familia. Soy bastante más canija y bajita que ella. Seguro que pesa más de treinta kilos. ¿No es milagroso que me sienta atraída hacia la primera persona con la que hablo en esta nueva dimensión? No suelo tener tanta suerte. Es guapa esta niña, pero no puedo evitar que todas mis amigas me resulten guapas. La diferencia crucial es que parece distinta, más rápida e interesante. Tiene un punto altivo que sin duda se ha acentuado al percibir mi debilidad durante la despedida.

Paso la mayor parte de la tarde tratando de escoger el vestido más oportuno, sabiendo que aquí termina el tiempo en que me los pongo. No se me ocurre ninguna forma digna de seguir llevándolos. Tal vez cuando crezca y tenga el cuerpo hecho volveré a saber cómo tratar el asunto. Ya lo vi venir cuando no me sentí capaz de volver a vestirme de flamenca. Por el momento creo que ha llegado la hora de convertirme en un niño. Ser una chica es una labor plagada de aristas. Ojalá la gente entendiera que me apetece hacerme daño con el pelo cubierto de lazos, pero no puedo echarle a la gente la culpa de todo. Necesito experiencia contactando físicamente con otros seres humanos, perderle el miedo al dolor. Necesito sacar la muñeca de la caja por mucho que cueste. Ensuciarla, despeinarla. La humanidad en este barrio se entiende como algo bastante agresivo y yo estoy deseando magullarme las rodillas.

Mi madre acaba de volver de llevar a la abuela y está acostada sobre el nuevo sofá de segunda mano. Mientras duerme me apoyo en la mesa que cogimos de la basura con mi primera Chabel y las tijeras de la cocina. La muñeca tiene el pelo rubio y largo. Eso está a punto de cambiar. Sin esmero ni mediciones, corto la melena ondulada a la altura del cuello. Giro la muñeca para ver el resultado. Ha quedado torcido y salvaje. Para nivelarlo no hay más remedio que trasquilar un poco más y al final le queda el pelo por la mandíbula. ¿Es la misma muñeca o se ha convertido en otra? La mano me tiembla todavía dentro de las tijeras. Descubro a mi madre mirándome sin decir nada, con la cara reposando sobre un brazo. Aprovecho para preguntarle el

nombre del colegio al que voy a ir. Contesta sin mencionar el destrozo que acabo de llevar a cabo, pero en sus ojos distingo que aprueba el gesto. A ella le gusta que me despeine y me ensucie. Es hora de afiliarme a su bando. Elijo un vestido blanco con estampado morado y salgo a la calle. Prado lleva un vestido naranja y resulta fácil de encontrar. Siento un alivio inmediato al verla en el césped entre otras niñas. Al acercarme y saludar no me va del todo mal. Hay una Tanya pálida con los dientes torcidos y los ojos verdes. Tres de ellas tienen mi edad. Vamos a estar en el mismo colegio, en la misma clase. Es la primera vez que voy a entrar en un colegio conociendo gente. Y además somos vecinas. Iré andando por las mañanas con la mochila a la espalda. Me enseñan el descampado que hay que atravesar. Memorizo sus direcciones y sus fechas de cumpleaños. Todas han ido a la guardería de Blancanieves.

—¿Vosotras ya sabéis con quién os vais a sentar el primer día? Nos podemos poner de dos en dos —la voz de Tanya es aguda y cantarina.

No hace falta que concretemos quién irá con quién porque nos alinearemos en dos filas formando un cuadrado acorazado. Pero es cierto que los vestidos desentonan. Así que está decidido. El momento de la metamorfosis ha llegado. Mientras nadie me obligue a ponerme el uniforme gris con falda tableada, mi larva se va a gestar dentro de un disfraz de niño.

Vuelvo a casa con el pecho abierto y voy a buscar una bolsa con ropa heredada, ochentera y masculina, que nunca he querido usar. Pero en esta casa no solo hay piscina, sudaderas viejas y colegas. Sobre la cama-mueble he encontrado por fin dos nuevos ejemplares de *El Víbora*. Estoy enferma de imágenes, pero no podría vivir sin ellas. Entre la emoción de la nueva vida y de los nuevos *Víboras*, echar el fin de semana en casa de la abuela nunca me ha apetecido menos. Tengo ganas de seguir explorando. Los padres confían bastante en que el entorno es seguro. Los niños gozan de mayor libertad en este barrio, una libertad que me ha sido adjudicada por sistema. Se acabaron los vestidos. Se acabó estar encerrada con la abuela criando raíces sobre el suelo de gres. Desde que tiene a Felipe no me necesita tanto.

Me gustaría profundizar en las revistas ahora mismo, pero no es un momento tranquilo en casa. Tendría que esperar otra vez hasta que ellos se durmiesen y hoy no tengo fuerzas. Por la mañana estoy alerta pero mi madre se levanta de mala leche, me pone a fregar los platos y me manda a comprar tres veces, pero después no tiene ganas de hacer de comer y me lleva al bar a por unos filetes con patatas y huevo. Me empiezo a cansar de pensar en el tema y lo aparco. Al volver del bar llamo a Prado para que se baje a la piscina y mi madre lo celebra. Ya no me acuerdo bien de su cara. Estoy deseando volver a verla. Su madre contesta al telefonillo.

—Hola, ¿está Prado?

—¿Quién lo pregunta?

—Marina.

—Mira, Marina, Prado no se puede bajar a esta hora, ¿sabes? Hasta las cinco no se puede bajar.

—Vale, perdón.

Cuelga. Parecía bastante molesta, pero entre los padres es normal encontrar un montón de amargados de esta calaña. Son fáciles de sortear, solo hay que quedarse con la información útil y hacerles poco caso. Tanya sin embargo está saliendo de su portal con el bikini puesto. Me la quedo mirando y me saluda con la mano. Qué bonita es, algo rolliza, rosada, segura de sí misma, un cachorro extremadamente saludable. Entramos juntas en la piscina y nos colocamos bajo una

sombrilla inclinada que funciona de parapeto. Ya podemos hablar. Disfruta siendo interrogada y eso facilita las cosas. Es la mayor de tres hermanos y el mediano se porta fatal. La pequeña se llama Lydia, con i griega igual que ella, y se parece mucho a la madre, que de joven posó en bañador para un catálogo de moda de Continente. Seguro que un montón de gente se ha hecho pajas mirándola. Pronto empieza a hablarme de los distintos niños que le gustan en el barrio. Con uno se ha besado este verano. Me incorporo rápidamente.

—¿Cómo fue, cómo fue? —pregunto interesada. Ella se ríe con los dientes torcidos y cara de pillina. Su combinación de colores naturales resulta muy invernal, aunque esté tostadita del sol. No me extraña que todo el mundo se fije en su belleza, resulta purísima, inocente y picara al mismo tiempo. Su psicomotricidad es de campeona, el turquesa del bikini le queda de fábula y no es presuntuosa conmigo aunque podría. Señala hacia la derecha con el brazo, indicando que habría que atravesar varios edificios para seguir la dirección.

—¿Sabes unos soportales que hay por aquel lado, cerca de la carretera?

—Por donde el videoclub.

—Sí, sí, un poquito más lejos, pero por ahí.

—Sí, que son unos bloques de ladrillo, me fijé ayer.

—Sí, sí, sí, por ahí, ¡pues ahí fue hace dos semanas!

—¿Pero fue solo una vez?

—No, fueron unas cuantas, pero siempre en el mismo sitio.

—Vale, ¿y qué hicisteis?

—Nos dimos besos con lengua y me tocó las tetas por encima de la camiseta, que tengo muy pocas, pero a mí me gustó.

Me duelen un poco los ojos de abrirlos tanto, es la mejor contestadora de preguntas que he conocido, la que proporciona la información más eficiente, más barata, más completa y relevante.

—¿Cómo era la camiseta?

—Blanca, ajustada.

—Tú no te pones sujetador todavía, ¿no?

—Qué va, ¿y tú?

—No, no, ni ganas que tengo.

—Eso, joder, qué puta mierda.

Tanya dice palabrotas con frecuencia, pero no le molesta que yo no lo haga.

—¿Era tu primer beso?

—Con lengua sí, antes me había dado picos. Los picos son muy poco, no cuentan como enrollarse.

—Claro.

Tres o cuatro niños agitan de repente la sombrilla y salen corriendo. Tanya se asoma.

—¡Gilipollas! —les grita, y recoloca nuestro escondite.

—¿Quiénes son? —pregunto.

—Unos capullos, uno de ellos el que te estaba contando antes.

—¿Y contigo no era así?

—No, yo le dejé porque me enteré de que se estaba liando a la vez con otra, pero eso no tiene nada que ver, conmigo no era así.

—¿Cómo era contigo?

—Conmigo era guay. Estos parecen tontos, pero cuando te quedas sola con ellos son diferentes.

—¿Y por qué no pueden ser así todo el tiempo? Tú eres guay todo el tiempo.

—Porque se tienen que hacer los chulitos delante de sus amigos, pero luego cuando corté con él no veas cómo lloraba. ¡Todo cuento chino, cabrón! —El final lo añade a voces para que se enteren bien los niños que tratan de espiarnos.

Me río. Todo parece fácil de asumir y controlar desde su punto de vista. Las virtudes que más aprecio en una amiga son, en este orden: que se vea afectada por una curiosidad voraz hacia los temas prohibidos, que sea divertida y que si quedamos no me deje plantada. Tanya supone un contacto importante en mi trayectoria. No tiene pinta de ser muy puntual, pero hoy estaba ahí para mí en el momento perfecto y nunca olvidaré la forma en que me ha aceptado en su espacio. Un mocoso con mala hostia aparece por la derecha y me escupe una masa viscosa en la pantorrilla.

—¡Puto niñato! —grita ella, y sale corriendo detrás de él. Le pega un empujón y lo tira al suelo—. ¡Dejad ya de dar por culo!

La pandilla se aleja espantada y aprovecho para ir a la ducha a limpiarme la pierna. Cuando vuelvo ella está sacando una baraja de cartas del paquete.

—Perdona, era mi hermano, es el peor de todos, no te lo puedes imaginar.

Respiro aliviada. Haber creado un vínculo con la hermana mayor de ese engendro consumido por el odio va a salvarme de muchas penurias. Tanya mira la hora en su reloj sumergible y me dispongo a volver a intentarlo con Prado. Esta vez responde ella al telefonillo. Su voz suena impostada e infantil y me transmite que está siendo observada. Dice que estaba a punto de merendar, que suba y meriende con ella. Pulsa el interruptor y abre. En cuanto entro en el portal con la coleta mojada me sobresalta la certeza de que es el momento más feliz de mi vida hasta la fecha. El suelo, la pared plateada y marrón, la planta tropical, los escalones, el espejo, los buzones, el olor. Por favor, Señor, déjame volver a este portal muchas veces, y si un día no vengo más envíamelo en sueños, estírate, qué te cuesta. Solo este portal, no te pido más. ¿Cómo será la casa a la que voy? ¿Qué habrá de merendar? Prado me recibe con su madre al lado. Del interior emana oscuridad y silencio. El padre está durmiendo la siesta. Ella también es hija única. Me saludan con medida cordialidad. Pasamos directamente a la cocina, que está atestada de utensilios, menaje, cereales y conservas. La madre muestra una postura más jovial en cuanto abre el frigorífico, enumerando posibles ingredientes para preparar bocadillos. Algunos son muy rebuscados.

—Quiero salchichón, mamá —dice Prado.

—¡Yo también! —exclamo.

La madre nos mira desde arriba erguida como una grulla.

—Hoy es viernes —apunta levantando las cejas.

—Ah, es verdad. Entonces de queso.

—¿Qué pasa? —pregunto extrañada. La madre se pone más tiesa todavía y azuza a la hija.

—Los viernes no se come carne —contesta Prado como si fuera un reproche.

—¿Que los viernes no se come carne? ¿Por qué?

—Porque Jesús murió un viernes —contesta la madre muy sobria. De repente lo entiendo todo. Es una familia católica de las que se lo toman en serio. Mi ignorancia les ha debido resultar pagana e irrespetuosa, eso explica tanta tirantez. Es muy fácil molestar a esta gente, por mucho

cuidado que gaste siempre habrá costumbres que me cojan por sorpresa. Pido también un bocadillo de queso y no vuelvo a hablar hasta que nos quedamos solas. La madre nos dice que nos portemos bien y sale a la calle. En cuanto desaparece, Prado se transforma. Le aumenta el contraste de las pecas en la cara, se le afilan los colmillos y adopta poses que van de villana de Disney a perrita de Satán. También le gusta hacer el tonto. Ojalá no pierda nunca la capacidad de convertirse en una persona que su familia no aprobaría. Terminamos de comer en el salón. Su foto de comunión está enmarcada bien grande sobre la mesa entre otro montón de retratos.

—Hiciste la comunión el año pasado, ¿no?

—Sí.

—¿Y cómo fue?

—Fue guay.

—¿Te gustaba el vestido?

—Sí, pero luego me puse otro más chulo para la fiesta.

—¿Después hubo una fiesta?

—Claro, siempre hay una fiesta y te regalan cosas, es la mejor parte.

—¿La parte de la iglesia no te gustó?

—Sí, también me gustó. ¿Tú no la has hecho?

—No.

—Bueno, un montón de gente la hace a los diez y no pasa nada. No te preocupes, da vergüenza, pero se pasa rápido.

—No me preocupo, no creo que la haga.

—Pero si ya vas tarde.

—Da igual, si no quieres no la haces.

—Pero no es lo que tú quieras, es lo que toca.

Nuestros conceptos del mundo chocan y sospecho que eso nos va a traer montones de forcejeos como este, porque es innegable que de algún modo nos sentimos atraídas la una por la otra, que nos gusta hablar. Preferiría que estuviéramos de acuerdo en todo, ser bien recibida en su hogar, pero no es suficiente motivo para despreciar una amiga en potencia como esta. Solo hay dos fotos más grandes que la de su comunión y son la de la boda de sus padres y la del abuelo vestido de militar. Me coloco bien las gafas sobre la nariz y miro de cerca el uniforme en blanco y negro.

—Es una foto que le sacaron en África, por eso es un sitio tan raro —presume Prado.

—África, ¿eh?

—Sí, pasó allí mucho tiempo. Era general.

—¿Cuándo fue eso?

—Pues cuando Franco.

Nos quedamos calladas. Otro punto complicado que nos va a traer problemas a corto, medio y largo plazo.

—¿Tus padres son del PP? —pregunto, tratando de resumir la cuestión.

—Sí.

—Les cae bien Aznar.

—Claro.

Bueno, aquí están por fin los votantes del Partido Popular.

—¿En tu casa son del PSOE? —pregunta.

—Sí, mi abuela está enamorada de Felipe González.

—¿La que estaba contigo?

—Sí.

—Bueno, de ella no me importa, es una abuela. Pero son unos ladrones y unos sinvergüenzas.

—Mejor no te digo yo lo que pienso de tu abuelo, el general franquista en África.

—Sí, vale, mejor no, no me interesa.

—Dime solo una cosa más, Prado.

—¿El qué?

—¿Eres del Betis o del Sevilla?

—Del Betis.

—Uf, menos mal.

—Mi padre tiene al final del mueble de la tele una cinta que pone que es un partido del Betis, pero es porno.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Y tú crees que alguna vez que te quedés sola la podremos poner?

—Sí, yo creo que sí. Mi padre está como un tronco y mi madre se acaba de ir. ¿La ponemos ahora?

—Sí —respondo rotundamente, preparándome para renovar el momento más feliz de mi vida dentro del mismo edificio y la misma media hora. Ella está satisfecha ante mi interés y sonrío con malicia. No me importa de dónde venga, está claro que esta chica es mi tipo. Espero en el salón a que ella compruebe que el camino está despejado mirando con curiosidad la foto del honorable abuelo. ¿Qué tal, señor general? No sé cómo he llegado hasta su casa, pero le felicito por esta nieta, es una pieza de primera, y seguro que llega puntual a todas las citas. Me pregunto qué piensa usted de la portada de *Holocausto caníbal*. Somos de porno y de Betis, ¿qué importa lo demás? La emoción me está impidiendo contestar. No puede volver a pasarme como aquella mañana en el cuarto de baño. Esto es mucho más fácil. Tengo que reaccionar, agarrar la oportunidad. Soy capaz de ver porno con esta niña. Soy capaz, soy capaz, soy capaz.

—Vale, no hagas ruido por si acaso —susurra, haciéndome un gesto para que la siga por el pasillo. Asiento y obedezco. Entramos en la salita y cerramos la puerta. Abre un armario y empieza a sacar cintas VHS hasta llegar a la última fila.

—La tiene aquí al fondo del todo para que no la vea mi madre.

Nos tronchamos en silencio y ella me vuelve a indicar que tenemos que ser sigilosas poniéndose un dedo sobre los labios.

—Shhh, hay que ponerla bajito para escuchar si vienen.

—Claro.

Mete la cinta en el vídeo y aparece el partido del Betis.

—Mi padre siempre la deja por una parte que sí es el partido por si acaso.

Si pudiera estallaría de la risa y la emoción, pero no quiero chafar el momento y me aguanto con todas mis fuerzas. Prado rebobina hacia delante y los jugadores corretean a cámara rápida hasta que de repente nos encontramos con una especie de escenario oriental barato. Es el porno. Junto a una cama adornada con doseles vaporosos hay una chica muy bronceada bailando junto a un hombre peludo. Él la mira hambriento. Ella se mueve provocativamente. Él se levanta y

empieza a arrancarle la ropa. Cuando está desnuda, la arroja sobre la cama, le abre las piernas y le chupa el coño.

—Ahora viene lo mejor —explica Prado con una voz casi imperceptible. La cámara pasa a estar metida en una especie de cueva y vemos cómo el tío mete la lengua, como si nosotras estuviéramos dentro del coño. Agito la mano derecha y con la izquierda me tapo la boca. Se escucha un ruido. Prado me mira en alerta máxima. La madre había ido a un recado corto y ha vuelto a entrar en la casa. Con reflejos ultrasónicos, rebobina hacia atrás para dejar la cinta a la altura del partido, la saca, la vuelve a guardar al fondo y coloca todas las demás por delante en el mismo orden. Es una profesional. Para cuando la madre abre la puerta de la salita, estamos sentadas en el sofá con total compostura.

—¿No os queríais bajar a la piscina?

—Sí —responde Prado con cara de buena—, es que nos acabamos de terminar los bocadillos.

—Muy bien, pues venga, ¡a bañarse un ratito!

Todo ha salido bien y la madre me ha parecido más simpática esta vez. Bajamos chillando en el ascensor, damos saltos por el portal, el lugar más feliz de todos los tiempos, y corremos hacia el césped. Nos acabamos de cobijar de nuevo en la sombrilla de Tanya y todavía no hemos podido contarle nuestra aventura épica cuando Domingo aparece en la piscina buscándome con mucha urgencia y una mochila en la mano. ¿Ya, en serio, ya estamos así? ¿Cuánto ha durado la prosperidad en este escenario? ¿Tres días? Acudo a su encuentro diligente, preparada para lo que sea. Mira al suelo y habla con mucho atropello.

—Verás, socia, resulta que cuando he llegado del curro tu madre estaba bastante mala y vamos a coger un taxi para ir al hospital, ¿tienes alguna amiguilla con la que quedarte? Si sus padres te conocen ya mejor. No contamos con mucho tiempo ahora, tenemos que resolver esto rápido. No te asustes, seguramente solo sea un rato, pero es mejor que la vean cuanto antes.

No estoy asustada, pero me mataría de pena no volver a verla bailar después de lo de ayer. El recuerdo de la pornografía me da fuerzas y me aferro a eso. Tienen que irse al hospital cuanto antes. Debo ser práctica. En cuestión de cinco minutos Domingo ha explicado la situación en términos técnicos y confusos en casa de Prado, me ha dejado la mochila con una muda y el cepillo de dientes y se ha esfumado. La madre se muestra hospitalaria conmigo y me coloca un brazo cálido sobre los hombros mientras le indica a su hija que trate de distraerme lo que queda de tarde. Uno de los factores que más me preocupan de esta circunstancia incierta es que esta noche igual hay pescado para cenar. Los minutos pasan a varias velocidades simultáneas. La habitación de Prado me gusta mucho porque está desordenada y tiene todo el armario cubierto de pegatinas de Chabel, las que daban con los chicles cuando a mí aún no me dejaban comer chicle, valiente desgracia, pero no consigo centrarme en ningún asunto. Ella me enseña un montón de libros y muñecas y no le teme al contacto físico. No somos capaces de que fluya la comunicación, así que nos tumbamos en su cama calladas, intentando idear otra clase de vínculo que nos entretenga. No es difícil porque hace apenas un rato compartimos un momento muy intenso.

—Mira, tumbate así de lado —dice. Obedezco. Se coloca apretada detrás de mí y me pasa el brazo alrededor de la cintura.

—¿Así? —pregunto.

—Sí. Ahora imagínate que soy un niño que te gusta.

Su pierna se cuelga entre las mías y empuja con la rodilla hacia arriba. Como le estoy dando la

espalda resulta fácil, como si no estuviera pasando. Como ella también es un poco tímida a su manera, controla todos los trucos para hacer las cosas sencillas. Se oyen pasos acercándose y nos incorporamos rápidamente. La madre abre la puerta sin llamar.

—¿Cómo estáis? ¿Te gusta la merluza? —pregunta.

—Sí —contesto acalorada.

—Con patatas fritas bien, ¿verdad?

—Sí, muy bien, gracias.

Se marcha dejando la puerta abierta de par en par y Prado la vuelve a cerrar.

—¿Quieres que juguemos a pelearnos sin hacer ruido?

Me da igual que su familia esté repleta de fachas y que los viernes coman queso y pescado. Lo sabía, sabía que esta era la clase de niña que yo estaba buscando. Forcejamos en el suelo a cámara lenta tratando de resultar silenciosas mientras oímos la freidora. A veces nos clavamos los codos y es difícil aguantar los quejidos. Está claro que me puede y que prefiere dar a recibir, pero a mí me viene muy bien el ejercicio de todas formas. Durante la cena no le quito ojo al mueble de la tele pensando que el porno está dentro, camuflado al fondo. Estamos todavía en la mesa cuando suena el telefonillo. Es Domingo, que viene pidiendo disculpas por las molestias, por presentarse otra vez a esta hora, alegando que acaban de volver y que mi madre quiere pasar la noche conmigo, que son palabras mayores y todo eso. Trae el tartamudeo al máximo y no se le entiende nada, así que agarro la mochila, traduzco sus palabras a un resumen básico y atravesamos el portal a toda prisa. Sigue oliendo bien, pero se me antoja mucho más siniestro, y sospecho que si vuelvo en sueños el lugar va a ofrecerme este aspecto y no el de hace un rato. El camino es muy corto, pero a él le da tiempo de atosigarme con la típica verborrea. Parece que me está explicando cosas, pero no hace más que marear la perdiz sin llegar a decir nada concreto. Cuando entramos en la casa, todavía llena de cajas sin abrir, voy directa a su habitación. Está tumbada, descansando. Yo me siento valiente, dispuesta a abordar todos los temas que normalmente me dejo palpitando en la barriga.

—¡Mamá! ¿Qué te ha pasado?

—No te asustes, hija, esto es lo de siempre, no significa nada, un día es una tecla, otro día es otra, ¿te acuerdas de que esta mañana amanecí hecha una mierda?

—¿Pero qué ha sido? ¡Ayer estabas bien! ¡Estabas bailando!

—Que me ha dado un jamacuco, pero me han inyectado unas cosas y ya estoy mejor. En dos días bailamos otra vez.

—¡Deberías dejar de fumar!

—Mira, niña, no te vayas a poner a darme el coñazo ahora que he echado un día muy malo. Vente aquí conmigo, coño, acuéstate y cuéntame cómo te ha ido en esa casa.

Me meto en la cama y dejo que me apriete como a una mascota, como a un peluche.

—¿Qué te cuento?

—¿Cómo es esa niña?

—Se llama Prado y me gusta mucho, ¡me gusta muchísimo!

—¿Ah, sí? No me digas, qué alegría.

—Sí, sí.

—¿Cómo es?

—Es muy graciosa y muy guapa. Tiene pecas, el cuarto hecho un desastre y en su casa he visto

que había muchos discos.

—Anda, qué bien. ¿Qué te han puesto de cenar?

—Merluza con patatas.

—Tendré que darles las gracias. ¿Y cómo era la casa?

—Su balcón da a la piscina y los padres son del PP.

—Vaya, hombre.

—Pero son del Betis.

—Pues nada, si te gusta esa niña arreglado, siendo del Betis no estarán tan mal.

—Sí, mamá, no te preocupes, me lo he pasado bien y no estaba asustada. Si te vuelves a poner mala me podéis dejar allí. Pero oye.

—Dime, hija.

—Todavía no te mueres, ¿no?

—Ya estamos.

—¿Tendré que preguntar!

—Sí, claro, no pasa nada, yo te lo cuento.

—Venga.

—Mira, he estado muchísimo más mala, hace unos meses estaba para que me dieran por culo, ¿pero ahora? No, señora, no me voy a morir de ninguna de estas, aunque tenga que pasar la noche entera en el hospital, ya verás.

—¿Seguro?

—Te lo prometo.

—Vale, pues prométeme otra cosa.

—A ver.

—Quiero que me prometas que si estás para morirme le vas a decir a Domingo que venga a buscarme en taxi para poder ir a verte.

—Hija, por Dios, no me digas eso.

—¿Pero entiéndeme, que cuando estás mala te pones digna y no quieres que te vea! Tengo que vivir pensando que en cualquier momento te vas mala y no te veo más.

—Tienes razón, lo entiendo.

—¿Me lo prometes?

—Sí.

—Y otra cosa.

—*Ofú.*

—Que no, que esto es fácil.

—Bueno.

—Quiero que me consigas una cinta de Diana Ross y un bote de tu colonia para yo tenerlo.

—¿Y eso?

—Por si te mueres que no me coja desprevenida sin nada a lo que agarrarme, que no me fio.

—Ah. Como un kit de supervivencia.

—Sí.

—Esas son las cosas que quieres tener si me muero. Una cinta con canciones de Diana Ross y un bote de mi colonia.

—Sí.

Mi madre se echa a llorar y me aprieta.

—¡Pero no llores, que es solo por si acaso!

—Vale, pues por si acaso, tú tranquila que yo te lo consigo.

Domingo entra encorvado en la habitación pasándose una mano por la frente y se echa al otro lado, exhausto. Él la abraza a ella y ella a mí. No tardan en dormirse, pero yo estoy histérica con los dos ronquidos retumbando a las espaldas. Todo ha salido bien, hemos aguantado el tirón una vez más y me he atrevido a decir lo que necesitaba decir sin morir de vergüenza. Me levanto con sigilo y vuelvo a mi habitación. Solo ahora me concedo el lujo de susurrar la melodía de la banda sonora de *En busca del valle encantado*. Como un cachorro de dinosaurio que presencia un desastre inminente, derramo unas pocas lágrimas mirando al suelo y luego a la ventana y pienso en el plano del coño desde dentro que me enseñó Prado por la tarde, la mayor esperanza de mis días. Nada está perdido aún, absolutamente nada.

Me sueno los mocos y me siento erguida en la cama dispuesta a recuperar fuerzas para continuar el camino. Mi prioridad ahora es entregarme a Mónica, que lleva esperándome un día entero y es la única capaz de aliviar semejante alteración. Respiro hondo y voy a buscar la revista, que sigue encima de la cama-mueble. Mónica es la heroína de *Rubber Flesh*, pero también es la mejor amiga de Beatriz. Mientras ellos siguen roncando profundamente en la habitación de al lado, coloco las páginas en la ventana y las calco a las dos, a Mónica y a Bea, invocando a futuras amigas que espero no me juzguen si salgo de la crisálida hecha un amasijo de mierda con la psicomotricidad mermada. Deslizo el lápiz suavemente para no dejar marcado el trazo. Repaso la línea con rotuladores. Aquí están, de mi propio puño. Estampo un beso invisible en el folio. Hago una pelota con él y lo tiro por la ventana. Un saludo anónimo para los caminantes nocturnos con los que comparto este sendero incierto y florido. Los que follan, los que se pinchan, incluso los que se meten conmigo.



ELISA VICTORIA (Sevilla, 1985). Se rompió la paleta izquierda en 1992 jugando a pollito inglés. Por este orden y entre otras cosas, se ha dedicado a coleccionar muñecas Chabel, a vender pizzas y hamburguesas con gorra roja, a estudiar Filosofía y Magisterio Infantil y a escribir compulsivamente desde la pubertad como método eficaz de supervivencia. Ha publicado dos libros. El primero, *Porn & Pains*, salió en diciembre de 2013 gracias a Esto no es Berlín y fue reeditado en junio de 2017. El segundo, *La sombra de los pinos*, fue publicado en marzo de 2018 por la misma editorial. Ha colaborado en sitios como *Tentaciones*, *Tribus Ocultas*, *El Estado Mental*, *Cáñamo*, *Vice*, *Playground*, *El Butano Popular*, *Primera Línea*, diversos fanzines (*Una buena barba*, *Clift*, *Orfidal*, *Yo no soy esa*, *Diario ultrasecreto de Honey*, *Fango*) y antologías (*Hijos de Mary Shelley*, *Erotismo desviado*, *La familia*, *Hijos de Sedna*, *Frankenstein resuturado*, *El Moyanito*). Le encantan los cómics, los sintetizadores y chupar limones. Es capaz de comunicarse rápida y profundamente con los animales y los niños. Con los humanos adultos no tanto. *Vozdevieja* es su primera, y muy prometedora, novela.